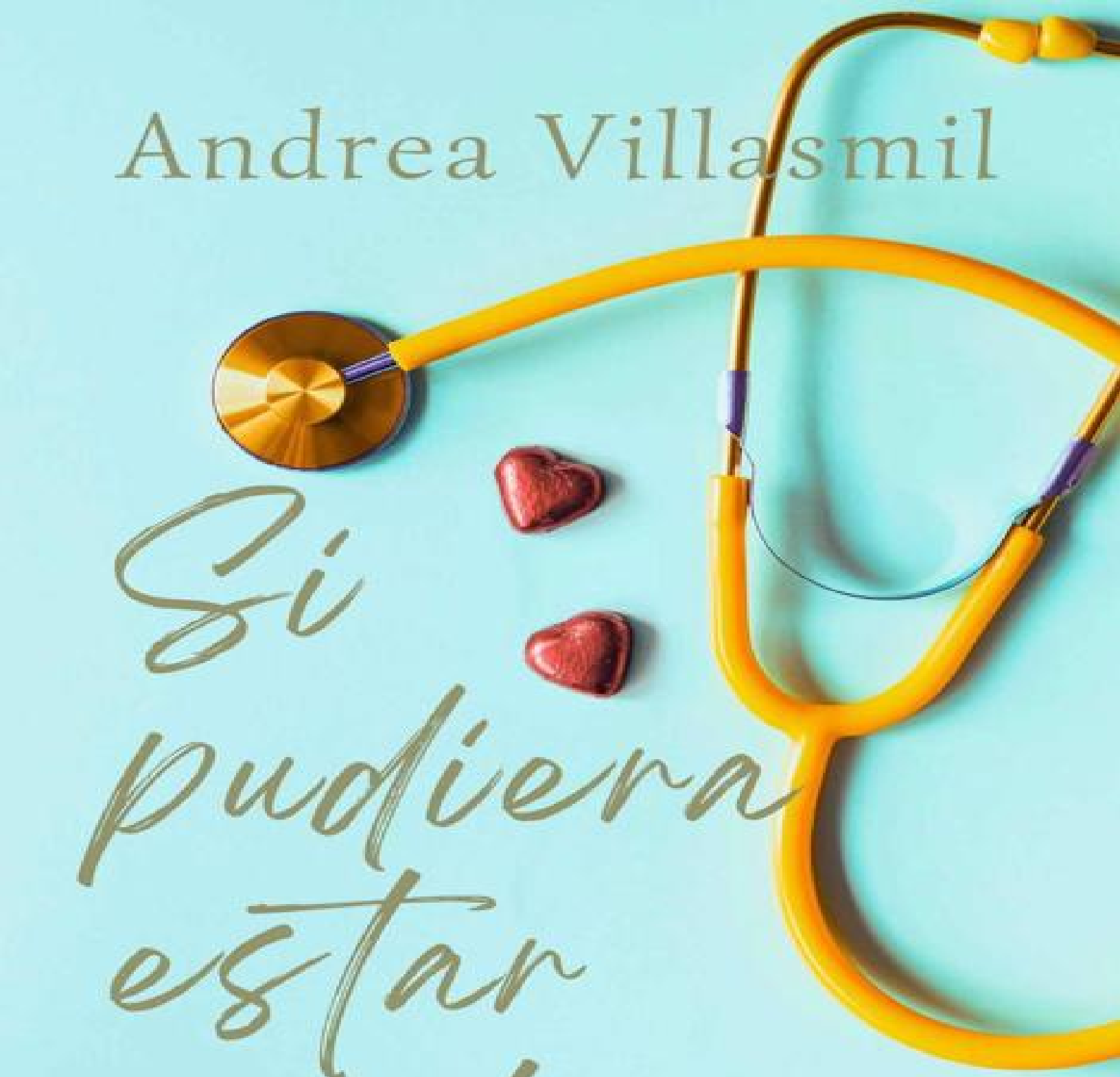
Andrea Villasmil



# Si pudiera estar contigo...

Vol. 1

# Si pudiera estar contigo...

Andrea Villasmil

Derechos de autor © 2024 Andrea Villasmil
Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Diseño de la portada de: Andrea Villasmil

**Este libro tiene contenido para adultos.**

*Para mi esposo, mi más grande inspiración,*
*y para mi familia.*

Contenido

1. Alondra
2. Ignacio
3. Colisión
4. Desequilibrio
5. Encuentros
6. Dilema
7. Atracción inevitable
8. Bajo la piel
9. Arriesgarse
10. Salto de fe
11. Secretos
12. El canto de la alondra
13. Luisa
14. Cenizas
15. A puerta cerrada
16. Máscaras
17. La tormenta
18. Grietas
19. Lágrimas
20. Cambio de planes
21. El jardín
22. Cruzando el umbral
Si Pudiera Estar Contigo... Vol. 2
Sobre la Autora
Agradecimiento

# Capítulo 1

—Señorita Blanco —escuchó a lo lejos. Estaba tan perdida en sus pensamientos que no prestó atención a lo que ocurría a su alrededor. Estaba sumamente distraída con una hoja seca que caía de un árbol y bailaba en su trayecto hasta el suelo. Justo en el instante en que la hoja tocó el pasto, pequeñas gotas de lluvia, como un rocío, comenzaron a caer. Caían sobre la ventana y, poco a poco, comenzaron a nublar su vista de los terrenos de la universidad. No pudo evitar sentir nostalgia.

Un sentimiento tan complejo como la nostalgia no debería ser algo que abunde en un corazón tan joven como el suyo, pensó. Empezó a sentir un vacío inexplicable en su corazón y se dio cuenta de que algo faltaba en su vida, algo más allá de la rutina que tenía todos los días. Aún eres muy joven, aún tienes una vida por delante como para enfrascarte en estas cosas, se dijo. Otra hoja cayó del árbol, en un vals hipnotizante hacia el suelo, junto a las demás hojas secas que anunciaban el otoño. Y en uno de esos momentos raros de sus pensamientos, empezó a imaginarse qué se sentiría ser esa hoja y moverse en el aire como por arte de magia.

—Alondra Blanco —escuchó de nuevo justo enfrente de ella. Pero el volumen de esa voz no era tan alto como el ruido que hacía su sueño momentáneo. De repente, sintió un dolor en las costillas que la sacó de sus pensamientos y la devolvió al presente. Se había olvidado completamente de que estaba en medio de una clase y el profesor la estaba mirando fijamente. Se giró para ver de dónde venía el dolor; su amiga Ana, que estaba sentada junto a ella, acababa de darle un codazo y la miraba con los ojos muy abiertos.

—Ali —le susurró mientras apretaba la mandíbula e inclinaba la cabeza señalando en dirección al profesor. Inmediatamente miró hacia allí solo para encontrar la mirada penetrante e intensa de su profesor, sumamente intimidante. Entonces se dio cuenta de que toda la clase la estaba mirando; la nostalgia que sentía desapareció, dejando paso a una gran vergüenza que se apoderó de su rostro, seguida de un calor intenso que le quemaba las mejillas. No tenía idea de lo que estaba pasando.

—Bienvenida a la tierra, señorita Blanco —dijo el profesor. Se mantuvo seria, tratando de controlar su impulso de salir corriendo.

—¿Puede responder a la pregunta que acabo de hacer? —le preguntó. Afortunadamente, Ana había escrito la pregunta en su cuaderno, y solo le bastó un fugaz vistazo a sus notas para saber de qué se trataba.

—Sí, puedo —dijo con confianza, levantándose de su silla y alisando su falda de jean—. La música siempre ha estado un paso atrás en comparación con otras formas de arte como la pintura y la escultura, principalmente por su calidad abstracta. Es eso precisamente lo que no permite que sea tratada de igual manera —explicó. Luego miró a Ana y continuó—. Por ejemplo, podemos ir al Louvre y ver la Mona Lisa cuando queramos, y estudiar las técnicas que Da Vinci utilizó para pintarla; pero en la música, realmente no podemos hacer esto hasta que alguien tome una partitura de Debussy y la toque. Y aun así, no podríamos realmente escuchar lo que el compositor quería expresar porque cada vez que alguien toca "Clair de Lune", sería la versión de esa persona de lo que Debussy escribió, y no la propia visión del compositor —dijo, tomando una profunda respiración.

—Muy bien —trató de continuar el profesor, pero ella lo interrumpió de nuevo.

—...y añadiría a eso el hecho de que en el siglo XVIII no tenían ningún Spotify o YouTube para reproducir esta música para ellos. Este tipo de cosas empezaron en los 2000; así que estudiar música era mucho más complicado que otras formas de arte. Por eso parecía que la música siempre estaba un paso atrás en la carrera de desarrollo y evolución, porque no se puede estudiar tan fácilmente algo que no se ve y no es tangible. —Entonces se sentó en su silla mientras sentía los ojos de Ana clavados en el costado de su cara. Todos la miraban, y para evitar la vergüenza que aún quemaba su rostro, decidió evitar los ojos de los demás y mirar de nuevo por la ventana, concentrándose en otra hoja que bailaba en el viento.

—Está bien —escuchó decir al profesor, recuperando la atención de toda la clase.

—Ali, eso fue increíble —le susurró Ana, haciéndola sonreír un poco y aliviando su vergüenza. Siempre había sido una comelibros; desde pequeña, había tenido una curiosidad insaciable que la llevaba constantemente a investigar sobre historia, artes, ciencia y biología. Desde que tenía memoria, le encantaba tener un libro en una mano y un chocolate caliente en la otra, algo que eventualmente fue cambiando por un café.

Fue precisamente este hábito, casi maniaco, lo que la convirtió en la ganadora de una muy prestigiosa beca en el Instituto Superior de Artes de Valle del Sol. Así que, tan pronto como terminó la secundaria, su madre la despidió con una bendición y un par de emparedados para el viaje a la ciudad de Valle del Sol. Una vez que llegó, se sintió fuera de lugar; su cabello negro todo enrulado y alborotado, y su piel color arena no encajaban con el estilo bronceado y las cabelleras estilizadas de las chicas de la ciudad.

Su primer día en el instituto tampoco fue fácil; todos la miraban como si fuera un ave exótica que raramente se ve en la vida. Fue entonces cuando conoció a Ana, una chica citadina y despampanante de Lomas del Rey, la zona más exclusiva de la ciudad: ella era alta, con cabello rubio dorado y rizado; y ojos de un miel muy brillante, delgada y delicada, una de esas mujeres que fácilmente puedes encontrar en una revista de moda. Pero algo que la hacía sobresalir: Ana tenía un gran sentido del humor y una sonrisa contagiosa, y desde que se le acercó con sus ojos

enormes a preguntarle si la acompañaba al café, se volvieron muy cercanas, al punto en que Alondra ayudaba en los estudios de Ana y esta revolucionaba su vida social.

Alondra se giró para verla; Ana estaba concentrada en la explicación del profesor y admiró el esfuerzo de su amiga por ser de las mejores en la clase.

—Gracias —le susurró a la chica de ojos miel que estaba a su lado—, por ser mi amiga.

Ana la miró, luego tomó su lápiz y escribió algo en su cuaderno:

*Siempre seré tu amiga, pase lo que pase.*
*XOXO Ana*

Alondra sonrió a Ana y luego prestó atención a la clase; por un momento se sintió como esas hojas que veía caer del árbol, aguantadas por esa delicada brisa que comparó con Ana, que le daba la confianza suficiente a esas hojas para bailar en el aire. Una vez que la clase terminó, ambas tomaron sus cosas, las guardaron en sus mochilas y salieron con el resto de la clase.

Mientras caminaban por el amplio pasillo lleno de gente, Ana comentó sobre la destacada respuesta de Alondra en clase, haciendo que su rostro se pusiera rojo instantáneamente. Mientras la escuchaba, de repente, dejó de caminar y hablar, haciendo que Alondra se tropezara con ella.

—No mires —dijo, poniéndose rápidamente frente a ella. Ana colocó sus manos en los hombros de Alondra y empezó a arreglar su camiseta—. Carlos Sánchez te está mirando.

Alondra sintió la necesidad de mirar, y tan pronto como intentó echar un vistazo por el rabillo del ojo, Ana la sacudió un poco.

—No mires o se dará cuenta de que estamos hablando de él —dijo, luego se inclinó hacia adelante en un esfuerzo por hacer su conversación aún más privada—. Escuché en el baño a un par de chicas hablando, y dijeron que alguien le preguntó a Carlos si había una chica con la que saldría, y él dijo Alondra Blanco.

—¿Qué? —se sorprendió un poco Alondra—. Ana, no creo que él…

Pero Ana la interrumpió.

—Ali, si Carlos te pide una cita, dices que sí. Quiero decir, míralo; él es el nadador más destacado del equipo de natación —dijo admirando a Carlos por el rabillo del ojo. Alondra giró un poco la cabeza para mirarlo, y en cierto modo, Ana tenía razón.

Carlos Sánchez era el sueño de todas las chicas de la universidad, un partidazo. Carlos era el nadador más importante del equipo de natación, con un cuerpo atlético, una personalidad segura y extrovertida, por no mencionar que era bastante popular en los pasillos. Pero de alguna manera, Alondra no sentía lo mismo por él como las otras chicas que lo deseaban tanto. Solo tenía admiración por él y por las cosas que había logrado, pero nada más.

—Tal vez te está mirando a ti y no a mí —dijo Alondra, desviando la atención de Ana y

colocando sus manos en los hombros de Ana esta vez, arreglando el cuello de su chamarra.

—¿Qué? No… ¿Cómo crees? —respondió mientras sus mejillas se sonrojaban—. Carlos no me está mirando, ¿verdad? —Alondra se rió mientras tiraba de su amiga hacia adelante, reanudando su paseo por el pasillo.

—Supongo que nunca lo sabremos —dijo mientras ambas pasaban junto a él. Carlos miró a Alondra mientras caminaba, dedicándole una sonrisa. Ella sintió que sus mejillas se sonrojaban mientras le devolvía el gesto con una sonrisa en los labios. Saber que alguien quería salir con ella era algo que nunca le había pasado antes y no tenía idea de cómo reaccionar, menos alguien tan llamativo como Carlos.

—Entonces —dijo Ana—, ¿qué tal si vienes a casa esta noche y cenas conmigo y mi familia? Realmente quiero que los conozcas.

—Ana, voy a tener que decir que no esta vez; tengo una cita con el doctor a las 5 y luego planeé pasar la noche con Jane Austen y el Sr. Darcy —a Alondra le encantó la expresión de Ana ante su respuesta, quien no dudó en girar los ojos.

—Oh Dios, Ali, en serio no sé cómo puedes divertirte con eso —dijo sacando su lápiz labial de su mochila. Lo abrió y cubrió sus labios con el bálsamo color coral; Ana era atractiva y lo sabía—. De todos modos, te enviaré un mensaje esta noche; todavía tengo un ensayo que escribir y no me vendría mal la ayuda de una mente brillante como la tuya.

—Claro, te avisaré una vez que salga del consultorio del doctor —se inclinó hacia adelante para abrazar a Ana, luego la vio salir del edificio. De repente pensó en lo afortunada que era de tener una amiga como Ana; esa chica realmente sabía cómo hacerla sonreír y sacar lo mejor de ella. Entonces pensó en algo que le dejó un tanto triste: las cosas algún día llegan a su final.

El solo pensamiento de perder a su mejor amiga era horrorizante. En ese momento, su teléfono comenzó a vibrar en su bolsillo, interrumpiendo sus pensamientos apocalípticos.

—¿Bueno? —respondió.

—¿Señorita Blanco? —escuchó al otro lado.

—Sí.

—Llamo del consultorio del doctor Rodríguez; ha habido una emergencia y, lamentablemente, el doctor Rodríguez no podrá verla esta tarde —era la secretaria de su doctor.

—Ya veo; ¿hay otro doctor que pueda verme a las 5? Fue difícil ajustar esta cita con mi horario —explicó.

—Sí, de hecho, hay otro doctor que está dispuesto a atenderla —dijo la secretaria, haciendo que su ánimo mejorara con la noticia—. Es colega y amigo del doctor Rodríguez, así que estará en buenas manos. De hecho, está disponible ahora mismo.

Pensó en ello; tal vez si iba al doctor ahora, tendría la oportunidad de cenar con la familia de Ana.

—Está bien, voy para allá en este mismo instante —respondió.

—Muy bien, apuntaré su nombre en la lista y la estaremos esperando —luego, la secretaria colgó el teléfono. Rápidamente comenzó a escribir un mensaje de texto.

*'Oye, ¿tu invitación a cenar sigue abierta? Creo que puedo ir.'*

Luego presionó el botón de *'enviar'* y esperó la respuesta de Ana mientras caminaba apresuradamente hacia su coche.

*'¡Claro que sí!* —respondió Ana—*. Solo asegúrate de llegar a tiempo; voy a hacer una rica lasaña.'*

# Capítulo 2

—Doctor Martínez —Ignacio escuchó alguien llamándolo desde atrás mientras almorzaba en la cafetería del complejo médico. Levantó la vista y vio a su secretaria Valeria caminando hacia él.

—Lamento interrumpir, pero la paciente del doctor Rodríguez confirmó su cita —informó ella.

Él dejó el tenedor en su plato mientras leía el nombre en la lista que le mostró su secretaria. Alondra Blanco, repitió en su mente.

—Está bien, solo llama a Tomás y dile que su paciente confirmó —dijo, mirando su plato —. Ah, y dile que me debe un trago por hacer esto.

Valeria le sonrió.

—De acuerdo, pero otra cosa: la señorita Blanco dijo que llegaría en un momento, así que...

—¡Arrgh..! —interrumpió, cerrando los ojos con frustración—. Está bien, voy a terminar mi almuerzo y estaré ahí. Y dile a Tomás que ahora me debe dos tragos.

Su secretaria asintió y se alejó, dejándolo solo. Él pensó en lo agotador que era su trabajo; almorzar a las tres de la tarde y solo tener tres minutos para sí mismo no era la vida que había imaginado. Pero, por otro lado, no podía negar la emoción que le generaba estudiar cada paciente que llegaba a su consultorio y poder ayudarlos.

Volvió a tomar el tenedor y comenzó a pinchar la lechuga en su plato, llevándose un montón de un solo bocado. Iba a comérselo todo, aunque solo tuviera cinco segundos para hacerlo. Al diablo, esa paciente puede esperar, pensó. Luego cortó una rebanada de pastel de carne y se tomó su tiempo para saborearla. El sabor inundó su mente, haciéndolo pensar en su exesposa. La odiaba, pero si había una razón para volver con ella, era el buen pastel de carne que sabía preparar.

Entonces recordó la razón por la que se habían divorciado: su vida en el hospital no le permitía estar tanto tiempo en casa como le gustaría y, con el tiempo, ella simplemente se alejó.Un día Ignacio llegó a casa y la encontró en la cama que compartían con su entrenador. Recordó cómo lo observó en ese momento mientras el entrenador la hacía suya con cada embestida; la forma en la que gemía para el entrenador era igual a como cuando habían empezado a salir, y pensó que no era su culpa. Habían tenido a su hija muy jóvenes; se casaron imaginando una vida juntos que nunca sucedió, y él fracasó en cumplir las promesas que le había hecho.

Constantemente se culpaba a sí mismo por ello; nunca estaba en casa y, cuando lo estaba, solía estar trabajando en su computadora o recibiendo llamadas de emergencia del hospital. Asumió el impacto, el costo y las consecuencias de ese divorcio solo y en silencio.

—Oh, mierda —murmuró al darse cuenta de que había derramado un poco de aderezo en su camisa. Rápidamente agarró una servilleta y trató de limpiarla. Luisa solía cuidar de él al principio, y siempre encontraba la manera de quitar las manchas en un segundo. Extrañaba eso, esa habilidad y el pastel de carne que ella preparaba, aunque muy dentro de él sabía que extrañaba aún más no sentirse solo.

Después de su divorcio, se hizo cargo de su hija y comenzó a pasar más tiempo con ella, tratando de expiar su culpa al cuidar de quien verdaderamente le importaba. Su hija decidió que quería vivir con él y no con su madre. Se sentía afortunado cada vez que pensaba en eso; sabía que su hija había heredado muchos de sus genes, incluida la pasión por lograr las cosas. Hacía mucho tiempo que no compartía nada con una mujer, pero sabía que su estilo de vida no le permitiría salir con nadie. Apenas tenía tiempo para sí mismo, y cuando lo tenía, siempre lo pasaba con su hija.

Se levantó de la mesa, tiró el plato desechable a la basura, tomó un par de servilletas más y se apresuró al baño para limpiar la mancha. Entonces su teléfono vibró en su bolsillo.

—Habla el doctor Martínez —respondió mientras intentaba limpiar la mancha con agua.

—¡Ignacio! ¡Valeria dice que te debo dos tragos! —le dijo entre risas. Era Tomás, un gran idiota y su mejor amigo.

—Oh, sí, me las debes —respondió algo molesto—. Tu paciente confirmó y ahora tengo que correr a mi oficina porque llegará en cualquier momento. ¡Me arruinaste todo el almuerzo!

—Oh, vamos, no puede ser tan malo; además, es por una buena causa —Tomás volvió a reír, y entonces escuchó la voz de una mujer en el fondo.

—¿Y cómo va tu "emergencia"? —le preguntó.

—Está genial —Tomás sonaba feliz—. Es justo lo que necesitaba. Te traeré una botella entera de bourbon si es lo que quieres.

Sonrió y sintió una ligera envidia hacia su amigo. Tomás había contratado a una nueva secretaria hacía ya unos meses, y resultó que se llevaban muy bien, demasiado bien para ser solo

una relación laboral. Se escuchaba feliz, y él quería eso; quería sentir esa felicidad de nuevo.

—Que sean dos —le dijo sonriendo—. ¿Hay algo que deba saber sobre esta paciente? Se llama Alondra Blanco.

—Alondra… ya recuerdo; es muy bonita —respondió Tomás. Le pareció extraño que hiciera ese comentario, él no solía decir eso de sus pacientes—. Es tímida y bastante lista. Sufre de dermatitis atópica, no es un caso de emergencia, pero está pendiente su prueba de alérgenos. Tenía una lesión en su mano la última vez que la vi.

—¿Muy bonita? —preguntó. Que Tomás dijera eso de alguien era porque realmente era así.

—¿Ahora sí la quieres atender? —lo escuchó reírse del otro lado del teléfono—. Ahorita que la veas te darás cuenta.

—Bueno, entonces te dejo con tu emergencia. Hablamos luego —dijo y colgó. Se quedó mirándose en el espejo; de repente, su sentimiento de soledad se transformó en una curiosidad inmensa. —Alondra Blanco —dijo, mirando al espejo, sumido en sus pensamientos. Entonces su teléfono vibró nuevamente.

—¿Sí? —contestó.

—¡Papá! —escuchó una voz familiar al otro lado.

—Hola, cariño, ¿qué pasa? —le preguntó, tratando de mejorar su ánimo.

—Estoy planeando algo divertido para esta noche y me preguntaba si podríamos beber ese Cabernet tan bueno que tienes en la alacena para cenar —dijo con entusiasmo. Se sintió orgulloso de su hija; le hacía sentir que no necesitaba a nadie más mientras la tuviera a su lado.

—Sí, claro, me encantaría —respondió con una sonrisa mientras recogía su bata blanca e intentaba ponérsela con una mano.

—También me preguntaba si podría decirle a mamá que venga.

—¿Qué? —dijo interrumpiéndola de inmediato—. No, cariño, por favor, hoy no. Puedes decirle que nos veamos en algún lugar que le guste el fin de semana, pero hoy no —sabía que sus palabras la entristecerían—. No quiero lidiar con los problemas de tu madre, simplemente...

—Está bien, papá, lo entiendo —respondió algo decepcionada—. Quiero decir, amo a mamá, pero a veces puede ser bastante... intensa.

Sonrió para sus adentros mientras finalmente lograba ponerse la bata. En efecto, Luisa se había vuelto intensa cuando su nuevo amante la dejó; ya no era ni la sombra de la mujer que una vez amó, y era eso precisamente lo que lo hacía no querer volver con ella. Entonces escuchó un par de pitidos; tenía otra llamada entrante: era Valeria de nuevo.

—Cariño, dame un segundo; necesito contestar esto —le explicó a su hija, y atendió.

—Doctor Martínez, lo requieren en su oficina —dijo su secretaria en cuanto respondió.

—Ya voy para allá.

Se miró nuevamente en el espejo mientras se acomodaba el cabello, tratando de controlar ese mechón que caía sobre su frente. Por alguna extraña razón, se sintió un poco nervioso. Luego volvió a la llamada con su hija.

—Me están llamando, amor; tengo un paciente —le dijo a su hija mientras revisaba si quedaba algo de aderezo en su camisa.

Siguió hablando con ella de camino a su oficina. Ya no estaba decepcionado; seguía emocionada contándole sobre sus planes y su día. Por primera vez en mucho tiempo, se sentía muy positivo acerca de cómo terminaría el día. Además, Tomás dijo que la paciente que lo esperaba era inteligente y bonita. ¿Qué tan mal podrían salir las cosas?

# Capítulo 3

Alondra llegó al mostrador de la oficina del doctor Rodríguez, algo agitada. Intentó calmar su respiración.

—Lamento llegar un poco tarde —se disculpó mientras se apoyaba en el mostrador.

La secretaria, una mujer rubia con el típico aspecto dorado del Valle, levantó la vista hacia ella, el gafete dorado en su pecho decía *Valeria*.

—Supongo que eres la señorita Blanco, ¿cierto? —preguntó. Alondra asintió rápidamente.

—Está bien, sígueme —le ordenó. Alondra la siguió por un pasillo con varias puertas, cada una con nombres inscritos en ellas, de un dorado muy elegante.

—Como te mencioné cuando hablamos por teléfono, el doctor Rodríguez tuvo una emergencia, así que hoy te atenderá el doctor Martínez —le explicó mientras caminaban.

—De acuerdo —respondió Alondra, esforzándose por mantener el paso de las largas piernas de Valeria.

Se detuvieron frente a una puerta; Valeria la abrió y le permitió pasar.

—Toma asiento, el doctor Martínez estará aquí en un minuto. Si necesitas algo más, estaré en la recepción —dijo con una sonrisa, dejando una carpeta sobre el escritorio antes de cerrar la puerta. Alondra se quedó un momento a solas en el consultorio.

Se acercó al escritorio, observando el lugar con detalle. Había una camilla contra la pared, junto a un biombo para ofrecer privacidad en caso de que el paciente necesitara cambiarse. En el otro extremo de la oficina, había un archivador con un sofá al lado. En el centro, frente a una gran ventana con una vista impresionante del Valle del Sol, se encontraba un escritorio hecho de robusta madera de roble, con sillas a juego y una computadora justo encima.

Alondra se sorprendió de lo elegante que se veía el consultorio. Tiró de una de las sillas y

se sentó, cruzando las piernas. Sus pies apenas tocaban el suelo, colgando en el aire, lo que la hacía sentir aún más pequeña en ese espacio tan lujoso. Después de unos minutos, escuchó la puerta abrirse detrás de ella y una voz masculina, algo profunda pero suave, la hizo sentir nerviosa.

—...Sí, te prometo que llegaré a tiempo para la cena —escuchó. Se giró en su silla para ponerle un rostro a esa voz.

Lo primero que notó fue lo alto que era, con una bata blanca impecable, sin una sola mancha. Estaba de espaldas, terminando su llamada telefónica.

—Está bien, cariño, nos vemos luego —dijo finalmente, colgando el teléfono mientras caminaba rápidamente alrededor del escritorio para sentarse frente a Alondra.

Mientras lo hacía, ella sintió algo en su interior que nunca antes había experimentado. Observó su cabello castaño rizado caer sobre su frente, su mentón perfectamente afeitado y su mandíbula cuadrada, que le daba un aire rudo. Luego notó su camisa verde oliva, ajustada al pecho, insinuando un cuerpo que, bajo la tela, parecía esculpido como el David de Miguel Ángel, y la corbata a juego que resaltaba el color dorado de su piel.

El corazón de Alondra comenzó a latir más rápido mientras sentía que todo a su alrededor se movía en cámara lenta. Admiró su mano mientras sostenía su teléfono y lo colocaba suavemente sobre el escritorio al tomar asiento. Se asustó al mirarlo a los ojos, porque sabía, en lo más profundo de ella, que quizás ese momento podría no tener vuelta atrás.

—Lo siento —dijo Ignacio. Alondra observó sus labios moverse al son de su voz, pronunciando cada palabra como un hechizo. Una ligera risa escapó de su boca, llenando cada rincón de la oficina, acariciando los oídos de Alondra y dibujando una sonrisa en sus labios.

—Mi hija está organizando la cena y a veces puede ser un poco... —levantó la vista hacia Alondra, tragando saliva—... energica —terminó.

Se quedaron mirándose por un segundo que pareció una eternidad, sentados frente a frente y sonriendo el uno al otro. Ignacio observo la mirada de Alondra por un instante, sus ojos marrones eran hipnotizantes, y a Ignacio no le molestaba en estar bajo ese hechizo. Mientras él detallaba sus ojos, sintió algo en su interior que no había sentido en mucho tiempo. Esbozó una sonrisa mientras esa cálida sensación se apoderaba de su corazón; por un momento pensó que quizás era demasiado joven para sentir algo así, pero lo abrazó y dejó que recorriera todo su cuerpo.

El doctor Martínez siguió mirándola mientras ella apartaba su cabello negro y rizado detrás de su hombro; ella sabía que tenía su atención. Ignacio sacudió la cabeza y rápidamente bajó la vista a los papeles que su secretaria había dejado en su escritorio, leyendo los nombres en la lista.

—Debes ser...

—Alondra Blanco —dijo ella, interrumpiéndolo. No pudo negar los nervios que

empezaban a apoderarse de sus manos.

—Sí, es correcto —dijo el doctor con una sonrisa—. El doctor Rodríguez me habló de ti. Tenía un hueco en la agenda, y aquí estás —explicó, sonriendo de una manera que a Alondra le pareció encantadora—. Soy el doctor Ignacio Martínez —dijo, extendiendo la mano para estrechar la de Alondra. Se dibujó una sonrisa en sus labios, no pudo evitar querer saber qué tan suave podía ser la piel de esa joven tan delicada.

Alondra miró su mano y la estrechó lentamente. Era fuerte y firme, pero él la sostuvo con delicadeza, lo que hizo que sus mejillas se sonrojaran al instante. Luego, él acarició ligeramente su mano con el pulgar, y ella sintió cómo los vellos de su nuca se erizaban con su toque. Nunca había tenido una reacción así con nadie.

—Es un gusto conocerte —dijo. Su voz sonó suave y tranquilizadora, y a Ignacio le encantó. Alondra soltó su mano, pero mantuvo la mirada fija en él. Sus ojos brillaban, y él aún sentía el calor de su mano latente en su piel. No era bonita como Tomás decía; era hermosa, una joya rara.

—Por favor, no me hables de usted; puedes llamarme Ignacio... —dijo, mostrándole nuevamente esa curva perfecta y encantadora sobre sus labios—. O Nacho, si gustas.

No era simplemente un doctor guapo; Alondra podía ver que había algo más en su mirada, y quería descubrirlo.

—Entonces, dime, ¿por qué estás aquí? Me comentó el doctor Rodríguez que tuviste una reacción en tu mano —preguntó, y por un instante dejó ver que también estaba nervioso, o quizás solo fue la percepción de Alondra. Aun así, los trajo de regreso a la realidad: él era el doctor, y ella, su paciente.

—Sí, pero me recetó una pomada y con eso desapareció. En realidad, estoy aquí porque comí aderezo de queso azul junto con algo de lechuga y pollo, y creo que tuve una reacción alérgica. Nada grave que me fuese a asfixiar, pero sí sentí un hormigueo extraño —explicó mientras observaba a Ignacio abrir un nuevo archivo en su computadora y escribir algo. No podía evitar admirar sus rasgos, la forma en que sus dedos se movían hábilmente por las teclas del teclado y su repentina concentración en la pantalla.

—De acuerdo —dijo, tomando el ratón y haciendo clic en el documento—. ¿Has comido algo similar antes y has tenido una reacción así? —le preguntó, girándose hacia ella y conectando de nuevo sus ojos avellana con los de Alondra, no quería perderse ni un segundo admirando ese rostro angelical.

Alondra pensó por un momento, colocando su dedo índice sobre su labio carnoso.

—Mmm, no, no realmente —respondió.

Su boca se entreabrió ligeramente mientras él apretaba la mandíbula. Alondra no podía evitar pensar en su cuerpo, en cómo se vería sin la bata blanca y la camisa verde. Entonces, una mancha sobre su camisa llamó su atención; estaba colocada justo en su pecho, sobre su corazón,

y considerando su estatura, pensó que su cabeza descansaría exactamente en ese lugar. Luego posó sus ojos en sus labios, delgados e invitantes. Sin pensarlo, se mordió el labio inferior.

Ignacio notó el movimiento, y se preguntó qué sabor tendrían. Se recostó en su silla y la miró detenidamente.

—Dime, señorita Blanco, ¿cuántos años tienes?

—Puedes llamarme Ali —contestó con una sonrisa—. Tengo 22 años —respondió, sabiendo que su edad podría sorprenderlo. Observó cómo él cruzaba los brazos y colocaba un dedo sobre sus labios. Estaba claramente nervioso.

—Tengo una hija —comentó, tratando de aligerar el ambiente en la oficina—. Tiene tu misma edad —sonrió, y ella le devolvió la sonrisa, pero pudo notar cómo su expresión cambió —. Entonces, esa reacción alérgica que tuviste, ¿cuánto tiempo después de comer la sentiste? ¿Fue solo el hormigueo o…?

Alondra se congeló ante la idea de que ese hombre podría ser prácticamente su padre. La atracción instantánea que sintió al principio se nubló repentinamente con ese pensamiento. Permaneció en silencio unos momentos, mientras lo miraba a los ojos, esos ojos color avellana que parecían miel derramándose en una taza de té caliente.

—Solo el hormigueo —dijo finalmente—. Sentí que se me hinchaba; fue unos minutos después de comer, como al mediodía, más o menos.

—De acuerdo, echemos un vistazo entonces —dijo, señalando la camilla mientras se levantaba.

Alondra caminó hacia la camilla, dándose cuenta de lo alto que era Ignacio en comparación con su escasa estatura. Se sentó en la camilla, sintiéndose ansiosa al verlo sacar un palito de madera para examinarla. Sus pies colgaban en el aire, haciéndola sentir aún más como una niña.

Ahora, estando más de cerca, pudo admirar mejor la silueta de su cuerpo. Sus pantalones caqui ajustaban perfectamente en sus piernas, y sus ojos recorrieron su espalda, ancha y musculosa.

*Sí, debe ser un David*, pensó. Ignacio se sentó frente a ella, a la altura de sus ojos.

Cuando Alondra posó sus ojos en los de él, él le sonrió.

—Ahora, abre la boca; necesito echar un vistazo —dijo. Alondra abrió la boca lentamente mientras él colocaba suavemente su mano sobre su mejilla. Sus ojos nunca se apartaron de los de ella. Luego introdujo el palito en su boca, empujando su lengua hacia abajo. Movió su cabeza para observar su garganta, y sin darse cuenta, se acercó demasiado a su rostro.

Alondra se sonrojó, con los ojos fijos en su rostro; sintió su cálido aliento acariciando su cara y su aroma era delicioso y adictivo.

—Saca la lengua, por favor —ordenó Ignacio.

Alondra sacó la lengua mientras seguía mirándolo a los ojos. Estar tan cerca de un hombre como él le hizo sentir un calor inexplicable por todo su cuerpo; tuvo que juntar sus piernas cuando empezó a sentir un palpitar en su interior. Ignacio estaba concentrado examinando su garganta y no se había dado cuenta de que estaba introduciendo el palito de madera aún más dentro de su boca. Su mente la castigó imaginando como sería probar su miembro, y esto hizo que su cuerpo empezara a hervir, solo podía pensar en ella de rodillas frente a él, saboreando su masculinidad.

En un abrir y cerrar de ojos empezó a imaginar al Doctor Martínez con su miembro reposando en su lengua, presionando y deslizandose, tan adentro como el palito de madera. Alondra nunca había hecho algo así antes, pero ahora la idea invadía su mente. Sentía la necesidad de tocar su mano nuevamente, de sentirlo de alguna manera. Levantó su mano y agarró la que él tenía sobre su mejilla, captando su atención. Ignacio se dio cuenta de lo cerca que estaba de su rostro; sus miradas se encontraron y supo que estaba a solo unos centímetros de sus labios. Nervioso, se echó hacia atrás rápidamente y retiró el palito de madera de su boca.

—Lo siento mucho, no me di cuenta —se disculpó.

—Está bien, solo necesitaba un momento —respondió Alondra, colocando una mano en su pecho e intentando calmar el calor que recorría su cuerpo. Luego lo vio deshacerse del palito en el bote de basura. *¿Por qué me está excitando tanto?* Pensó mientras alisaba su minifalda.

—Tienes una boca pequeña; me costó un poco examinar tu garganta, casi te ahogo con el bajalenguas —dijo, sentándose frente a ella con una sonrisa. Alondra se sintió atrevida, especialmente por lo que estaba sintiendo entre las piernas.

—Está bien —sonrió de vuelta—; dicen que ser pequeña tiene sus ventajas, pero la verdad es que no.

El doctor Ignacio la miró a los ojos; había algo en su mirada que lo mantenía hipnotizado. Luego sacó una pequeña linterna de su bolsillo y volvió a colocar su mano sobre la mejilla de Alondra. Bajó su párpado inferior con el pulgar para revisar el color, mientras el resto de sus dedos acariciaban detrás de su oreja, él también se sentía atrevido.

Sentir la piel de Alondra era incluso mejor de lo que había imaginado. Ignacio parecía disfrutar cada centímetro de piel que podía tocar, sabiendo que quizás no tendría otra oportunidad. Alondra notó que él tragó con fuerza mientras mantenía su mirada en la de ella.

—Dijiste que tienes una hija —comentó Alondra, rompiendo el silencio en la habitación —. ¿Estás casado?

La pregunta incomodó al doctor, por la forma en que retiró su mano de su mejilla. Lo menos que Ignacio quería en ese momento era pensar en Luisa. Alondra lo observó guardar la linterna en su bolsillo y descansar las manos sobre sus muslos.

—No —dijo con calma—, me divorcié hace siete años.

—Lo siento, no debí haber hecho esa pregunta —dijo Alondra, mirando sus manos. Comenzó a jugar con sus dedos, tratando de desviar su atención de él, pero entonces él colocó su mano sobre las suyas, cubriéndolas suavemente y calmando sus movimientos. El corazón de Alondra estaba a punto de estallar en su pecho cuando levantó la mirada para encontrarse con la de él.

—Está bien —dijo Ignacio con una sonrisa en los labios—, no lo sabías.

Se quedaron mirándose por un momento; su mano aún sujetaba las de Alondra. Por un instante, él observó sus labios de nuevo antes de levantarse y volver a su escritorio. El corazón de Ignacio latía rápido y fuerte, y se sentía emocionado por ello.

—Bien, entonces, tu garganta... —se recostó en su silla mientras Alondra se levantaba lentamente de la camilla y caminaba de vuelta al escritorio—. Hay un poco de irritación y, por los síntomas que me comentaste, parece que fue una reacción alérgica.

—¿Sabes qué lo causó? —le preguntó Alondra, mientras admiraba su mandíbula cuadrada perfectamente afeitada.

—No, realmente, pero aparte de lechuga, mencionaste queso azul, así que es probable que seas alérgica. Y si eres alérgica al queso azul, puedes ser alérgica a otros tipos de alimentos —dijo—. Sugiero hacer una prueba de alergias para evitar accidentes.

Alondra no entendió del todo a qué se refería, y el doctor Ignacio sonrió al ver su expresión.

—Es una prueba en la que coloco varios alérgenos en tu piel para averiguar si eres alérgica a algún otro alimento —explicó.

Alondra se quedó en silencio. Había algo en su voz que la hacía sentir cómoda y segura. Hasta ahora, todo lo que había visto de Ignacio le gustaba, y quería ver más de él.

—No haré la prueba hoy, si eso es lo que estás pensando —dijo Ignacio.

Alondra sonrió mientras bajaba la vista a sus manos; luego lo miró de nuevo.

—No, eso no era lo que estaba pensando —respondió. El doctor Ignacio la estudió por un momento, haciendo que sus mejillas se sonrojaran al darse cuenta de que sus ojos recorrían todo su cuerpo.

—No eres de por aquí, ¿verdad? —le preguntó—. Pareces una muñeca de porcelana entre este montón de Barbies playeras —dijo, señalando hacia la ventana.

—Soy de Las Colinas —explicó Alondra.

Se quedaron mirándose nuevamente, sonriendo y analizando el sentimiento repentino que sintieron, y que seguramente compartían. La forma en que él la miraba era profunda, y Alondra lo sintió en lo más hondo de ella; Ignacio notó la hoguera de sus ojos marrones que la delataba,

haciéndola sentir vulnerable.

—Me temo que se está haciendo tarde —dijo Alondra, rompiendo el silencio.

—Sí —dijo Ignacio, saliendo del hechizo en el que estaban—. Ven la próxima semana, agenda tu cita con mi secretaria, y haremos la prueba en tu espalda para que no interfiera con tus actividades.

Sinceramente, Alondra quería que la consulta durara más, pero sabía que tenía que terminar.

—De acuerdo —dijo, levantándose de la silla.

—Te acompaño afuera —dijo Ignacio de repente, levantándose también. Alondra se sonrojó ante su acción, y ambos caminaron juntos fuera de su consultorio. Caminaban en silencio, uno al lado del otro. Cuando llegaron al escritorio de la secretaria, Ignacio tomó la lista de citas y se encargó de todo.

Valeria estaba confundida.

—Señorita Blanco, ¿qué día le viene mejor? —le preguntó, notando lo fácil que se sonrojaba, lo cual parecía fascinarle.

—Mmm... ¿el martes de la próxima semana? —dijo nerviosa. El cuerpo cálido de Ignacio estaba muy cerca del de Alondra; su temperatura se filtraba en su piel, incendiándola.

—Perfecto —dijo mientras escribía su nombre. La mano que tenía más cerca de la de Alondra la rozó ligeramente, haciéndola sonrojar aún más. No dudó de que Ignacio también tenía los mismos deseos de explorar su piel; la forma en que la miraba también lo delataba.

—Nos vemos la próxima semana entonces —dijo Ignacio, llevándola hasta el ascensor.

Antes de que la puerta se abriera, extendió su mano para despedirse. Alondra la tomó, y en cuanto lo hizo, sintió como si una corriente eléctrica recorriera su brazo, haciendo que su corazón latiera con fuerza. Ignacio presionó su palma contra la de Alondra, envolviendo sus pequeños dedos, y la acarició con su pulgar. Sus ojos nunca se apartaron de los de ella.

—Cuídate, Alondra —dijo Ignacio, dejando que su mano se deslizara lentamente fuera de la suya.

—Lo haré —dijo Alondra.

Las puertas se abrieron, y antes de entrar, le dedicó una sonrisa. Sintió que esa sonrisa también caló profundo en Ignacio.

—Doctor Ignacio —dijo finalmente, inclinando un poco la cabeza a modo de despedida. Luego se dio la vuelta y entró en el ascensor.

Se miraron hasta que las puertas se cerraron.

# Capítulo 4

Ignacio se quedó congelado en su lugar, mirando el marco metálico de la puerta del ascensor mientras los últimos vestigios de esa sonrisa angelical desaparecían en un instante. Se sentía como un adolescente, con mariposas en el estómago y un ardiente deseo de volver a verla. Entonces, notó que Valeria lo observaba desde su escritorio, con una sonrisa un poco burlona en el rostro.

—¿Qué? —le preguntó, volviendo a la realidad. Se fue rápidamente a su consultorio para evitarla; pensó que no había nadie que lo conociera mejor que su hija, excepto su secretaria.

Cerró la puerta tras de sí y se detuvo frente a la ventana. A pesar de no estar en un piso muy alto, tenía una vista muy bonita de la ciudad, pero cuando miró hacia abajo, pudo ver una parte del estacionamiento, y allí estaba, esa joven que lo había dejado hipnotizado. La observó por un instante, su cabello rizado ondeando en el aire, su delicada mano abriendo la puerta del conductor. Luego subió a su auto, y no pudo evitar admirar la curva tan tentadora de su cuerpo al hacerlo. Sintió un palpitar en el centro de su ser que hizo que los colores de su rostro se desvanecieran. Su sangre ya no circulaba abundantemente por su cuerpo, sino que se concentraba en otro extremo.

Cerró los ojos; sintió que estaba enloqueciendo.

—Es una paciente, y tú su doctor —se repitió constantemente en su cabeza, pero cada vez le invadía más la sensación de su piel bajo los dedos, suave y aterciopelada, sumada a la calidez tan reconfortante que emanaba de su cuerpo. Sentía su corazón latiendo a mil por hora, bombeando sangre lejos de sus puntos vitales, y definitivamente empezó a cuestionarse si estaba a punto de sufrir un fallo cardíaco. Su respiración entrecortada lo hizo caer en su silla y tratar de calmar lo que sentía. Su cuerpo era una hoguera por dentro, y su cerebro no dejaba de imaginar cosas con esa chica. Su nombre revoloteaba en su cabeza, haciendo eco por todo su ser.

Puso sus manos en su rostro, presionando y restregando su cara contra las palmas. Jamás había estado tan nervioso, tan descolocado, ni siquiera cuando le tocó entrar al quirófano por primera vez. Tampoco se sintió nervioso cuando Luisa le pidió el divorcio. Quizá el único momento en el que se sintió así, al borde de sus emociones, fue cuando nació su hija, y aun así,

siempre fue racional. Pero esto lo superaba de mil maneras.

Esa chica lo desequilibró completamente con solo su presencia, y sabía muy dentro de él que esto era algo de lo que jamás podría recuperarse. Tenía que dejar de imaginar cosas con ella: su aliento, sus labios, su rostro sonrojado, sus piernas...

—¿Doctor? —lo distrajo Valeria desde la puerta. No se había dado cuenta de que ella había abierto la puerta; aún tenía esa sonrisa un tanto burlona—. Su próxima cita acaba de cancelar... ¿Se encuentra bien?

La miró desde su silla; estaba consternada. Creyó que la expresión de su rostro lo decía todo. Ni siquiera él podía darle un diagnóstico a lo que sentía. Aun así, trató de actuar como normalmente lo hacía y se enderezó de inmediato.

—Sí, estoy bien.

Justo en ese momento, Valeria cerró la puerta tras de sí y se sentó en la silla donde Alondra había estado hace un par de minutos. Llevaba consigo una de esas tablas portapapeles con varios documentos.

—Necesito que firme estos. Son peticiones de los pacientes Pérez y Borjas para sus medicamentos de continuidad —dijo su secretaria, pero no podía concentrarse en lo que ella decía; no podía dejar de pensar en Alondra y el latido extremo de su corazón. Valeria continuó hablando, y él se limitó a firmar lo que ella le pidió. Estaba demasiado sumido en los recuerdos frescos de la sonrisa de Alondra como para concentrarse en otra cosa.

—La señorita Blanco… ¿desea que la reasigne con el doctor Rodríguez cuando regrese o…?

—Sí… ¡No! —respondió de inmediato cuando se dio cuenta de que mencionaba su nombre, levantándose de su silla como si un rayo hubiera atravesado su espina dorsal.

Valeria soltó una risita que lo hizo sentir extremadamente avergonzado.

—Por supuesto que no… ¿Debo decirle al doctor Rodríguez que ya no le debe favores, o prefiere comunicárselo usted?

Respiró profundamente; sentía que iba a desmayarse. Valeria lo miraba con la cabeza inclinada mientras tenía su mano sobre los papeles, lista para escribir. Su mirada era inquisidora, con esa sonrisa a medias que dejaba entrever que sabía más de lo que él podía percibir.

—Yo hablaré con él. Solo pide el expediente de Alon… la señorita Blanco a su secretaria —respondió, tratando de evitar su mirada.

—Así será, doctor —se levantó de la silla y se dispuso a salir del consultorio, pero antes de irse lo miró de nuevo—. ¿Por qué no va a darse una vuelta por la cafetería? Escuché que tienen un helado de pistache muy rico; estoy segura de que tomar algo frío le hará bien.

En ese momento, él la miró justo antes de que desapareciera. Ella le guiñó el ojo antes de salir, y se sintió extremadamente avergonzado, especialmente porque estaba seguro de que sabía lo que le ocurría, y porque no cabía duda de que un helado no sería suficiente.

# Capítulo 5

—Ana, te lo juro —dijo Alondra por teléfono—, él era de otro mundo.

Alondra agarró su cepillo de dientes y lo metió dentro de su bolso, mientras sostenía su teléfono celular entre su rostro y su hombro.

—¿Pero cómo era? —preguntó Ana con entusiasmo.

—Bueno, lo primero que pensé cuando lo vi fue en el David de Miguel Ángel —dijo Alondra, pero hubo un momento de silencio—. ¿Sabes? ¿La escultura?

—¡Oh, claro! Lo buscaré en Google —respondió Ana, excusándose, y Alondra sonrió.

—Y, ¿crees que le gustaste? —preguntó Ana, con una curiosidad creciente.

Alondra dejó de recoger la ropa que estaba sobre su cama y se quedó pensando un minuto.

—Bueno, parecía nervioso, pero… —respondió, recordando la sensación de la mano de Ignacio sobre la suya—. No lo sé, Ana, él parecía… muy maduro.

Al otro lado del teléfono, escuchó a Ana reírse.

—¡Dios mío, no puedo creerlo! —dijo Ana entre risas—. ¡Te gustó un hombre mayor!

—¡Oh, Ana! —Alondra se sintió avergonzada ahora que Ana lo había señalado—. De todas formas, no va a pasar nada. Es mi doctor y yo solo soy otra paciente, no hay nada especial en eso.

—Sí, claro —dijo Ana en tono burlón—. Porque es totalmente normal quedarse mirando a tu doctor durante un minuto entero, ¿no?

Luego escuchó a su amiga reírse un poco más.

—Bueno, ya basta de plática, trae tu trasero aquí, la lasaña está casi lista y quiero escuchar esta historia cara a cara.

—Está bien, está bien —dijo Alondra—. Estaré allí en un minuto, nos vemos.

Alondra terminó de empacar su mochila y poco después salió de su habitación. En ese momento, vivía en el campus, y por suerte, la casa de Ana no quedaba muy lejos. Subió a su coche y condujo hasta la casa de Ana que estaba en Vista Bonita, un sector bastante conocido por sus mansiones lujosas. Nunca antes había estado dentro de la casa de Ana, aunque había pasado varias veces a recoger a Ana para ir por galletas y café en Clementina's.

El camino de entrada era enorme, con una hermosa fuente en el centro. Apenas llegó frente a la casa, vio los rizos dorados de su amiga en la distancia.

—Puedes estacionar aquí, no hay problema —gritó Ana.

Alondra dejó su auto en la entrada. Su humilde Volkswagen parecía aún más modesto, al lado de la enorme construcción que Ana llamaba hogar. Cogió su bolso y corrió hacia su amiga para abrazarla. Ana sonreía de oreja a oreja.

—¡Por fin! ¡He estado esperándote durante horas! —dijo Ana abriendo la puerta para dejarla entrar.

—Oh, por favor, hablamos por teléfono hace solo 15 minutos —respondió Alondra sonriendo. Entró en la casa y de repente se sintió tan pequeña como una hormiga al darse cuenta de lo grande que era. Lo primero que notó fueron los techos altos y las grandes ventanas. La sala era enorme, con sofás de cuero de diferentes tamaños, una gran ventana al fondo y luego el patio.

—Casa, te presento a Ali —dijo Ana sonriendo—. Ali, esta es mi casa.

Alondra estaba impresionada con todo lo que veía. En la distancia, más allá del patio, notó una gran piscina y un jacuzzi al lado. Su mandíbula cayó completamente.

—Tienes este palacio, ¿y aun así no pagas tus propias galletas? —dijo Alondra con los ojos bien abiertos, mirando a su amiga, quien no paraba de reír maliciosamente. Luego Ana le quitó el bolso del hombro y la dejó en uno de los sofás.

—Ven, vamos a la cocina, tengo que vigilar mi lasaña.

Ana tomó la mano de Alondra y la llevó hacia la cocina. Un delicioso aroma inundó las fosas nasales de Alondra en cuanto entraron. La cocina no era diferente de la sala: techo alto, una hermosa lámpara sobre la estufa, paredes grandes, ventanas amplias y una encimera de piedra para cocinar, además de luces indirectas que la decoraban e iluminaban.

El comedor estaba conectado a la cocina, con una gran mesa de madera en el centro decorada con arreglos florales y sobre ella una lámpara aún más hermosa que la de la estufa. Había tres platos con cubiertos elegantes y servilletas de tela sobre ella. Todo se veía increíble.

—Vaya, Ana, realmente te has esforzado, ¿verdad?

—Querida —dijo Ana mientras sacaba la lasaña del horno—, ya me conoces, soy todo o nada, nunca me han gustado las cosas simples.

Alondra observó a su amiga mientras sacaba una botella de vino de la bodega.

—Ahora, ayúdame un poco y lleva esto a la mesa —le dijo Ana.

Alondra tomó la botella y caminó hacia el comedor. Cogió una de las copas y se sirvió un poco de vino. Mientras lo hacía, escuchó que alguien más entraba a la casa y dejaba algo metálico sobre la encimera.

—¡Papá! —gritó Ana, y salió corriendo hacia la entrada de la cocina para abrazar a su padre.

Alondra tomó su copa y dio un pequeño sorbo, luego se giró para presentarse. Tan pronto como Ana se apartó de su padre, los ojos de Alondra se abrieron de par en par y de repente se ahogó con el vino. Comenzó a toser, y Ana rápidamente se acercó para darle palmaditas en la espalda.

—¿Estás bien? —preguntó Ana a su amiga, que aún jadeaba.

—Sí, estoy bien —a duras penas respondió Alondra, poniéndose recta, aun sintiendo la quemazón del vino en su garganta. Levantó los ojos solo para encontrarse con los hermosos ojos color miel de los que le había hablado a Ana hace unos minutos. Su corazón comenzó a latir con fuerza al darse cuenta de que el doctor Ignacio estaba parado justo frente a ella.

Los ojos de Ignacio estaban muy abiertos, y su mandíbula apretada. Acababa de aflojarse la corbata y desabrochado un par de botones de su camisa, aún tenía esa mancha de aderezo sobre su pecho.

—Alondra, este es mi papá, el señor Martínez —dijo Ana, mientras Ignacio se dirigió rápidamente a los gabinetes de la cocina para darle agua a una jadeante Alondra.

En cuanto se acercó a ella, extendió su brazo para darle el vaso, se miraron el uno al otro durante un momento, intentando averiguar si todo aquello era real. Se bebió el vaso entero de un solo trago y luego miró a Ana, que tenía una gran sonrisa en el rostro, y después de nuevo a Ignacio, quien estaba atónito y paralizado.

—Señor Martínez, es un gusto conocerle —dijo finalmente, alzando su mano para estrechar la suya como si acabaran de conocerse.

Ignacio miró su pequeña mano suspendida en el aire, luego de nuevo a sus hermosos ojos marrones. Sintió una oleada en su corazón mientras rápidamente tomaba su mano y la estrechaba.

—El gusto es mío —respondió—. Solo llámame Ignacio.

—¡Oh! —exclamó Ana de repente, captando su atención—. ¿Te dije que mi papá es doctor?

—No —dijo Alondra, volviendo a mirar a Ignacio—. No recuerdo que lo mencionaras.

—Si hubiera sabido que ibas al doctor hoy, le habría dicho a papá que te atendiera —dijo Ana, mientras Ignacio alternaba su mirada entre su hija y Alondra, escuchando atentamente lo que decían. Hubo un silencio incómodo, mientras Ana miraba efusivamente a ambos.

—¿Qué están esperando? ¡Siéntense! —ordenó Ana.

Alondra caminó hacia la mesa, seguida por Ignacio, quien no pudo evitar estudiar la manera en que ella caminaba. Sus caderas se movían lentamente de un lado a otro dentro de su falda de mezclilla, mientras sus piernas cremosas acompañaban el ritmo de sus brazos, su cabello danzaba en el aire con cada paso. Ignacio tragó con fuerza, tratando de controlar los nervios que ella le provocaba. Alondra se sentó en un lado de la mesa, e Ignacio se acomodó en el extremo de la misma, a su izquierda, luchando por controlar su necesidad de admirar sus delicados rasgos angelicales y su deseo de sentir nuevamente su piel.

—¡Todo listo! —dijo Ana con entusiasmo al colocar la lasaña sobre la mesa. Ignacio se levantó rápidamente y tomó la espátula.

—¡Oye! Iba a hacerlo yo —protestó Ana.

—Cariño, cocinaste para nosotros —dijo Ignacio, mirando a su hija—, lo mínimo que puedo hacer es servir.

Luego tomó el plato de Alondra y le sirvió una porción. Lo colocó de vuelta frente a ella con una sonrisa.

—Muchas gracias, señor Ignacio —dijo Alondra, con las mejillas enrojecidas.

—Solo… Ignacio —dijo él, bajando la mirada hacia ella, quien comenzaba a ruborizarse sin control.

—Ahora yo —interrumpió Ana, levantando su plato. Ignacio le sirvió otra porción y luego se sirvió para sí mismo. Ana comenzó a servir vino en su copa mientras Ignacio miraba la botella.

—¿Ese es el Cabernet? —preguntó Ignacio, y Ana asintió.

—Genial, voy a necesitar una buena copa —dijo Ignacio, mientras Ana le pasaba la botella a su padre, algo confundida.

—¿Mal día, papá? —preguntó la joven, observando como su padre se servía la copa hasta el tope, mientras movía su cabeza de forma negativa.

—Muy bien —dijo Ana—. ¡Buen provecho! —tomó sus cubiertos y dio un gran bocado a

su plato. Alondra miró de reojo a Ignacio mientras se disponía a cortar un trozo de lasaña de su plato.

—Ana, esto está delicioso —dijo Alondra, después de tomar un bocado.

Ana sonrió y tomó otro bocado.

—Entonces, Alondra —dijo Ignacio, tomando un gran sorbo de su copa—, ¿estudias con Ana, verdad? —preguntó, intentando sonar casual.

—Papá, te hablé de Alondra, es mi amiga de Las Colinas, ¿recuerdas? —intervino Ana, tomando también un sorbo de su copa.

—Ah, sí, cierto —respondió él, cortando un trozo pequeño de lasaña con su tenedor—. Me contó de ti, perdón, lo había olvidado por completo. Eres Alondra Blanco, la amiga de mi hija —dijo, aunque sonó más bien como un recordatorio nada agradable para sí mismo.

—Sí, señor Ignacio —dijo Alondra, forzando una sonrisa—, soy la amiga de Ana.

Luego tomó un bocado de su lasaña, masticando con fuerza. Ignacio la observaba y, aunque ella se veía visiblemente incómoda, la seguía viendo como lo más hermoso que había visto.

—¿Me estoy perdiendo de algo? —preguntó Ana, confundida por la conversación.

—¿de qué? —preguntaron Ignacio y Alondra, casi en unísono. Se miraron nuevamente, y Alondra tomó un gran trago de vino.

—Oh, Alondra, por favor —dijo Ana, levantando su copa—, sigue contándome sobre ese doctor que viste hoy, el de los ojos bonitos.

Ignacio levantó la mirada lentamente y la fijó en el rostro de Alondra de nuevo. Ella casi se ahoga de nuevo con el sorbo de vino que tenía en su boca. Mantuvo sus ojos en el plato, sintiendo los ojos de Ignacio clavados en su sien.

—¿Un doctor? —dijo Ignacio, recostándose en su silla mientras la miraba—. Tal vez conozca a ese médico.

Alondra tomó otro bocado, nerviosa.

—No hay mucho que contar, solo que tenía unos ojos bonitos, y ya está.

—Oh, vamos —dijo Ana, recostándose en su silla—. ¿No quieres contarme solo por qué mi papá está aquí? Puedes confiar en él, de verdad —dijo, dándole una palmada en el hombro a Ignacio—. ¡Es de fiar!

Ignacio sonrió nerviosamente cuando notó que Alondra lo miraba.

—Entonces, ¿cómo se llama tu doctor? —insistió Ana.

Alondra tomó un gran trago de vino, dejándolo pasar rápidamente por su garganta.

—Eriberto —mintió rápidamente—. Eriberto Salas, ese es su nombre.

—¿Eriberto? ¿Qué clase de nombre es ese? —dijo Ana, aguantando un poco su risa—. Papá, ¿tienes algún colega llamado Eriberto? —preguntó Ana, dando otro bocado.

—La verdad no, pero, cariño, esta es una ciudad grande —le respondió Ignacio—. Podría haber muchos Eribertos por aquí.

Ana sonrió a Alondra mientras tomaba otro bocado. Continuaron comiendo, dejando que la noche transcurriera de manera relajada. Ana comenzó a hablar sobre el ensayo que debía escribir con Alondra, mientras Ignacio no podía dejar de observar a la hermosa invitada de su hija. Siguieron bebiendo vino, y en un momento, Ignacio comenzó a sentirse más ligero.

—Papá —dijo Ana, captando su atención—, ¿qué tal te fue con el paciente del que me hablaste por teléfono? La paciente de Tomás.

—Era preciosa —respondió Ignacio sin pensar, y entonces se dio cuenta de lo que había dicho.

La mandíbula de Alondra cayó, y de inmediato lo miró.

—¿En serio? —dijo Ana, con una mezcla de sorpresa e intriga—. ¡Oh, papá, nunca habías dicho eso antes de una paciente! Cuéntanos más.

Ignacio miró a Ana y luego a Alondra, que tenía los ojos bien abiertos y fijos en su plato vacío.

—Mmm, era linda, pero solo era… una paciente.

—Oh, por favor —dijo Ana, un poco molesta—. No me digas que no vas a decir nada tampoco.

Luego bebió todo su vaso de vino y lo dejó sobre la mesa.

—Alondra, deberíamos ponernos a trabajar en ese ensayo —dijo, levantándose y recogiendo su plato vacío.

—Sí —respondió Alondra.

Observó a Ana colocar los platos en el lavavajillas, y cuando se dispuso a levantarse, de repente, Ignacio tomó su mano. Ella se dio la vuelta para mirarlo; sus ojos se sentían cálidos al encontrarse con los de ella, y luego sonrió. Alondra sintió cómo su piel se erizaba con el toque repentino.

—Buenas noches, Ignacio —dijo con una sonrisa en el rostro.

—Buenas noches, Alondra —respondió él, soltando su mano justo antes de que Ana se

diera la vuelta.

Alondra siguió a Ana fuera de la cocina, dándole una última mirada a Ignacio antes de irse. Él no dejó de mirarla.

Ana dormía profundamente. El ensayo ya estaba terminado, y Alondra yacía junto a su amiga, admirando su habilidad para quedarse dormida tan rápido. Luego, Alondra se quedó mirando al techo, intentando cerrar los ojos y relajarse, pero no podía dejar de pensar en los ojos color miel de Ignacio durante la cena, en su mandíbula cincelada y su sonrisa arrolladora.

*Ignacio,* pensó. No había manera de sacarse su rostro de la mente. Se preguntó qué estaría haciendo él, si todavía estaría en la cocina o tratando de dormir, como ella. O tal vez ya estaría dormido, soñando. Entonces se preguntó qué estaría soñando, y si ella formaría parte de ese sueño.

Ana se movió ligeramente en su sueño, y Alondra observó su silueta en la oscuridad. *Esto está mal, no puedo sentir algo por el papá de Ana. No quiero perderla, nunca me lo perdonaría si la pierdo.* Luego, volvió a mirar el techo. *No puedes gustar de Ignacio, no es solo el papá de Ana, es mucho mayor que tú,* pensaba una y otra vez.

Sacudió la cabeza y se giró hacia un lado, colocando sus manos debajo de la almohada. *Ignacio,* pensó. Su mente repetía su nombre como un eco, mientras imaginaba esos hermosos ojos mirándola de nuevo. Alondra luchaba por negarlo, pero en el fondo sabía que Ignacio le gustaba más de lo que estaba dispuesta a admitir.

# Capítulo 6

Todo transcurrió sin problemas esa semana. Después de aquella noche en casa de Ana, Alondra pensó que todo lo que había sentido hacia Ignacio era solo parte de sus alergias, si es que tenía alguna. Siguió con su rutina: iba a clase, luego estudiaba con Ana en la biblioteca, hacía los deberes en su dormitorio y repetía el ciclo.

Intentaba no pensar en Ignacio, pero desafortunadamente, cada vez que compartía tiempo con Ana, no podía evitar ver a Ignacio en su amiga, ya que ambos tenían esos hermosos ojos color miel. Sin embargo, Alondra seguía descartando la idea de tener algo con Ignacio; había demasiado en juego, incluso para él. Ana, por su parte, estaba insistiendo en que Alondra debería salir con Carlos. Hasta el momento, solo habían intercambiado algunas sonrisas en el pasillo y una vez él le dijo "Hola" a Alondra. Ella intentaba pensar más en Carlos, pero Ignacio seguía tatuado en su mente.

Esa tarde, Alondra estaba estudiando en su dormitorio; tenía un examen sobre Botticelli y quería pulir lo que ya sabía. De repente, su teléfono vibró, interrumpiendo su estudio.

—¿Hola?

—Hola, ¿es usted Alondra Blanco? —preguntó una voz femenina al otro lado de la línea.

—Sí, soy yo —respondió Alondra.

—Señorita Blanco, le llamo de la oficina del doctor Martínez —dijo la mujer, lo que hizo que Alondra se pusiera instantáneamente nerviosa—. Tiene una cita hoy a las 5, y quería confirmar su asistencia.

De inmediato, Alondra se dio una palmada en la frente. Había olvidado completamente la cita.

—Sí, estaré allí —respondió, mirando su reloj. Ya eran las 3:00 p.m.

—De acuerdo, la estaremos esperando, señorita Blanco —dijo la recepcionista mientras Alondra abría rápidamente su armario. Tan pronto como colgó, se miró a sí misma en el espejo

de la ventana. *¡Maldición! ¿Qué me pongo?* pensó al ver los botones de su pijama y la camisa tipo polo que llevaba puesta—. ¡Es solo una cita con tu doctor, no debería importar si voy en pijamas!

Su mente se convirtió en un campo de batalla entre las razones por las que le importaba verse bien y las que no. Entonces vio un vestido deportivo y se lo puso. *Esto es un término medio,* pensó mientras se miraba de perfil en el espejo. Rápidamente se puso sus tenis y salió corriendo.

Cuando llegó, se anunció con la secretaria de Ignacio.

—¡Hola! Soy Alondra Blanco, vengo a ver al doctor Martínez —dijo a la mujer rubia detrás del escritorio.

Valeria buscó su nombre y luego le sonrió a la joven.

—Sí, el doctor Martínez la está esperando —dijo levantándose y conduciéndola hacia la oficina. Luego abrió la puerta—. Doctor Martínez, su paciente está aquí —anunció, dejando pasar a Alondra.

Ignacio estaba sentado detrás de su escritorio, trabajando en su computadora. Al parecer, él también había olvidado que tenía una cita con Alondra. Miró hacia la puerta y luego volvió a la pantalla, pero al darse cuenta de quién era, volvió a mirarla rápidamente. Su boca se abrió ligeramente al recordar haber visto su nombre en la lista, aunque no le había prestado mucha atención.

—Señorita Blanco —dijo sorprendido mientras la secretaria cerraba la puerta, dejándo al resto del mundo fuera del consultorio.

—Doctor Martínez —respondió ella, sintiendo cómo los ojos color miel de Ignacio la envolvían.

—Solo Ignacio —replicó él, admirando cómo ella caminaba lentamente hacia él y se sentaba frente al escritorio. Al igual que Alondra, él había intentado olvidar lo que sintió el día que la conoció, pero al verla de nuevo frente a él, todo volvió con más intensidad.

—Ignacio —dijo ella con una sonrisa timida. No podía negar los nervios que sentía en las manos ni los latidos fuertes que su corazón estaba produciendo. Sus miradas se cruzaron, intentando comprender lo que estaba sucediendo en ellos. Luego, Alondra colocó las manos sobre el escritorio, entrelazando sus dedos.

—Ibas a hacerme una prueba de alergia, ¿recuerdas? —le dijo.

Ignacio sacudió la cabeza.

—Ah, sí, lo siento, he estado muy ocupado con el trabajo y todo eso —intentó explicarse, pero sus profundos ojos marrones lo distraían y lo ponían nervioso.

—Dijiste que lo harías en mi espalda —le recordó—. ¿Necesito cambiarme?

Ignacio pensó un momento, observando el vestido que llevaba puesto.

—Sí, tendrás que cambiarte. Necesito ver tu espalda para realizar la prueba.

La idea de tener a Alondra desnuda detrás de la cortina hizo que su cuerpo reaccionara, pero trató de mantener la compostura.

—Está bien, ¿dónde me cambio? —le preguntó con una pequeña sonrisa en su rostro. Notó como el doctor estaba igual de nervioso que ella, por la forma en que su labio temblaba al hablar.

—Allí —señaló el biombo—. Verás una bata detrás.

Alondra se levantó lentamente y caminó detrás del biombo. Ignacio intentaba concentrarse en el hecho de que era su doctor y que ella era la mejor amiga de su hija, pero entonces notó la silueta de Alondra a través de la cortina.

Poco a poco, ella se quitó el vestido, levantándolo por encima de su cabeza. Luego, vio cómo se quitaba el sostén, lo que lo hizo imaginar el color rosado de sus pezones. Su silueta era una tentación, pero tenía que ser profesional; sabía muy bien que debía serlo.

Sus ojos estudiaron las hermosas curvas de su cuerpo. Aunque Alondra era pequeña, sus caderas y cintura eran proporcionadas, y sus pechos parecían perfectos para su tamaño. Pensó que cabrían perfectamente en sus manos. Su trasero, redondeado, tampoco era ni demasiado pequeño ni demasiado grande; era simplemente perfecto.

Entonces, Alondra salió de detrás del biombo y se sentó en la camilla. Su torso estaba completamente desnudo debajo de la bata. *No debí haberme puesto un vestido,* pensó al darse cuenta de que solo llevaba las bragas y la bata. Sus pies colgaban en el aire y los movía como una niña pequeña. Ignacio lo vio y pensó que era lo más adorable que había visto.

Luego, él se acercó, moviendo un carrito de plástico cerca de ella. Se puso los guantes, y Alondra lo observó detenidamente. Ignacio se concentró en preparar las sustancias que iba a usar, mientras ella no podía dejar de admirar su perfil. Su nariz era recta, lo que le daba un aire masculino, y combinada con su barba de tres días, pensó que era irresistible.

—De acuerdo —dijo Ignacio, tratando de evitar el contacto visual, ya que sabía que si la miraba, no habría vuelta atrás—. Colócate de espaldas a mí.

Alondra se giró en la camilla, y luego sintió cómo Ignacio desataba la bata sin tocarla. Tragó con fuerza mientras sentía cómo su temperatura corporal aumentaba, un calor que crecía en su interior, haciéndola sudar.

—Necesito ver tu espalda —le dijo Ignacio. Se dio cuenta de lo cerca que estaba el doctor de su oído, sintiendo su aliento en la nuca, lo que hizo que sus vellos se erizaran.

Con lentitud, deslizó la bata por sus hombros, exponiendo su espalda. Ignacio admiró su piel, que parecía tan suave como el terciopelo, y deseaba comprobarlo. Tomó un marcador y comenzó a dibujar cuadrados en su espalda; podía sentir el calor de su piel a través de los guantes de látex. Cuando ella sintió la tinta fría sobre su piel, su cuerpo tembló.

—Está bien, estoy dibujando una fila de cuadrados con letras para colocar las sustancias en ellos, de esa manera sabré cuáles usé y dónde —le explicó, mientras observaba su cabello oscuro. Deseaba olerlo desesperadamente, y su hombría reaccionó cuando, por accidente, se inclinó para recoger otra sustancia y vio el costado de su pecho.

Ignacio tuvo dificultades para concentrarse en la prueba, y Alondra estaba extremadamente nerviosa cada vez que sentía su mano sobre su espalda. Cada leve toque enviaba oleadas de calor hacia su interior; sus pezones se endurecieron y su piel ardía. Ignacio no quería terminar, pero una vez que lo hizo, se quitó los guantes de látex.

—Listo, hemos terminado —dijo, pero Alondra no se movió. Ignacio la miró y se dio cuenta de que estaba sonrojada, extremadamente sonrojada. Luego, lentamente, levantó su mano y la colocó sobre el hombro desnudo de ella, llevado por un impulso con el que no podía razonar. Su piel era de otro mundo: suave, cremosa, como terciopelo y seda a la vez, pero también invitante. Escuchó a Alondra jadear, y luego ella lentamente apoyó su cabeza sobre su mano.

Alondra no tenía idea de lo que estaba haciendo; estaba asustada, pero se dejó llevar, cerró los ojos y dejó que su corazón la guiara. Acarició la mano de Igancio con la mejilla y luego la besó. Ignacio sintió cómo su mano se derretía bajo el suave toque de sus labios. Su mano cayó lentamente por el brazo de Alondra, acariciándolo hasta llegar a su mano, donde entrelazó sus dedos con los de ella.

Luego, él colocó su otra mano en su cintura, haciéndola girar un poco. Sus mejillas estaban sonrojadas y sus labios anhelaban sentir su beso. Ignacio la miró a los ojos mientras acariciaba su cabello; entonces, ella puso su pequeña mano en su mejilla, sintiendo su barba y acariciando su labio inferior con el pulgar.

Ignacio se vio a sí mismo en sus ojos, luego vio cómo sus labios se abrían lentamente y pronunciaban su nombre.

—Ignacio —escuchó que ella decía, casi en un susurro.

Se inclinó hacia adelante, más cerca de su rostro, sintiendo su corazón a punto de estallar mientras la respiraba. Apoyó su frente contra la de ella, mirándola a los ojos y colocando ambas manos en sus mejillas.

Estaba maravillado con ella, acarició sus labios carnosos mientras ella se hundía más profundamente en sus ojos. Sus dedos se deslizaron por el cabello castaño de Ignacio, acariciándolo. Luego ambos se inclinaron hacia adelante, sus labios se tocaron y se fundieron en un beso suave y prolongado. Entonces, las manos de Ignacio descendieron hacia sus hombros, acercándola más a él.

Ella se levantó lentamente, seguida por él. Ignacio la envolvió con sus brazos mientras

giraba la cabeza para darle otro beso. Alondra se derretía en sus brazos, su lengua se deslizó dentro de su boca, buscando la de ella, y ella la recibió con una caricia de su propia lengua. Pronto, el beso se volvió apasionado; sus manos exploraban los fuertes hombros y el amplio pecho de Ignacio, mientras las manos de él acariciaban su delicada espalda y bajaban hasta sus nalgas.

Entonces, apretó el cuerpo de Alondra contra el suyo. El instante en el que ella sintió el bulto duro de Ignacio contra su vientre, su cuerpo se encendió en llamas, lo deseaba intensamente, y por la dureza de su miembro, sabía que él la deseaba también. Ambos se dejaron llevar por el calor del momento, saboreándose y explorándose mutuamente mientras se fundían entre sus besos.

De repente se detuvieron. Ignacio seguía sosteniendo a Alondra contra su cuerpo y los brazos de ella aún estaban alrededor de su espalda. Ambos jadeaban, Ignacio apoyó su frente contra la de ella mientras ella cerraba los ojos y se daba cuenta de cuánto le había gustado cada segundo de lo que acababa de ocurrir.

Luego, él levantó la cabeza y cruzó su mirada con la de ella. Sus manos cayeron a los costados, liberándola de su abrazo. Las manos de Alondra lo soltaron mientras retrocedía, separándose de él. Ignacio tropezó con una silla y se dejó caer en ella, sentándose sin energía. Alondra se cubrió la boca con las manos mientras sus ojos marrones se abrían de par en par.

Se miraron, dándose cuenta de que no había vuelta atrás de lo que acababa de pasar. Ignacio se reclinó en su silla como un soldado herido en medio de la batalla, jadeando por el apasionado beso que le había dado a la mejor amiga de su hija.

—Maldición —fue todo lo que dijo.

Alondra comenzó a mover la cabeza en señal de negación mientras sus manos cubrían su boca y sus ojos se llenaban de pánico. Ignacio volvió a la realidad, escuchando la misma frase que se había repetido a sí mismo durante los últimos días: *Es la mejor amiga de tu hija.*

—No —dijo Alondra, con la voz temblorosa. De repente, Ignacio se levantó y la abrazó, tratando de calmarla.

—Alondra, por favor, no quiero que te sientas mal por esto —dijo acariciándole la cabeza. Luego se inclinó para nivelar su mirada con la de ella—. Por favor, no sé qué fue esto, pero no debes sentirte mal por lo que acaba de pasar —le dijo mirándola a los ojos, intentando sonar lo más serio posible.

Alondra bajó las manos, dejando sus labios expuestos de nuevo.

—Lo siento —dijo. En ese momento, se sintió avergonzada y como una traidora, como la peor clase de persona. Pero luego, al mirar de nuevo a los ojos de Ignacio, se reencontró a sí misma. Amaba lo que sentía y no quería que desapareciera. De repente, se inclinó hacia adelante y le dio un suave beso en los labios. Todo volvió a ella, sintió su cuerpo arder una vez más mientras él le devolvía el beso con pasión.

Luego, apoyó su frente contra la de Ignacio.

—No deberíamos hacer esto —le susurró.

—Lo sé —respondió él, acariciándole las mejillas.

—Creo que debería buscar a otro doctor —dijo ella, pero él la interrumpió.

—No —se inclinó hacia atrás para ver su rostro completo—. Sé que es lo correcto, pero no puedes ahora.

Ella miró su rostro y respiró hondo.

—Ya estoy realizando una prueba en tu espalda y yo... de verdad quiero verte Ali, quiero cuidarte.

—¿Y Ana? —dijo, cerrando los ojos y retrocediendo un poco de él—. Ana es mi mejor amiga en todo el mundo, si se entera...

—No lo hará, nunca —dijo él. Sonaba seguro, pero Alondra tenía sus dudas. Luego acarició su rostro; sus dedos se posaron en su barbilla y acarició sus labios con el pulgar mientras sus ojos se humedecían.

—Esto no puede volver a pasar —dijo ella, tragando con dificultad mientras sentía que su corazón se detenía—. Ignacio, eres el padre de Ana, ella es mi mejor amiga, no puedo imaginar mi vida sin ella, no quiero perderla, mi mundo entero se quemaría como el infierno si se entera.

—No la perderás, lo prometo —dijo él, alejándose de ella—. Te doy mi palabra, Ana jamás lo sabrá, y yo seré tu doctor hasta que puedas conseguir otro mientras regresa Tomás.

—Está bien —dijo ella—. Debería vestirme.

Alondra caminó hacia el biombo. Ignacio observó su silueta mientras se colocaba el vestido y cubría su cuerpo. Sintió su corazón estrangularse dentro de su pecho mientras acariciaba sus propios labios; Alondra estaba tatuada en su piel.

—¿El próximo martes? Debería tener tus resultados para entonces —dijo mientras la veía salir del biombo.

—Sí, claro —respondió ella. Se veía preocupada y él sabía por qué. Se dio la vuelta para abrir la puerta.

—Alondra —dijo él, siguiéndola y tomando su mano.

—Ignacio —ella lo miró. Ignacio no pudo evitar acariciar su mejilla. Luego, le dio un beso en la frente.

—Adiós —dijo ella, abriendo la puerta y alejándose de él.

Esa última palabra que pronunció, la sintió definitiva, como si Alondra no volvería a aparecer en su oficina. Su corazón se llenó y se vació tan rápido como un rayo.

Ana escribía apresuradamente en su cuaderno; parecía que intentaba iniciar un incendio con él. Estaban en la biblioteca, y Alondra la observaba, sus movimientos, su concentración, incluso su sonrisa eran igual a las de Ignacio; incluso su aura ligera se sentía como la de él. *¿Cómo puedo olvidarte, si Ana es igual que tú?*

Luego se fijó en el cabello rubio de su amiga, reconociendo que también tenía los genes de su madre. Allí, en medio de la biblioteca, sintió algo en su corazón similar a los celos, pero ¿cómo podría sentir algo así? Cuando Ignacio tenía a Ana, Alondra ni siquiera existía. Luego reflexionó sobre eso, sintiendo celos por alguien que jamás podría tener.

Entonces, Ana levantó la mirada hacia Alondra, notando su estado de ánimo.

—Chica, ¿qué pasa? —preguntó, colocando su mano sobre la de Alondra, de la misma forma en que Ignacio lo hizo. Alondra tragó con dificultad mientras buscaba las palabras adecuadas para explicarse.

—Ana —susurró—, ¿qué opinas sobre salir con chicos mayores?

Ana se mostró confundida—. Depende de cuán mayores, ¿por qué me preguntas esto?

—No lo sé —respondió Alondra, avergonzada.

—¿Estás tratando de ser una “sugar baby”? —preguntó Ana de repente, con disgusto.

—¿Qué? ¡No! —respondió Alondra, elevando un poco la voz. La gente se volvió para mirarlas y las callaron.

—Lo siento —susurró Alondra a la chica molesta en el fondo de la mesa.

—¿Entonces por qué? —preguntó Ana, bajando la voz—. ¿Es por Carlos?

Alondra pareció confundida por un segundo.

—Él solo es dos años mayor que tú, no es nada, no deberías preocuparte por eso.

Ana siguió escribiendo en su cuaderno y pasando las páginas del gran libro que tenía frente a ella.

—No estaba hablando de...

—Oh, hablando del mismísimo diablo —dijo Ana, levantando la vista—. Actúa normal —agregó, reanudando su escritura con una sonrisa en los labios.

—Hola, chicas —escuchó Alondra que alguien decía detrás de ella.

—¿Sánchez, cómo va todo? —dijo Ana entusiasmada mientras Alondra se daba la vuelta para verlo. El joven atleta estaba sacando una silla al lado de Alondra para sentarse, sonriendo ampliamente hacia ella.

—Genial —dijo. Su presencia captó la atención de varias chicas en la biblioteca.

—¿Las veré esta noche en la competencia?

—Claro que si —respondió Ana. Luego, Carlos miró a Alondra, quien volvió a centrarse en su texto. Entonces, Ana le dio un pequeño golpe en las costillas, haciendo que Alondra la mirara con una expresión de dolor. Ana señaló a Carlos con los ojos mientras Alondra se frotaba las costillas.

—Oh, emmm —dijo nerviosamente, sonrojándose por la forma en que él tenía sus ojos verdes fijos en los de ella—. Claro, estaremos allí.

Carlos sonrió hacia ella, haciendo que se sonrojara aún más.

—Entonces, conseguiré buenos asientos para ustedes —dijo, sacando el bolígrafo de Alondra de su mano y escribiendo su número en la esquina de la página que estaba escribiendo.

—Solo llámenme cuando lleguen al gimnasio, chicas.

Ana le dio otro toque a Alondra.

—¡Está bien! —dijo un poco molesta—. Te llamaremos, Carlos, lo prometo —dijo mirándolo y forzando una sonrisa. Todo esto hizo que Carlos se riera, su sonrisa hizo que un par de chicas en la sala suspiraran.

—Oh, por cierto —dijo Ana de repente—, si tú y el equipo están de humor después de la competencia, podemos tener una pequeña fiesta en mi casa.

Los ojos de Alondra se abrieron de par en par mientras levantaba la cabeza para mirar a Ana.

—Ana, no creo que...

De repente, un dolor agudo la hizo cerrar la boca; Ana acababa de pisarle los pies por debajo de la mesa, mientras colocaba sus manos bajo su barbilla, tratando de lucir tranquila.

—¡Eso suena genial! —dijo Carlos—. Estoy seguro de que a los chicos les gustará eso.

Ana seguía sonriendo mientras Alondra miraba hacia abajo, a su cuaderno.

—Supongo que las veré luego —dijo él, levantándose.

—Adiós, Carlos —dijo Ana sonriendo y lanzando sus rizos rubios sobre su hombro de manera coqueta.

—Adiós, Ana —dijo, y luego miró hacia Alondra, quien reanudaba su escritura. Colocó su mano sobre su hombro, tratando de llamar su atención.

—Adiós, Alondra, espero verte allí.

Alondra le sonrió y lo observó irse. No podía negar que era atractivo y encantador, pero simplemente, no sentía nada de química con él, en cambio, el rostro de Ignacio seguía invadiendo su mente. Luego se volvió para ver a Ana, quien parecía un poco molesta con ella.

—Ali, ¿qué demonios? —le preguntó Ana mientras tomaba el cuaderno de Alondra para guardar el número de Carlos en su teléfono—. Pon los pies en la tierra, en serio.

—Lo siento, es solo que no sé… —Alondra no pudo encontrar las palabras para explicar lo que sentía.

—Si esto es por la diferencia de edad, déjame decirte algo —Ana se inclinó para susurrarle al oído a Alondra—. La edad es un estado mental, si Carlos es dos años o 36 años mayor que tú, ¿a quién diablos le importa?, si te gusta el chico, simplemente sal con él, ¿qué es lo peor que podría pasar? Siempre aprenderás algo nuevo, y sé que te agrada Carlos, me lo has dicho antes —Ana sonrió a Alondra mientras tomaba su lápiz de nuevo.

*La edad es un estado mental,* repitió en su cabeza como un mantra. *Tal vez darle una oportunidad a Ignacio es lo correcto para mí,* pensó mirando a Ana, *pero esto tiene que ser un secreto.*

# Capítulo 7

—¿Hola? —dijo Ignacio al contestar su teléfono. Acababa de entrar a la casa y había dejado su maletín junto a la puerta de entrada.

—¡Papá! —escuchó la voz de Ana al otro lado—. Estoy en la competencia de natación, por eso no estoy en casa aún —dijo ella.

—Está bien, cariño, diviértete —respondió Ignacio mientras se dirigía al refrigerador, buscando algo para comer.

—Ah, y... creo que algunos amigos vendrán a casa después de la competencia, ¿está bien? —le preguntó.

Ignacio se sintió molesto de repente.

—Ay, querida, realmente quería descansar esta noche. Tuve un día horrible y solo quiero que termine —dijo, pero luego pensó en Alondra. Últimamente, lo único que necesitaba para levantarse el ánimo era pensar en los profundos ojos marrones de Alondra.

—¡Por favor, papá! Te prometo que limpiaré todo después, trataré de que no hagamos ruido —suplicó Ana. Entonces, Owen pensó que Alondra estaría allí.

—Está bien, está bien —cedió, mientras tomaba una rebanada de queso y cerraba el refrigerador. Pero luego su pensamiento sobre Alondra se intensificó—. Oye, ¿cómo está tu amiga Alondra?

—Ehmm, ¿bien? —respondió Ana, extrañada—. ¿Por qué preguntas?

Ignacio se puso nervioso, intentando disimular su repentino entusiasmo.

—Bueno, es tu mejor amiga y parece una gran chica, ¿ella también vendrá? —preguntó.

—¡Obvio! Tiene que venir —dijo Ana, y Ignacio sonrió—. Tengo que irme, te veo en un rato.

—Está bien, cariño, nos vemos luego —dijo él. Luego escuchó gritos de fondo antes de que Ana colgara. Con la cabeza dentro de la nevera, Ignacio no se decidía si robar el trozo de pastel que Ana tenía guardado o conformarse con una rebanada de queso. Apretó sus labios y tomo una rebanada de queso, dándole un mordisco al cerrar la nevera, entonces se dio cuenta de algo. *Oh, mierda, Alondra va a estar aquí.*

Ignacio se apresuró escaleras arriba, quitándose la ropa al entrar en su habitación. Entró en su baño y abrió el grifo, dejando correr el agua en la ducha. Pronto, el vapor llenó el baño.

Al entrar, dejo que el agua calentara su cuerpo, dejandola correr por su piel, y en ese momento, la piel de Alondra y sus hermosos ojos invadieron su mente.

—Cálmate Ignacio —se dijo a sí mismo, con una sonrisa en sus labios cuando sintió su miembro palpitando. Aunque se lo dijera repetidas veces, Ignacio no podía dejar de pensar en la espalda desnuda de Alondra, en como se sintió bajo su mano cuando estaba colocando los alergenos en su espalda. Su hombría se endureció bajo el agua caliente mientras recordaba su boca, aún podía sentir la suavidad de sus labios carnosos presionados contra los suyos. Pensó en la tentadora lengua de Alondra mientras su mano envolvía su miembro, frotando arriba y abajo suavemente.

—Maldición —dijo en un suspiro, sintiendo el agua corriendo por todo su cuerpo y el calor aumentando en el mientras recordaba la forma en la que enredo sus dedos en los rulos de Alondra mientras la besaba apasionadamente. No tenía dudas de cuanto le había gustado a ella, pensó en sus ojos invitándolo a saborear sus labios, luego recordó su culo, lo mucho que le gustó esa curva de su cuerpo y lo cerca que estuvo de agarrarlo ese día. Su mano aumentó la velocidad en su movimiento al mismo tiempo que el recuerdo de ese destello de pecho conquistaba su mente.

Pensar en ese poquito de pecho que pudo verle fue mas que suficiente para llevar a Ignaicio al borde de su climax.

—Ah, Ali —gimió, apoyándose en la pared de la ducha, mientras liberaba un orgasmo intenso, algo que tenía años sin sentir. Sus rodillas temblaban, tenía los ojos cerrados con fuerza y su mano se movió a lo largo de su miembro mientras expulsaba su semen en la ducha. El agua rápidamente limpió toda evidencia de su orgasmo reciente.

Abrió los ojos, su corazón latía rápido y Alondra seguía sonriendo en su mente. Ignacio terminó de tomar su ducha, pensando en cuánto deseaba verla y en lo que podía hacer para que sucediera, o si ni siquiera debería mostrar su rostro a los amigos de Ana. Una vez que terminó, salió de la ducha y limpió el espejo empañado con la mano.

—Ni siquiera deberías salir de esta habitación —se dijo a su reflejo. Ignacio se secó el cuerpo con una toalla y luego la envolvió alrededor de su cintura. Tomó su pomada y se peinó el cabello con los dedos—. Deberías quedarte en tu oficina, ni siquiera sabes si ella quiere verte.

Ignacio salió del baño. Su dormitorio era grande, con una ventana amplia a la izquierda de la cama y un gran vestidor en el otro extremo. Rápidamente entró al vestidor, dejando caer la toalla en la entrada. Cogió un par de jeans azules y una camiseta gris, luego buscó en uno de los

cajones ropa interior limpia.

Nunca le gustó vestirse dentro del vestidor, así que sacó toda la ropa y la colocó sobre la cama. Justo cuando tomó los calzoncillos, escuchó la puerta de su habitación abrirse.

—¡Oh, mierda! —Alondra estaba parada en la puerta, con los ojos muy abiertos y la mano aún en el pomo. Su rostro se puso rojo al instante al darse cuenta de que Ignacio estaba completamente desnudo frente a ella. Ignacio la miró de inmediato, su voz lo asustó, haciendo que se le cayeran los calzoncillos y cubriera su hombría con las manos.

—¿Alondra? —dijo sorprendido. De todas las personas que podían haber entrado a su habitación, jamas se imagino que fuese Alondra la que entraría, la chica por la que acababa de correrse en la ducha. Alondra cerró la puerta rápidamente, dejándolo solo de nuevo. Su corazón se saltó varios latidos al darse cuenta de lo que acababa de suceder.

Alondra estaba jadeando al otro lado de la puerta. Maldita sea, pensó. No podía creerlo, no era el David de Miguel Ángel, sino el mismísimo Adonis que estaba detrás de esa puerta sobre la que ahora ella estaba reclinada, tratando de recomponerse. Ignacio estaba muy en forma, por no decir bien dotado. Entonces pensó en su suerte al haber confundido su habitación con la de Ana. Solo había estado en esa casa una vez y no estaba segura de cuál era la habitación de Ana.

Ahora, con el cuerpo de Ignacio grabado en su mente, se le había olvidado por completo lo que iba a hacer en la habitación de Ana. Escuchó al equipo de natación y a algunas chicas en la distancia, dirigiéndose hacia la piscina. Dio unos pasos por el pasillo, distraída con los perfectos abdominales de Ignacio, aún frescos en su mente.

*Oh, wow*, pensó cuando el reciente recuerdo del pecho de Ignacio, decorado con vello masculino, inundó su cabeza. *No es un David,* siguió pensando, *es un Adonis*.

—Alondra —escuchó detrás de ella.

Alondra se giró para ver a un Ignacio completamente vestido. Llevaba unos jeans azules y una camiseta gris que cubría su fuerte pecho.

—Lo siento mucho, Ignacio, pensé que esa puerta era...

Ignacio dio un paso más cerca, ella vio sus pies desnudos sobre la alfombra y por un segundo pensó cómo sería acurrucarse con él y sentir sus pies junto a los de ella. La vestimenta que tenía lo hacía parecer más joven comparado con las camisas, corbatas y la bata blanca que solía usar.

—Está bien, Ali —dijo—, fue un accidente.

Ignacio le mostró una sonrisa matadora, derritiendo el corazón de Alondra y haciéndolo latir con fuerza. Ella comenzó a ponerse nerviosa; estar a solas con él era una tentación, y ambos

no podían negar la atracción que sentían. Alondra lo miró a los ojos, perdiéndose en ellos mientras él admiraba el brillo de los suyos.

Ignacio sintió cómo su piel volvía a encenderse cuando dio otro paso hacia ella. Alondra supo entonces que, si él la tocaba, no sería capaz de contenerse.

—¿Estás buscando la habitación de Ana? —preguntó Ignacio.

—Sí, pero no recuerdo lo que me dijo —respondió Alondra, intentando pensar—. Sé que me pidió que le trajera algo.

—Deben ser sus bocinas, probablemente quiera poner algo de música —dijo Ignacio, señalando la puerta que estaba al lado de Alondra—. Esta es su habitación.

Ambos alcanzaron el pomo de la puerta al mismo tiempo, y sus manos se rozaron, lo que hizo que Ignacio la retirara de inmediato, provocando que Alondra riera nerviosamente.

—Lo siento...

—No puedo —dijo Ignacio de repente, mirando a Alondra a los ojos—. ¿Qué pasa contigo que no puedo dejar de pensar en tus ojos o en tus labios?... No puedo.

La mano de Alondra dejó el pomo de la puerta para posarse en la mejilla de Ignacio y acariciarla. Su respiración se hizo más profunda mientras se acercaba a él. Su boca se abrió ligeramente mientras se ponía de puntillas, acercando su rostro a los labios de Ignacio.

El corazón de Ignacio estaba a punto de saltar de su pecho cuando sintió que sus labios le daban un suave beso en la boca. Ignacio cerró los ojos y envolvió sus brazos alrededor del pequeño cuerpo de Alondra. Su beso rápidamente se convirtió en uno apasionado.

Ignacio empujó a Alondra contra el marco de la puerta, presionando su bulto palpitante contra su centro. Su lengua acarició sus labios y se adentró en su boca. Su núcleo estaba estallando de éxtasis cuando sintió que sus manos se hundían en su piel, tratando de deshacerse de la ropa que la envolvía.

Ella agarró el cabello de Ignacio mientras gemía en su boca, haciéndole saber cuánto le gustaba.

—Te deseo, Ignacio —siseó antes de hundir la lengua en su boca otra vez. Sus palabras hicieron que Ignacio se sintiera frenético, sus manos viajaron desde su cintura hasta sus pechos, cubriendolos y apretándolos suavemente.

—Sí —dijo mordiéndole el labio inferior. Su cuerpo estaba rojo por el calor que había estallado en su interior. Sus manos agarraron su trasero, empujando su duro bulto contra sus muslos.

—Oh, Ali —gruñó mientras sus labios se abrían paso por su cuello. Ya no podía evitarlo, Alondra se frotaba contra él mientras Ignacio estaba perdiendo la cabeza. Tenía que probarla,

tenía que tenerla sin importar lo que pasara.

Justo cuando estaba a punto de levantarla y llevarla a su dormitorio, el sonido de unos pasos en la escalera hicieron que ambos se alejaran de un salto.

—¡Ali! —escucharon que Ana la llamaba. Los ojos de Alondra se abrieron de par en par, el horror cruzó su rostro e Ignacio apretó la mandíbula y empezó a respirar profundamente, tratando de calmar la dureza de su pene.

—¿Alondra? —preguntó Ana cuando llegó al segundo piso.

—Gracias, señor Ignacio —dijo Alondra inmediatamente con una sonrisa nerviosa.

—Claro, no hay problema —respondió Ignacio, tratando de parecer tranquilo—. Oh, hola, cariño —dijo cuando Ana llegó a donde estaban. Los ojos de Ana iban de la cara de Alondra a la de Ignacio.

—¿Está todo bien? Te ves como si hubieses corrido una maratón —le preguntó Ana a Alondra. Alondra estaba a punto de decir algo, pero Ignacio habló primero.

—Creo que la asusté accidentalmente —dijo, metiendo las manos en los bolsillos para disimular lo que ocurría en su cuerpo.

—Estaba buscando tu habitación y tu papá apareció de la nada —explicó Alondra con una risita nerviosa.

—Ok… —Ana seguía observandolos.

—Tengo trabajo que hacer, estaré en mi oficina, cariño, por si necesitas algo —dijo Ignacio, dándole un beso en la frente a Ana y desapareciendo por las escaleras.

—Vamos por esas bocinas, necesitamos buena música para nuestra fiesta —sonrió Ana mientras abría la puerta. Alondra suspiró, la adrenalina aún corría por sus venas.

# Capítulo 8

Todos estaban en la piscina, nadando, bromeando y divirtiéndose. Alondra estaba sentada en el borde, mirando constantemente hacia la casa, buscando con los ojos a la única persona con la que quería estar. Luego miró al grupo con el que estaba, todos eran jóvenes y de su edad. Carlos estaba salpicando agua a las chicas, provocándolas para que se lanzaran al agua, mientras que Ana reía, tratando de evitar las salpicaduras.

Por un momento, Alondra se sintió en una encrucijada: de un lado estaba su vida universitaria, sus amigos, Ana y prácticamente todo lo que se esperaba de ella; y del otro lado, estaban sus sentimientos, lo que realmente quería pa si misma, y la única persona a la que deseaba ver. Por primera vez se sintió dividida entre lo que los demás querían que fuera y quien realmente era.

¿Quién soy? pensó, mientras hundía sus pies en el agua y observaba los patrones de luz a travez del agua sobre su piel.

—Hey —escuchó a alguien decir, sacándola de sus pensamientos. Alondra levantó la vista y vio a Carlos acercándose a ella.

—Hey —respondió con una pequeña sonrisa.

Carlos se acercó a su lado, apoyó los brazos en el borde de la piscina y descansó la cabeza sobre ellos. La miró con una sonrisa.

—¿Por qué no te metes y nadas con nosotros? —le preguntó.

—No puedo —dijo ella. Carlos parecía confundido—. Me están haciendo una prueba de alergias en la espalda, así que... no puedo entrar al agua.

—Ah, ya veo —dijo sonriendo—. Entonces me quedaré aquí contigo.

—No tienes que hacerlo, de verdad —le dijo Alondra cuando él se subió al borde y se sentó a su lado. Ella miró el agua goteando por su cuerpo; No cabía duda de que Carlos era muy

atractivo, quizás el chico perfecto para ella, pero ella realmente no lo veía de esa manera, y eso la hacía sentir hasta culpable.

—Está bien, quiero hacerlo. Además —dijo inclinándose un poco más cerca de sus ojos —, creo que eres genial.

Alondra se sonrojó un poco, luego bajó la mirada a sus dedos, tratando de evitar la mirada de Carlos. Después miró a Ana, quien los observaba desde lejos, levantando los pulgares con entusiasmo, lo que la hizo sonrojarse aún más.

—Felicidades —le dijo Alondra—, por la competencia, realmente estuviste increíble.

Carlos rió un poco.

—Gracias. Supongo que se lo debo a nuestro entrenador.

—Estás siendo modesto —respondió ella—. Creo que eres un gran atleta y sé que puedes lograr lo que te propongas.

—¿De verdad? —dijo él con una sonrisa pícara—. ¿Qué tal si quisiera lograr una cita contigo?

La pregunta repentina la dejó con los ojos bien abiertos, la mandíbula caída y las mejillas en un intenso color rosado. Miró nerviosa sus manos y luego hacia la casa. A lo lejos, vio a Ignacio caminando por la cocina, preparándose un sándwich. Verlo hizo que el corazón de Alondra se acelerara.

De nuevo, se preguntó si iba a ser la persona que todos esperaban que fuera o si seguiría lo que realmente quería ser. Luego miró a Ana, su amiga rubia se lo estaba pasando de maravilla con el equipo de natación, y a Alondra le encantaba verla sonreír. De repente, se sintió triste al darse cuenta de que lo que quería tal vez podría lastimar a la persona que más amaba.

—Carlos, yo...

De repente, él tomó su mano.

—Di que sí, por favor —le dijo, acercándose más a su rostro. Ella miró el par de ojos verdes que tenía en frente por un momento, tratando de luchar contra el profundo deseo de volver a la casa y buscar a Ignacio.

—Está bien —respondió, cerrando los ojos, dándose por vencida.

—¡Genial! —dijo él, saltando de nuevo al agua—. ¿El próximo sábado? —le preguntó, tomando su mano.

—Ehm... —intentó pensar, pero él la interrumpió.

—Pasaré por ti, te enviaré un mensaje con la hora —dijo, besando su mano y metiendose de nuevo a la piscina.

Alondra observó a Carlos mientras nadaba de vuelta con el grupo, confundida por todo lo que pasaba por su mente. Luego sacudió la cabeza.

—Al diablo con esto —se dijo a sí misma, levantándose del borde y caminando de regreso a la casa. Cuando entró, no tenía idea de dónde podría estar Ignacio, todo lo que deseaba era estar con él.

Alondra deambuló por la sala, observando los retratos en la pared. Rostros felices le sonreían desde los marcos de las fotos, reconoció a una Ana de 10 años con un afro rubio en una de ellas. En otra, vio a una Ana de 14 años vestida de bailarina en una posición de Emboité, y el cabello tenso en un moño.

Luego dio unos pasos más a lo largo de la pared, más fotos de Ana y algunas más de Ignacio en la escuela de medicina. Detalló la sonrisa cautivadora que tenía en todas ellas. Alondra siguió caminando fuera de la sala y entrando en un pasillo a lado de las escaleras, siguiendo el rastro de fotos en la pared. Vio otra foto de Ignacio, luciendo serio, sosteniendo su diploma y estrechando la mano de alguien. Alondra no pudo evitar esbozar una pequeña sonrisa, se imaginaba cada momento como si quisiera haber estado presente.

Al llegar al final del pasillo, vio una foto de un joven Ignacio, probablemente en sus veinte y un par de años más, levantando en el aire a una Ana bebé en la playa. Mientras admiraba la imagen, notó a quién probablemente era la madre de Ana en el fondo, una mujer rubia de cabello lacio y piel bronceada.

Parecían una familia feliz en esa imagen, luego se preguntó cuándo había acabado esa felicidad. Ignacio era un gran misterio para ella; quería saber qué había detrás de esos hermosos ojos color miel. Quería conocer cada uno de sus momentos, que le hacía sonreír, que colores le gustaban, y si él se lo permitía, guardarle sus más profundos secretos y protegerlos dentro de ella.

—Eso fue en Aruba —escuchó decir a una voz masculina detrás de ella. Alondra se dio la vuelta inmediatamente, con el corazón dando un vuelco por el susto, y vio a Ignacio parado en medio del pasillo—. Creo que fue en el 2004.

—Me asustaste otra vez.

—¿Soy yo o se está volviendo costumbre el estarnos asustando mutuamente?

Alondra se río tímidamente. Luego volvió su mirada de nuevo a la foto. —Yo tenía 4 años, o tal vez 5, dependiendo de la fecha en que fueron —respondió con una sonrisa. Ignacio la miró, luego suspiró.

—Agosto... o quizás fue en septiembre. No estoy seguro —dijo, acercándose a ella.

—Entonces tenía 5 —Alondra permaneció en silencio por un momento, mirando la imagen en la pared.

—Esa es Lisa —dijo él—, la madre de Ana.

—Parecen muy felices en esa foto —comentó Alondra, mirándolo. Notó un destello de tristeza en sus ojos y se preguntó cuál sería la razón.

—Sí —dijo él con desdén—. Éramos felices... al menos eso creía yo.

Ignacio la miró a los ojos y luego abrió la puerta junto a ellos, invitándola a pasar. Era su oficina en casa. Una vez dentro, Alondra estudió el lugar: su diploma de la escuela de medicina colgaba en la pared junto a su diploma de especialización y otros certificados que había logrado. Era un hombre brillante y podía deducirlo por el librero repleto de libros de anatomía y medicina en él. No tenía duda de que Ignacio era un amante de los libros y le apasionaba. Su escritorio estaba en el centro de la habitación, era amplio, con una computadora a la derecha, y un decantador de whisky junto a un par de vasos a la izquierda. Un montón de papeles ocupaba el centro.

La luz era tenue, lo que creaba un ambiente calmado en la habitación, aunque aún se escuchaba la música y las voces de los chicos en la piscina. Alondra se detuvo frente a una réplica de Monet que colgaba en la pared.

—Siempre me encantó cómo Monet pintaba sus cielos —dijo, admirándola— es como si se hubiese sentado todas las tardes a estudiar obsesivamente la transición de colores, para que quien lo viera, pudiese sentir que estaba allí junto a él.

—¿Conoces a Monet? —preguntó Ignacio, un poco sorprendido, deteniendose frente a su escritorio.

—Sí —respondió ella, luego lo miró—. Este cuadro es de mis favoritos, es "Atardecer en el...

—...Sena en invierno" —Ignacio terminó la frase, sorprendiendo a Alondra—. A mí también me gusta Monet, y estoy de acuerdo contigo, sus cielos son… muy reales.

Ignacio sacó una silla del escritorio y se sentó, observando la piel y el hermoso cabello rebelde de Alondra.

—No tenía idea de que te interesara el arte —comentó ella, acercándose lentamente.

—Bueno, la ciencia me da vida y el arte le da sentido, un significado —respondió él, acercando el decantador de whisky.

—Es un pensamiento muy romántico —dijo Alondra, sentándose a su lado.

—Un defecto, en mi profesión no hay espacio para el romance —replicó él, sirviendo un poco del líquido dorado en un vaso. Luego levantó el vaso en su dirección—. Salud —dijo antes de dar un sorbo.

Alondra observó su nuez moverse mientras tragaba el licor fuerte.

—No creo que sea un defecto —dijo, captando su atención—. Creo que es algo especial

hoy en día... encontrar a alguien tan entregado a la ciencia y que aun así crea en el romance, curar a las personas también es un arte.

Luego Alondra acercó el decantador hacia ella y se sirvió un poco.

—Salud —dijo, llevando su vaso a los labios.

—No sabía que te gustaban las bebidas fuertes —dijo él, observando cómo ella tragaba el líquido sin mostrar ninguna expresión de disgusto. Alondra sonrió y dejó su vaso sobre el escritorio.

—Me gustan muchas cosas —dijo, mirándolo a los ojos—, especialmente el romance.

Ignacio le sonrió; su cálida personalidad era contagiosa, se sentía relajado, tranquilo, con una serenidad que anhelaba. Alondra también se sentía serena, confiaba en él y hasta le daba la impresión de que conocía a Ignacio desde hacía mucho tiempo.

—Mi padre me enseñó —señaló el vaso—. No pienses que fue irresponsable por darme alcohol siendo menor de edad, él quería que conociera mis límites —dijo, abriéndose a él, Ignacio la escuchaba atentamente—. Tenía cáncer, sabía que iba a morir pronto, todos lo sabíamos, y quería darme herramientas para enfrentar la vida, porque no estaría allí para protegerme. Así que de vez en cuando compraba una botella de Johnnie Walker y se sentaba en la sala con mi mamá y conmigo. Él bebía sus pastillas, y yo bebía su vaso de whisky por él.

Alondra comenzó a jugar con sus dedos en su regazo. Por un segundo, Ignacio pensó que ella era increíble, llena de secretos y anécdotas para contar, sus ojos eran especialmente hipnotizantes esa noche. Ignacio no pudo evitar tocar su mano, acariciando la suave piel de su palma mientras entrelazaba sus dedos con los de ella.

—Era un romántico en todo sentido, y creo que heredé eso de él. Tenía 16 cuando sucedió.

Alondra sonrió, sonrojándose inevitablemente. La mano de Ignacio se sentía cómoda y protectora, era reconfortante.

—Lo siento mucho —le dijo él, apretando su mano con fuerza.

—Esta bien —dijo ella—, pasó hace ya un tiempo. A veces me pregunto si esta orgulloso de mi, de la persona que soy ahora.

Ignacio la miro y por un momento supo que estaba viendo quizá el lado mas real de la mujer que tenía en frente. Dejó el vaso sobre el escritorio y le acarició la mejilla, sintió su piel más suave que nunca. Sus sentimientos comenzaron a conmoverlo, por primera vez en toda su vida sintió que realmente podía ser él mismo. Ignacio sintió la urgencia de abrazarla y protegerla, quería amarla y compartir el mayor tiempo posible con ella. Quería abrazar todas las cosas buenas que Alondra le hacía sentir. Entonces, de repente, se sintió abrumado por la fuerte emoción que se apoderó de él. Se inclinó hacia adelante, apoyando su frente contra la de ella y disfrutando cada pedacito de la cálida sensación que recorrió su cuerpo.

—¿Cómo sucedió esto? —le susurró mientras ella colocaba su mano en su nuca, hundiendo sus dedos en su cabello—. ¿Qué hay en ti que me hace sentir tan real, tan vivo y tan vulnerable?

—No lo sé, pero no quiero que este sentimiento desaparezca nunca, te deseo, Ignacio, y desearte tanto, me asusta, me siento aterrada —dijo ella acercándose a sus labios—. No quiero sentir miedo de amarte.

—Yo tampoco quiero sentir miedo de amarte, pero no hacerlo me está matando —dijo Ignacio—, solo… déjame amarte.

Ignacio la besó, tragándose el pequeño gemido que escapó de los labios de Alondra. La besó suavemente, expresando cada nuevo sentimiento que tenía en ese beso. El cuerpo de Alondra ardía por sentir su calor, de repente y sin romper el beso, se puso de pie y levantó su falda lo suficiente para darle espacio a sus piernas de sentarse en sus piernas.

Lo tomó por sorpresa, haciendo que su cuerpo se sintiera instantáneamente como una hoguera. La abrazó mientras ella presionaba sus labios contra los suyos, buscando su lengua. Su necesidad de saborear su lengua era abrumadora. Luego sus manos la acariciaron sobre la parte superior de sus nalgas, dudando por un instante en si podía ir más allá. Ella lo besó con una pasión que él nunca había experimentado antes, no tenía idea de que alguien tan joven pudiera transmitir algo tan intenso con solo un beso, pero eso le encantó y su cuerpo lo demostraba. Su miembro se endureció dentro de sus jeans, palpitando fuertemente, y Alondra lo sintió presionando contra su ropa interior. Todo el asunto la excitó aún más, la fina tela de su panti ya estaba mojada y ella le demostró cuánto lo deseaba por la forma en que movía su pelvis, frotándose ligeramente contra su bulto.

Entonces, sin pensarlo demasiado, Ignacio agarró sus nalgas, apretándolas contra su propio cuerpo y la levantó, colocándola sobre el escritorio.

—Alondra —dijo jadeando—, déjame probarte, necesito probarte.

Las mejillas de Alondra estaban intensamente sonrojadas, sus manos alcanzaron lentamente el dobladillo de su falda y la subieron por sus muslos, exponiendo sus cremosas piernas a los ojos hambrientos de Ignacio. Él la besó nuevamente mientras su mano trepaba por su muslo y alcanzaba la cinturilla de su panti. Él gruñó en su boca y ella pensó que era la cosa más sexy que había oído jamás.

Lentamente, le bajó el panti, acariciando sus piernas mientras lo hacía. Sus labios nunca dejaron los de ella hasta que dejó que la prenda cayera silenciosamente al suelo. Ignacio le besó el cuello, lamiendo y acariciando su piel con los labios, luego se inclinó, y mientras se arrodillaba frente a ella, miró fijamente sus ojos marrones, su rostro estaba lleno de pasión.

Le besó la parte interna de los muslos mientras ella se movía hacia delante suavemente, dejándolo entrar en su suave vértice. Cada beso y caricia que depositaba en su piel enviaba olas de energía directamente a su centro. Lentamente, llegó a su hendidura rosada y, mirando a Alondra fijamente a los ojos, olió su sexo, tatuándolo el adictivo aroma en su mente

.

—Hueles tan bien —gimió mientras se le hacía agua la boca. Alondra lo miró con lujuria, mordiéndose el labio inferior y hundiendo los dedos en su cabello, instándolo a probarla. Él se colocó aún más cerca de ella, dejando que su aliento se extendiera sobre su feminidad mientras agarraba sus piernas y las colocaba sobre sus hombros.

—Ignacio —gimió ella en el segundo en que sintió que su lengua recorría lentamente desde su entrada hasta su clítoris. Saber que él estaba entre sus piernas era increíble, sus músculos temblaron con ese único movimiento de su lengua.

—Ah, maldición —gimió él, hundiendo su lengua una vez más entre sus suaves labios húmedos y pasándola por toda su hendidura. Alondra tenía los ojos cerrados mientras se deleitaba con cada ola de calor que él enviaba a su centro. Su lengua la estaba tentando a empujar su rostro contra su coño, entonces agarró su cabello con firmeza para mantenerlo en su lugar y moverse sobre su boca, pero él le sujetó las caderas hacia abajo, impidiéndole moverse.

Él le sonrió mientras movía la cabeza de un lado a otro, en desaprobación. Ella solo lo miró con lujuria y pasión, ansiosa por sentir más de él. Ignacio lamió de nuevo alrededor de su entrada, empujando su lengua dentro de su dulce fruta y saboreando su néctar.

—Sí —siseó ella arqueando la espalda. Todo se sentía deliciosamente intenso.

—¡Alondra! —Ignacio se levantó de inmediato, limpiándose la boca con la mano, al darse cuenta de que Ana estaba llamándola. Los ojos de Alondra se abrieron de par en par, el terror atravesó su cuerpo mientras saltaba del escritorio y corría hacia la puerta. En un segundo, Alondra desapareció, dejando a Ignacio solo en la oficina, con el sabor de su sexo en la boca.

—Maldita sea —gruño golpeando el escritorio y agarrándose el cabello. Entonces notó que el panti de Alondra todavía estaban en el suelo. Con la conmoción del momento, Alondra se olvidó por completo de su ropa interior. Ignacio la recogió, dándose cuenta de que la prenda de encaje tenía una mancha húmeda.

Sonrió, metiendo el panti en su bolsillo y sirviéndose otro whisky.

—Alondra, ¿qué voy a hacer contigo? —dijo antes de beber un sorbo del licor dorado.

# Capítulo 9

—Bien, toma estas cada ocho horas durante una semana entera y vuelve para ver tu progreso —explicó Ignacio mientras escribía una receta para su joven paciente, un chico con intolerancia a la lactosa—. Recuerda, nada de productos lácteos.

Después, arrancó la receta del bloc y se la entregó al joven, quien sonrió y le estrechó la mano a Ignacio.

—Muchas gracias, doctor —dijo el joven antes de salir.

Ya pasaban de las ocho e Ignacio estaba listo para irse. Apagó la computadora, pero en cuanto lo hizo, el recuerdo repentino de Alondra y su piel cremosa invadió su mente. Se recostó en su silla. Apenas habían pasado dos días desde aquel encuentro, y no había manera de sacársela de la cabeza. Era como si estuviera estampada en el interior de sus párpados. Cada vez que cerraba sus ojos, veía los de ella, profundos y marrones, llenos de encanto. Entonces, el recuerdo de su dulce sabor hizo que se le hiciera agua la boca.

—Dios mío —dijo, sintiendo una erección empezando a crecer dentro de sus pantalones.

Ignacio respiró hondo, tratando de calmarse. Agarró su maletín y salió de su oficina, caminando por el pasillo hasta el ascensor con una sonrisa tonta en la cara. De repente, se sentía como ese universitario en la escuela de medicina dispuesto a conquistar el mundo, sabiendo que la chica que deseaba le correspondía. Comenzó a reírse solo al recordar la primera vez que la conoció en su oficina, cómo ella tartamudeaba y lo nervioso que él se sintió al examinarla.

—¡Oye, Ignacio! —escuchó que alguien le decía a sus espaldas.

Ignacio se dio la vuelta para ver quién era. Su buen amigo, el doctor Tomas Rodriguez, corría hacia el ascensor con él.

—¡Espérame! —dijo Tomas.

Ignacio mantuvo la puerta del ascensor abierta, dejando que Tomás entrara primero.

Estaba sorprendido, se suponía que no regresaría hasta la siguiente semana.

—Gracias, Ignacio —dijo Tomás, presionando el botón para poner en marcha el ascensor.

—¿Qué haces aquí tan pronto?

—Mi chica y yo cambiamos los planes —respondió Tomás, luego se sonrió—, no te preocupes, no pasa nada malo.

Ignacio lo miro, y luego siguió con esa sonrisa boba, sin intentar ocultar su felicidad.

—¿Y esa sonrisa? —preguntó Tomás con picardía. Ignacio lo miró. Tomás era su mejor amigo, quizá el único amigo que tenía. Y confiaba en él plenamente. Se conocieron cuando Ignacio estaba completando sus dos años de especialización en alergología e inmunología, y Tomás comenzaba su residencia en el hospital. Tomás se convirtió en su protegido; Ignacio le enseñó todo lo que sabía, y con el tiempo, se hicieron grandes amigos.

Cuando Ignacio se divorció, Tomás fue el único, además de Ana, que lo apoyó y lo animó. Era un tipo bastante guapo y en forma, por no mencionar que era siete años más joven que Ignacio.

Ignacio permaneció en silencio mientras su sonrisa se ampliaba aún más. Trató de disimularla mirando hacia abajo, pero Tomás sabía que algo bueno estaba pasando.

—¡Ya sé! Finalmente lo hiciste, ¿coronaste, verdad? —dijo Tomás, dándole una palmada en el hombro con una gran sonrisa.

—¿Qué? ¿Siempre piensas en lo mismo? —respondió Ignacio.

La puerta del ascensor se abrió y Tomás dejó que Ignacio saliera primero.

—Vamos, si sonríes así, debe ser por alguna mujer, te conozco.

Tomás caminó detrás de Ignacio hacia la puerta principal del complejo médico.

—¿Qué tal si vamos por esos tragos que te debo y me cuentas todo sobre esa mujer?

—Suena bien.

Cuando Ignacio y Tomás abrieron su consultorio en el complejo médico, Roger’s se convirtió en su bar favorito, y hacia allí se dirigían. Roger’s era un bar popular en el boulevard de la ciudad, famoso por sus cócteles, pero Ignacio y Tomás siempre pedían una buena cerveza. Al llegar, se sentaron en la barra, donde el ambiente vintage los hacía sentir en otro mundo.

—Dos cervezas Red Ale, por favor —pidió Tomás al barman, quien asintió con la cabeza y comenzó a servir el líquido espumoso en dos grandes vasos.

—¿Cómo está Amanda? —preguntó Ignacio. Los ojos de Tomás brillaron al escuchar su

nombre.

—Está increíble —respondió, tomando los vasos del barman. Dio un gran sorbo a su cerveza y miró a Ignacio—. Amigo, sé que me prometí a mí mismo que jamás me comprometería con nadie, pero esta mujer es increíble.

—¿En serio? —preguntó Ignacio, casi atragantándose con su cerveza—. ¿Quieres casarte con ella?

—De hecho —dijo Tomás, buscando en el bolsillo interior de su chaqueta. Sacó una pequeña caja de anillo, la abrió y le mostró a Ignacio un anillo de diamantes de 14 quilates—. Estoy planeando proponerle matrimonio este fin de semana, es por esto que decidí que volviéramos antes de nuestro viaje.

Ignacio se sorprendió. Conocía a Tomás desde hacía mucho tiempo, y sabía que no era del tipo de hombre serio en las relaciones. De hecho, Tomás era más un mujeriego. Saber que quería tanto a Amanda como para sentar cabeza y casarse era mucho. Ignacio sonrió ampliamente.

—Wow —dijo, levantando su vaso y brindando por la noticia.

—Supongo que también te debo eso —dijo Tomás, guardando el anillo en su bolsillo de nuevo—. Nunca habría conocido a Amanda si no fuera por ese accidente que tuviste en el estacionamiento con ella.

—No me lo recuerdes, todavía lamento haber chocado sus luces traseras. ¡Su auto es tan pequeño! —Ignacio dio otro sorbo a su cerveza—. Y no la llames 'emergencia', ya todos en el hospital sabemos que estás con ella.

Luego se rió. Las buenas noticias, combinadas con sus sentimientos por Alondra, lo hacían sentir increíblemente bien.

—¿Y tú? —le preguntó Tomás—. Te vi sonriendo como un niño en el ascensor, no puedes ocultarlo de mí.

Ignacio dio otro gran sorbo a su cerveza mientras pensaba en cómo explicarse.

—Conocí a alguien, y ella es increíble —dijo, mirando a Tomás.

—¿Y?

—Bueno, es complicado...

—¿Por qué?

—Es joven, mucho más joven que yo. —Ignacio pidió otra cerveza—. La conoces.

—¿Cómo se llama?

—Alondra Blanco.

Tomás pensó por un momento, repitiendo su nombre varias veces.

—Espera un minuto, ¿no es ella...?

—La paciente que transferiste a mi lista, sí.

Ignacio se sentía un poco avergonzado al ver la expresión de Tomás.

—Pero ella tiene como...

—¿22 años? —dijo Ignacio, interrumpiendo. Tomás comenzó a reír.

—¡No! Demasiada belleza para ti —dijo Tomás, riendo más fuerte.

—¡Oh, cállate! —respondió Ignacio con una sonrisa—. Pero sí, es increíblemente hermosa, y es muy lista. Simplemente no puedo sacarla de mi cabeza.

—Vaya, realmente te gusta, ¿verdad? —Tomás pidió otra cerveza—. ¿A ella le gustas también?

Ignacio no pudo evitar la gran sonrisa que se dibujó en su rostro, y sus mejillas se sonrojaron un poco.

—¡Ohhh! ¡Lo sabía! ¡Le gustas! —dijo Tomás, levantando su vaso lleno de cerveza y brindando. Luego dio un sorbo y dejó el vaso sobre la barra—. Entonces, ¿qué te detiene?

Pensar en ello causaba dolor en Ignacio; pensar en Alondra era pensar en Ana también.

—Bueno, ella conoce a Ana.

—¿Y?

—Alondra es la mejor amiga de Ana.

Ignacio vio cómo la boca de Tomás se abría en una 'O' gigante.

—Eso está complicado, amigo —dijo Tomás, sorprendido.

—Es un mundo muy pequeño, supongo.

Ignacio se sintió triste al pensar en la posibilidad de lastimar a Ana por estar con Alondra. Tomás permaneció en silencio por un momento mientras ambos bebían el líquido dorado de sus vasos.

—Mira, he visto flores romper el asfalto y florecer —dijo Tomás de repente—. Sí, puede que sea la mejor amiga de Ana, ¿y qué?

—No quiero lastimar a Ana. No me lo perdonaría.

Tomás de repente agarró los hombros de Ignacio, haciéndolo escuchar.

—Eso es una pendejada. La gente se lastima todos los días, ¿y qué? ¿Dejarás de hacer cosas por miedo a herir a Ana? Eso es una gran pendejada —Tomás de pronto se apasionó con su discurso. Se levantó y levantó la voz sin importarle las personas en el bar—. Nacho, ni te preocupes por Ana, hemos curado gente con heridas mortales y con el tiempo están como si nada les hubiese pasado, Ana estará más que bien, eres tú y lo que quieres para ti lo que más debería importarte, algún día Ana hará su vida y se irá de casa, créeme Nacho, no quieres estar solo en el hospital cuando sea tu hora. Hemos visto personas en urgencias solas, a punto de encontrarse con la maldita muerte y sin nadie a su lado que los acompañe, solo los residentes y las enfermeras. Algunos ni siquiera han tenido la suerte de encontrar a alguien que los quiera de la misma forma, ¡y tú lo has encontrado, sí, en la mejor amiga de tu hija! ¿Y qué? ¡A ella le gustas también, así que adelante!

Liberó a Ignacio de su agarre y levantó su vaso hacia el resto del bar que lo miraba.

—¡Por el amor carajo! —gritó Tomás, y sorprendentemente algunas personas respondieron gritando "¡Salud!" y brindando.

Ignacio tragó saliva y miró a su alrededor. Algunas parejas empezaron a besarse y abrazarse, y él sabía que Tomás tenía razón.

—¿Por el amor? —preguntó Ignacio riendose.

—Así es, el amor es lo único que importa en esta vida —respondió Tomás antes de tragarse su cerveza de un solo sorbo y dejar el vaso sobre la barra con fuerza—. Ahora, saca ese teléfono, llama a esa chica tan jodidamente guapa y dile todas esas tonterías románticas que quieres hacer con ella, y háganse felices.

Ignacio sonrió, un poco confundido por el repentino entusiasmo de Tomás.

—Ahora, si me disculpas —dijo Tomás, dejando un billete de 20 dólares en la barra para el barman—, tengo una propuesta de matrimonio que planificar.

Tomás se dirigió a la puerta.

—¿Quién eres y qué hiciste con mi amigo? —preguntó Ignacio, tomando un sorbo de su cerveza.

—Amor, amigo, se llama amor —respondió Tomás mientras empujaba la puerta y desaparecía de la vista de Ignacio.

Ignacio sonrió para sí mismo. Terminó su bebida y dejó otro billete de 20 dólares en la barra para el barman. Caminó hacia afuera, a la gran ciudad de Los Ángeles. La noche era fresca y tenía un aroma a alegría que Ignacio no pudo resistir. Sacó su teléfono.

—Hola —escuchó una voz femenina al otro lado de la línea.

—Valeria, lamento llamarte tan tarde —dijo a su secretaria—, ¿puedes conseguirme el número de Alondra Blanco?

—¿Está relacionado con alguna de sus citas? —preguntó ella. Ignacio sabía que Valeria estaba sonriendo al otro lado del teléfono.

—Ehm... bueno... no —respondió, incapaz de evitar el rubor en sus mejillas cuando escuchó a su secretaria reír.

—¿Debería mantener esto confidencial también? —preguntó Valeria, aún riéndose.

—Oh, sí, sin duda —contestó Ignacio, sonriendo mientras esperaba que su secretaria encontrara el número. De repente, sus manos comenzaron a sudar.

—Muy bien, ya lo encontré. Te lo envío en un segundo —dijo ella.

—Genial, gracias, Val.

Ignacio colgó, y en unos segundos, Valeria le envió un mensaje con el número de Alondra. Sus manos comenzaron a temblar. Culpó a la brisa de la noche, pero sabía bien que era su corazón acelerado lo que lo causaba.

Luego dudó. *¿Es este el momento adecuado? ¿Se enojará conmigo?* pensó, mientras miraba su nombre en la pantalla de su teléfono.

Ana miraba fijamente a Alondra. Sentía sus ojos clavados en su frente como nunca antes. ¿La razón? Alondra estaba tratando de explicarle algunas técnicas de composición en pintura. Ana no entendía absolutamente nada. Entonces, el teléfono de Alondra comenzó a vibrar sobre la mesa, distrayéndolas a ambas de su estudio.

Ana se apresuró hacia el teléfono de Alondra con una gran sonrisa en el rostro.

—¡Esta vez no! —dijo Alondra, alcanzándolo antes que ella.

—¿Quién es? —preguntó Ana, emocionada. Alondra no reconocía el número en la pantalla.

—No lo sé —respondió.

—¿Qué esperas? Contesta —dijo Ana, dando palmadas de emoción—, podría ser Carlos.

Alondra se sintió extraña al escuchar el nombre de Carlos. Presionó la pantalla y se llevó el teléfono al oído.

—¿Hola? —dijo lentamente.

—¿Ali? —escuchó una voz familiar al otro lado de la línea. De repente, su corazón dio un par de vuelcos mientras miraba a los ojos de Ana. Tanía la sospecha de saber quien le hablaba.

—Sí, soy yo —respondió, tratando de mantener la calma.

El hombre al otro lado del teléfono guardó silencio por un momento. Alondra trató de escuchar con atención y luego lo escuchó suspirar.

—Ehm... soy Ignacio —dijo él.

Los ojos de Alondra se llenaron inevitablemente de pánico, mientras la expresión de Ana se volvía seria.

*¡Maldición! ¡Ana ya lo sabe!*

# Capítulo 10

Alondra no dejaba de mirar a Ana mientras el pánico se hacía evidente en su rostro. Ana frunció el ceño, observando a su amiga.

—¿Quién es? —preguntó de nuevo.

—Ehm... —Alondra no podía pensar en las palabras correctas para no arruinarlo todo.

—¿Alondra? —Ignacio preguntó desde el teléfono, esperando su respuesta.

De repente, Ana entrecerró los ojos como si estuviera averiguando algo. Su expresión investigadora hizo que Alondra se pusiera aún más nerviosa, sintiendo como si le estuvieran vertiendo agua fría sobre la cabeza.

—¿Es Carlos? —preguntó Ana. Alondra no sabía cómo reaccionar, así que su boca se torció en una mueca nerviosa y los ojos de Ana se abrieron de par en par con emoción. De repente, comenzó a aplaudir y a saltar.

—¡Lo sabía! ¡Lo sabía!

Alondra forzó una sonrisa nerviosa mientras Ana la miraba con una amplia sonrisa y ojos brillantes de entusiasmo.

—¿Y bien? Habla con él, no lo hagas esperar.

—Ehm... hola —dijo Alondra, todavía con el pánico interior, aunque con una sonrisa congelada en el rostro. La expresión de Ana cambió en un segundo; volvió a entrecerrar los ojos y lanzó a Alondra una mirada de desaprobación.

—Alondra, espero no estar causándote problemas, solo quería saber si estás bien —dijo Ignacio con voz tímida al otro lado de la línea.

—Sí, estoy bien —respondió Alondra. Ana movió las manos, animando a Alondra a continuar la conversación—. Ehm... ¿cómo estás tú?

—Genial —respondió Ignacio—. Estaba pensando si tal vez podríamos salir hoy a cenar...

—¿Qué? —Los ojos de Alondra seguían fijos en Ana, quien intentaba acercarse al teléfono para escuchar la conversación. Alondra trató de empujarla hacia atrás. *Di que no, di que no.*

—Está bien, sí, iré a cenar contigo, ¿A qué hora? —preguntó Alondra. La mandíbula de Ana cayó en sorpresa.

—¡Genial! —dijo Ignacio, emocionado—. Entonces paso por ti en dos horas, dame tu...

—¡NO! —exclamó Alondra, todavía con los ojos muy abiertos, alejándose de Ana, que intentaba escuchar la conversación—. Solo dime dónde y te veré allí —le dijo a Ignacio.

—¡Muy bien, chica independiente! —exclamó Ana con entusiasmo.

—¿Has estado en Entrevero? —preguntó Ignacio, con un toque de felicidad en su voz que Alondra notó de inmediato. No pudo evitar sonreír un poco.

—No, no he estado, podemos ir ahí —respondió Alondra, sonrojándose de repente al pensar en tener una cita con Ignacio. "¿Dónde?" leyó en los labios de Ana.

—Genial, nos vemos allí —dijo Ignacio, claramente emocionado por el tono de su voz. Alondra no pudo evitar contagiarse de su felicidad.

—Nos vemos luego entonces —dijo Alondra con una sonrisa antes de colgar el teléfono. Ana abrió su armario de inmediato y comenzó a tirar ropa sobre la cama.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Alondra, observando el desastre que estaba armando.

—Cariño, si vas a tener una cita con Carlos esta noche, necesitas unos tacones de infarto para hacerle justicia a esas piernas que tienes, y una falda ajustada para ese culo —respondió Ana, mirando a Alondra de arriba abajo.

Luego, Ana se acercó a Alondra y le puso las manos en los hombros.

—Voy a transformarte en la chica más sexy del lugar —dijo mientras la llevaba frente al espejo, ambas mirándose a través de él. Alondra seguía nerviosa, mientras que Ana estaba sumamente emocionada.

—Tú, amiga mía, vas a dejarlo con la boca abierta.



Ignacio esperaba frente al restaurante. Se sentía ansioso, nervioso, y las mariposas en su estómago le hacían sentir como si estuviera a punto de vomitar. Echaba la culpa a la brisa fría, pero sabía muy bien que el nerviosismo venía de su corazón. Reservó una mesa en cuanto colgó

con Alondra.

Después de un rato, comenzó a pensar que no aparecería. Sonaba extraña por teléfono y quizás lo mejor era que no viniera. *Va a dejarme plantado*, pensó.

Ignacio se dio la vuelta, listo para llamar un taxi e irse, pero entonces notó a alguien que se acercaba a lo lejos. Sus ojos se fijaron en sus pies, unos tacones altos que realzaban la delicadeza de sus tobillos. Luego, su mirada subió hasta sus pantorrillas, ligeramente musculosas pero firmes con cada paso. Su falda comenzaba justo por encima de las rodillas, deteniendo el tentador viaje de sus ojos por su cuerpo.

Su vestido era negro como la noche, abrazaba cada curva de su silueta, destacando los lugares correctos. Sus caderas se movían con cada paso, y su cintura de avispa era la curva por la que Ignacio perdía la cabeza. Luego, sus ojos se posaron en su escote, un profundo cuello en V que dejaba suficiente piel a la vista, pero con la cantidad justa de misterio.

Sus labios, carnosos y pintados de rojo intenso, hacían que el marron de sus ojos resaltara aún más. Alondra echó sus rulos hacia atrás mientras caminaba lentamente hacia Ignacio. Cuando estuvo frente a él, su corazón se aceleró. Ignacio trató de decir algo, pero lo único que salió de su boca fueron balbuceos. Todo eso hizo que Alondra sonriera tímidamente y mirara hacia sus manos.

—Lo siento, es solo que... wow —dijo finalmente, con un tono de asombro. Sus ojos estaban fijos en los de ella; no podía negar lo hermosa y sexy que se veía, y cuánto le gustaba eso.

—¿No crees que es demasiado? —preguntó Alondra, sosteniendo su mirada. Sus manos temblaban y su corazón se saltaba varios latidos mientras lo observaba. Ignacio llevaba una camisa azul entreabierta que dejaba ver algunos vellos en su pecho, perfectamente combinada con sus pantalones azul marino que abrazaban su cintura y resaltaban su torso musculoso. Tenía las mangas enrolladas, y las venas marcadas de sus antebrazos eran un detalle que Alondra encontraba irresistiblemente atractivo.

—Es perfecto —respondió él—, te ves perfecta.

La manera en que Ignacio colocaba su mano en el bolsillo lo hacía parecer un modelo de revista. La boca de Alondra se hizo agua y su interior se humedeció al verlo. Luego, ese mechón que caía en su frente y el gesto de pasarse la mano por el cabello hicieron que Alondra suspirara con una sonrisa. El calor en su interior aumentaba, y nada podía detenerlo.

—Gracias —respondió finalmente, sonrojándose—. ¿Entramos?

—Definitivamente —dijo Ignacio, ofreciéndole el brazo para que lo tomara. Alondra se sonrojó al instante con su gesto, no esperaba que fuera tan romántico en ese momento.

Llegaron a la recepción, e Ignacio dio su nombre. Los condujeron entre las mesas ocupadas hasta sus asientos. Aunque no estaba muy lleno, la cocina parecía estar ocupada por la forma en que los camareros maniobraban entre las mesas con sus bandejas.

El suave aroma de la comida llenó sus fosas nasales mientras Ignacio le retiraba la silla a Alondra para que se sentara. El anfitrión colocó los menús sobre la mesa y encendió la vela que la decoraba.

—Disfruten —dijo antes de irse a la puerta de entrada.

Con la luz de la vela, los ojos de Ignacio parecían más brillantes y atractivos. Alondra se derretía lentamente bajo su mirada. Él no podía dejar de observarla, sus ojos, sus labios, su cuello y su hermoso escote dentro de ese vestido tentador lo tenían al borde de su asiento. De repente, se frotó la cara con las manos, tratando de controlar la bestia hambrienta dentro de él que quería arrancarle la ropa.

—¿Todo bien? —preguntó Alondra, colocando su mano sobre la de él. Ignacio miró su mano y entrelazó sus dedos con los de ella.

—Sí, es solo que... —comenzó a decir, pero no podía encontrar las palabras adecuadas, ya que su belleza lo distraía—. Aún no entiendo cómo una chica joven y hermosa como tú puede sentir algo por alguien como yo.

Alondra sonrió.

—Te haría la misma pregunta. Soy solo una chica simple, sin nada especial...

—Te equivocas —la interrumpió Ignacio—. Eres increíble, Alondra. Eres muy madura para tu edad y...

—Mi edad… ¿no crees que hay una gran diferencia entre nosotros? —preguntó Alondra sin vacilar. A pesar de lo que sentía por él, estaba confundida.

Ignacio guardó silencio. La reciente alegría que sentía por estar con ella se nubló con esa pregunta aguda. Sintió que sus palabras le atravesaban el alma. Miró la vela, pensativo. Alondra notó el cambio en su actitud y se sintió estúpida por haber dicho algo que lo incomodó.

—Lo siento, no quise decir...

—Tal vez esto no fue una buena idea —dijo Ignacio sin mirarla.

—¡No! —dijo Alondra de repente, y él la miró—. ¡Quiero decir, sí! —sacudió la cabeza y suspiró. Luego tomó sus manos fuertes entre sus delicados dedos—. Quiero decir... lo siento. Quiero estar aquí, Ignacio. Quiero verte y estar contigo... aquí.

Ignacio alzó los ojos para encontrarse con los de ella, y su corazón comenzó a sentirse más ligero mientras se perdía en esos ojos marrones.

—Hagamos un trato —dijo ella—. Nada de hablar sobre la edad, ni sobre Ana, ni de la relación paciente doctor o de cualquier cosa que pueda arruinar esto —dijo, respirando hondo—. Solo quiero conocerte, a ti, al hombre maravilloso que está detrás de esos ojos tan bonitos.

Ignacio sonrió.

—De acuerdo, trato hecho —dijo mientras le estrechaba la mano. De repente, le dio un beso en la parte superior de la mano. Sus labios enviaron una ola de calor por todo el cuerpo de Alondra, haciendo que sonriera un poco.

—¿Has estado aquí antes? —le preguntó mientras tomaba el menú y lo estudiaba—. No sé qué es bueno.

—En realidad, no, también es mi primera vez —respondió Ignacio, sonriéndole justo cuando el camarero se acercaba a su mesa. Rápidamente leyeron el menú y decidieron pedir diferentes platillos para compartir.

—Hola, bienvenidos a Entrevero Kitchen, ¿qué les gustaría pedir? —preguntó el camarero, sacando su libreta para anotar.

—Ehm, yo quiero los camarones caramelizados —dijo Alondra, cerrando el menú.

—Y para mí, el rib-eye a la parrilla —dijo Ignacio, sonriéndole a Alondra en señal de complicidad con su acuerdo.

—De acuerdo, ¿y algo para beber? —preguntó el camarero.

Ambos se miraron, sonriendo y aún tomados de las manos.

—Vino —dijeron al mismo tiempo. Rieron como adolescentes enamorados mientras el camarero sonreía y recogía los menús. Tan pronto como se fue, comenzaron a jugar con sus dedos entrelazados.

—Sabes, esto que nos está pasando es diferente, se siente muy distinto a cualquier otra cosa que haya experimentado —dijo Ignacio mientras sus dedos acariciaban suavemente el dorso de la mano de Alondra. Ella sintió cosquillas en su piel que enviaban ondas de calor por todo su cuerpo. Sabía que lo que sentía por Ignacio era más grande que cualquier otra cosa que hubiera experimentado.

—Perdón si no hablé mucho cuando me llamaste, Ana estaba conmigo y, como te imaginarás, no podía hablar mucho —dijo mientras se llevaba la mano a la frente—. Ahora cree que estoy en una cita con Carlos.

—Oye —dijo Ignacio, colocando su otra mano sobre la de ella—. No hables de eso. Prometiste no mencionar nada. Vamos a pasar la noche y a divertirnos, olvidarnos de los problemas. Es la primera vez en mucho tiempo que me atrevo a salir, y quiero compartir esto contigo.

Alondra sonrió y miró a Ignacio con ternura. Había una chispa en sus ojos que la seguía atrayendo hacia su mirada. De repente, se sintió segura, como si finalmente pudiera relajarse y soltar la tensión que había sentido antes con Ana.

—Esa noche en casa de Ana —dijo, pero de repente se detuvo—, bueno, es tu casa también —sonrió ampliamente, haciendo que el corazón de Ignacio se derritiera—. No podía creer que te estaba viendo, pensé que estaba soñando.

—También fue una sorpresa para mí —dijo Ignacio—. Estuve pensando en ti todo el día y, cuando llegué a casa, ahí estabas, con los ojos bien abiertos y esa carita de ángel mirándome.

Alondra se sonrojó con sus palabras, el calor que sentía en su corazón era innegable, se estaba enamorando inevitablemente de Ignacio.

Entonces comenzó a reírse y lo miró directamente a los ojos.

—Dime algo, y quiero que seas sincero porque no quiero pensar que soy la unica, ¿disfrutaste la lasaña de Ana? —le preguntó. Al recordar el sabor, Ignacio se echó a reír.

—Ni un poco —respondió él—, estaba tan seca.

—¿Verdad? —Alondra le sonrió mientras el ambiente se volvía más ligero, haciendo que ambos se sintieran cómodos el uno con el otro—. Tenía tantas expectativas cuando la olí, pero luego...

—Ana es una chica talentosa pero nunca ha sido buena en la cocina, aun así al menos lo intenta —Ignacio sonrió, sus ojos brillaban como dos gotas de miel a contraluz que Alondra no podía dejar de admirar. Entonces llegó la comida, el camarero apareció con una gran bandeja y colocó los platos frente a ellos.

—Blanc de Zinfandel —dijo el camarero, levantando la botella para que Ignacio la viera.

—Sí, esa está bien —dijo él. Ambos miraron al camarero mientras servía el vino en sus copas.

—Disfruten —dijo sonriendo y desapareciendo entre las mesas. Todo se veía fantástico. Ignacio levantó su copa hacia Alondra, que estaba encantada con la masculinidad de sus rasgos.

—¿Por qué brindamos? —le preguntó.

Entonces ella le lanzó una sonrisa traviesa, la forma en que lo miró hizo que su cuerpo temblara y que una oleada de deseo lo recorriera.

—Por nosotros —dijo ella. Ignacio no pudo evitar sonreír mientras levantaba su copa también.

La noche transcurrió sin problemas, compartieron sus platos como una pareja normal. Ambos se sintieron cómodos riendo y compartiendo anécdotas de sus vidas. Ignacio sentía que podía pasar la vida escuchando su hermosa voz, y Alondra deseaba que la noche no terminara nunca.

En un momento de silencio, la curiosidad de Alondra habló por ella.

—¿Tuviste alguna novia después de tu divorcio?

Ignacio tomó un sorbo de su vino.

—No, realmente.

—¿Qué significa eso? —preguntó ella.

—Intenté darme una oportunidad, ¿sabes? —Ignacio colocó la copa junto a su plato—. No quería acostarme con una mujer y dejarlo así. Tomás siempre trataba de presentarme gente, especialmente mujeres, pero siempre que hablaba con ellas y las conocía mejor, no podía conectar con ellas. La mayoría eran jóvenes, sin una idea clara de lo que querían para si mismas, y no quería pasar por otra Luisa.

—Pero yo soy joven —dijo Alondra de repente—, y tampoco sé lo que quiero hacer con mi vida. ¿Qué me diferencia de ellas?

—Nada… —respondió él después de un momento—, y al mismo tiempo, todo.

Las palabras de Ignacio la confundieron, y de repente sintió el corazón pesado.

—Por fuera sigues siendo una estudiante, no tienes todo resuelto, y sí, eres muy joven. Pero por dentro, eres muchísimo más que lo que muestras. Cuando te vi entrar a mi consultorio, vi un destello de esa mujer inteligente y fuerte que llevas dentro. Y cuando me contaste esa historia sobre tu padre, que te gustaba Monet y el whisky, supe que había algo grande y valioso en ti.

Alondra no pudo ocultar su sonrojo. Bebió su vino, e Ignacio le sirvió más. Continuaron hablando y conociéndose, compartiendo cosas como el color favorito de él y el libro favorito de ella. Antes de darse cuenta, el reloj marcaba casi las 3 de la madrugada y el teléfono de Ignacio comenzó a sonar.

—Es Ana —dijo.

—Deberías contestar —dijo Alondra, poniéndose nerviosa de repente.

—Puede esperar —respondió Ignacio, guardando su teléfono. Pero el ánimo de Alondra había cambiado.

—¿Qué pasa? —preguntó Ignacio, notando su preocupación.

—Todo esto —respondió ella. Ignacio permaneció en silencio mientras la miraba con atención—. Sé que prometí no hablar de esto, pero no puedo negar lo que siento por ti. Y sabes cuánto me importa Ana, me asusta que estos sentimientos tan intensos que tengo por ti puedan herirla.

—Ali, yo también tengo miedo, lo sabes —dijo él—. Pero te prometo que nunca dejaré que algo te haga daño a ti o a Ana.

—¿Cómo? ¿Cómo vamos a lograr eso? ¿Lo mantendremos en secreto? —preguntó ella, y él notó un toque de miedo en su voz.

—Hasta que encontremos la manera de decirle a Ana —respondió Ignacio, preocupado.

Alondra suspiró, soltando la tensión de su cuerpo.

—Lo siento por haber sacado el tema —dijo, sintiéndose avergonzada.

—Oye, está bien —él le sonrió—, te entiendo.

Ambos volvieron a mirarse, y pronto la atmósfera entre ellos se volvió cálida de nuevo.

—Deberíamos irnos. ¿Quieres caminar un rato conmigo? —le preguntó Ignacio, mostrando una sonrisa encantadora.

Alondra sonrió también. No había forma de que se negara con esa sonrisa tan arrebatadora en su rostro.

Salieron del restaurante y, cuando comenzaron a caminar, Alondra tomó lentamente la mano de Ignacio y la sostuvo. Él admiró cómo sus manos encajaban perfectamente, y formaban una combinación preciosa.

—Si pudiera, haría que esta noche durara para siempre —dijo ella.

—Si pudiera, yo también lo haría —respondió él.

Caminaron y hablaron por el bulevar, sintiendo que Valle del Sol se volvía un lugar pequeño en el que no había nadie más que ellos dos. Cuando finalmente llegaron a la residencia de Alondra, ella se detuvo en la puerta, mirándolo, dejando que sus sentimientos fluyeran libremente.

—Alondra, gracias por venir esta noche, de verdad —dijo Ignacio con una sonrisa—, me has hecho el hombre más feliz del mundo.

—Dale las gracias a Ana, ella insistió cuando pensaba que eras Carlos por teléfono —rió ella.

—Entonces me aseguraré de agradecérselo como es debido —respondió él.

Ambos se miraron como si fueran los dueños del espacio que los rodeaba. Parecía que todo se había detenido en el tiempo, permitiéndoles disfrutar del hermoso sentimiento que crecía entre ellos. Entonces, Ignacio se acercó lentamente, colocando una mano en la cintura de Alondra. Ella puso sus brazos sobre los hombros de él, y como si se conocieran desde siempre, Ignacio se inclinó y la besó suavemente en los labios.

Suave, lento y delicioso, así fue el beso que Ignacio le dio a Alondra, haciéndola avanzar para envolver sus brazos alrededor de él. Ignacio acarició sus labios con los suyos mientras ella suspiraba por más.

—Nunca será suficiente, no sabes cuanto deseo tener más de ti —le dijo él, aun sosteniéndola cerca. Alondra inclinó la cabeza y lo besó de nuevo, abriendo lentamente la boca y compartiendo su aliento. Ambos se sintieron ligeros, flotando suavemente en el aire mientras compartían un largo beso bajo la luz de la entrada.



De camino a casa, Ignacio no podía dejar de pensar en su noche. Primero, las grandes noticias de Tomás y, luego, una cita con Alondra. Todo parecía ser perfecto. Bajó del taxi y se apresuró hacia la puerta de entrada de su casa. La abrió, tratando de no hacer ruido. Luego, caminó de puntillas por la casa, pero justo cuando estaba a punto de llegar a las escaleras, alguien encendió las luces.

Ana estaba de pie junto a la puerta de la cocina, mirándolo con la mano aún en el interruptor. Estaba claramente molesta.

—¿Dónde estabas? —preguntó, con la voz más seria que él jamás había escuchado.

El corazón de Ignacio comenzó a latir como una bestia a punto de ser cazada. Se puso pálido al verla, dándose cuenta de que no tenía ni una sola excusa o explicación para darle. Ana se acercó lentamente, observándolo con atención.

—¿Entonces? Estoy esperando una respuesta —dijo cruzándose de brazos. Ignacio sabía que estaba en problemas.

# Capítulo 11

—Ehm... —Ignacio trató de encontrar las palabras adecuadas, pero la mirada de Ana lo presionaba. Ella entrecerró los ojos, inspeccionando cuidadosamente su actitud y su ropa. Era evidente que había tomado unas copas esa noche—. Estaba con Tomás —dijo finalmente.

—Lo prometiste —respondió ella, levantando una ceja.

—¿Qué cosa, cariño? —preguntó Ignacio, completamente despistado.

—Ibamos a comenzar nuestro maratón de James Bond —dijo, abriendo los ojos con tristeza—. No puedo creer que te olvidaras.

Ignacio cerró los ojos, sintiéndose decepcionado de sí mismo.

—Lo siento, cariño, tienes razón, lo olvidé por completo.

—Te llamé —dijo ella, preocupada—. Estaba preocupada por ti y nunca contestaste.

—Como te dije, estaba con Tomás —le explicó mientras se quitaba los zapatos en la entrada.

—No, no estabas con él cuando te llamé —replicó Ana, acercándose y mirándolo directamente a los ojos. Ana estaba siendo muy inquisitiva, para desgracia de Ignacio—. Llamé a Valeria, y ella me dio el número de Tomás, así que lo llamé y él me dijo que estuvieron juntos en Roger's, pero que solo tomaron un par de cervezas y se fue alrededor de las 8 p.m., así que... ¿dónde estabas?

De repente, Ignacio sintió su corazón subiendo hasta su garganta. Tragó saliva mientras se daba cuenta de que su hija podría haber sido una gran detective. Se puso nervioso, y su voz temblaba mientras Ana se acercaba con una mirada inquisitiva.

—Yo... ehm... bueno —intentaba encontrar qué decir—. Salí a caminar.

—¿A caminar? —preguntó Ana, sorprendida. Sabía lo suficiente de su padre para saber

que no era del tipo que sale a caminar a mitad de la noche.

—Sí —respondió, relajándose un poco—. Salí a caminar, quería despejarme...

—¿Pasó algo malo? —preguntó Ana.

—Bueno, no realmente —dijo Ignacio, pero vio que Ana seguía esperando una explicación—. Es solo que Tomás me contó que iba a proponerle matrimonio a su novia, y no pude dejar de pensar en eso.

Ana vio el rostro de su padre volverse triste. Ignacio estaba fingiendo para convencerla, y parecía estar funcionando.

—No me malinterpretes, estoy realmente feliz por Tomás y Amanda, es solo que… me hizo sentir algo solo.

—Papá, sabes que siempre me tendrás a mí, y siempre te apoyaré —dijo mientras lo abrazaba con fuerza. Ignacio rodeó a su hija con sus brazos. Ana tenía mucho de él, pero no podía negar que había algo de Luisa en su personalidad.

Ignacio acarició sus rizos dorados.

—Hablé con mamá hoy. Dijo que quería verte —mencionó Ana.

—¿Para qué? —preguntó Ignacio, un poco confundido.

—No lo sé, pero por cómo me habló, creo que también te extraña.

Ana retrocedió un paso para mirar a su padre. Sus cejas estaban fruncidas.

—Dios mío, ¿qué querrá ahora? No le debo nada —dijo Ignacio, molesto, mientras subía las escaleras con Ana siguiéndolo—. ¿No te dijo nada más?

—No, papá, pero creo que realmente te extraña —insistió Ana—. ¿Por qué no le das una oportunidad y ves qué quiere?

Ignacio se giró para mirar a su hija. La idea de reunirse con Luisa hizo que apretara la mandíbula.

—No lo sé, cariño. Lo pensaré, ¿está bien?

—Está bien —dijo Ana algo triste, dándole un beso en la mejilla—. Buenas noches, papá.

—Buenas noches, cariño.

Ignacio abrió la puerta de su habitación y entró, comenzó a quitarse la ropa. Trató de apartar el recuerdo de Luisa de su mente, pero ahora tenía curiosidad por saber qué era lo que ella quería, aunque, fuese lo que fuese, estaba seguro que no podía ser algo bueno. Se cepilló los dientes y realizó su rutina de antes de dormir para luego meterse en la cama.

Finalmente, al descansar la cabeza en la almohada, pensó en Alondra. Su corazón comenzó a latir con fuerza al recordar su sonrisa. El mismo sentimiento cálido que había experimentado bajo el cielo de Valle del Sol mientras sostenía su mano volvió a fluir por su corazón y su cuerpo. Sentía que podía hablar con ella de cualquier cosa y ser completamente él mismo, sin ser juzgado. Su juventud, su risa y su calida personalidad lo hacían sentirse como un adolescente enamorado.

Sentía su corazón lleno nuevamente.



—¡Por Dios! ¿Puedes guardar ese teléfono? —dijo Ana, molesta por la falta de atención de Alondra. Estaban tratando de preparar una presentación sobre Botero para su clase de pintura contemporánea. Habían pasado algunos días desde que Alondra tuvo su cita con Ignacio, y en los días siguientes no habían dejado de enviarse mensajes.

Alondra sonrió a Ana. Su felicidad era evidente después de que Ignacio le confesara cuánto le gustaba y lo desesperado que estaba por volver a verla. Su gran sonrisa despertó la curiosidad de Ana.

—¿Con quién te estás mensajeando? —preguntó Ana.

—Ehm...

—Ya sé —dijo, haciendo que Alondra se pusiera un poco nerviosa—. Con Carlos.

Alondra solo sonrió mientras apartaba el teléfono, aunque notó un leve tono de celos en la voz de Ana, pero no le dio mucha importancia. Ana tenía razón; Alondra debía dejar de enviar tantos mensajes a Ignacio, o Ana podría descubrirlo en un momento de descuido.

Alondra trató de concentrarse en su investigación, pero las constantes vibraciones de su teléfono la distraían. Entonces notó que tenía un recordatorio. Desbloqueó la pantalla para verlo.

“Cita médica a las 5.”

Aprovechó el momento para enviarle un mensaje a Ignacio: *Puede que tu deseo se haga realidad. Tengo una cita con mi doctor favorito hoy a las 5.*

*Eso es, no puedo esperar para verte*, respondió él unos segundos después. Ana miró a Alondra de reojo.

—De verdad necesitas parar y concentrarte en lo que estamos haciendo —dijo, visiblemente molesta.

—Lo siento, lo apagaré ahora mismo —respondió Alondra, mirando la pantalla mientras la apagaba.

—Bien —dijo Ana, dejando claro que no estaba contenta.

Había un entusiasmo chispeante en el ambiente cuando la puerta se abrió. Valeria, la secretaria de Ignacio, entró con una carpeta en la mano y la colocó sobre el escritorio de Ignacio. Él estaba soñando despierto, mirando por la ventana.

—Aquí está el historial médico de la señorita Blanco, como lo solicitaste —dijo Valeria con una sonrisa cómplice.

Ignacio se giró de inmediato al escuchar su nombre.

—Gracias, Val —dijo, tomando la carpeta en sus manos y abriéndola.

—Te aviso cuando llegue —dijo ella antes de cerrar la puerta tras de sí.

Ignacio permaneció en silencio mientras abría la carpeta y leía lentamente lo que contenía. Descubrió que Alondra se había roto el brazo cuando era pequeña, tuvo una fiebre severa a los 10 años, pero nada más. Se sintió aliviado al saber que su Alondra gozaba de buena salud. Entonces vio su foto impresa en la primera página. Era increíblemente hermosa, incluso pixelada.

De repente, la puerta se abrió e Ignacio cerró la carpeta, poniéndose de pie de inmediato, como si hubiese sido atrapado viendo algo que no debía.

—Alondra —dijo al verla de pie en la puerta. Alondra le sonrió, cerrando la puerta y dejando al resto del mundo en el exterior. Llevaba una falda de mezclilla y un top corto negro.

—Creo que llegué un poco temprano —dijo. Sus ojos se posaron en la barba desaliñada de Ignacio, lo que la hizo querer acariciarla.

—Llegas justo a tiempo —dijo él, caminando alrededor del escritorio. Alondra dio un paso adelante y envolvió sus brazos alrededor de él. Ignacio llevaba puesta su bata blanca, unos pantalones caqui combinados con una camisa azul marino que resaltaba sus ojos color miel.

—¿Sabes lo bien que te ves con esa bata? —dijo Alondra juguetonamente, poniéndose de puntillas para alcanzar sus labios. Ignacio gruñó mientras la besaba, agarrando su cintura y atrayéndola más hacia él.

—En realidad no —dijo entre besos—, pero me alegra que te guste como me veo.

—Me gusta todo de ti —dijo mientras Ignacio bajaba con sus labios lentamente por su cuello, depositando suaves besos en su sedosa piel. Cada beso la hacía temblar de emoción, sus dedos se hundieron instantáneamente en el cabello de Ignacio, sosteniéndolo con pasión.

—Debería quitarte ese parche de la espalda —le dijo Ignacio en la oreja mientras su mano subía por su columna.

—¿No puedes hacerlo más tarde? —preguntó Alondra, sintiendo el fuego dentro de ella, quemándole la piel.

—Aún estoy trabajando —dijo en broma. Luego le dio un beso en la mejilla y regresó al escritorio. Alondra estaba sonrojada, parecía estar tratando de aliviar el calor repentino que sintió en su cuerpo, estaba hambrienta de sentir a Ignacio aún más cerca.

Ignacio se sentó, tomó un par de guantes de látex y se los puso, luego le sonrió.

—Tienes que quitarte esa blusa —dijo. Alondra alzó una ceja, por primera vez en su vida se sintió atrevida a hacer cosas que nunca había hecho antes, lentamente, subió su top sobre su pecho y lo deslizo sobre su cabeza. Ignacio se reclinó en su silla mientras tragaba con fuerza, sus ojos viajaron desde las costillas de Alondra hasta el fino bralette de encaje que cubría su pecho.

La tela era transparente y se podía ver un poco de su piel sedosa, sus pezones estaban apenas cubiertos por las flores de encaje que decoraban la prenda, pero Ignacio notó el tono rosado que tenían.

Su miembro se endureció al instante, nada más con verla, sus ojos eran tentadores y la sonrisa que tenía en sus labios lo invitaba a disfrutar de la vista.

—¿Debería sentarme en la camilla, doctor? —preguntó mientras enrollaba un mechón de su cabello en su dedo.

—Sí… sí, sí — dijo Ignacio nervioso—, en la cama… digo camilla.

Su respiración se hizo más profunda mientras admiraba las caderas de Alondra. Ella se sentó en la camilla de la misma manera que lo hizo cuando él colocó los alergenos en su espalda, Ignacio se puso de pie. Se acercó a ella, acercando una silla a la camilla.

Entonces, tomando el gabinete, lo trajo cerca de sí para limpiar la piel de Alondra, y de repente, ella se desabrochó el sujetador, dejando que el tirante de encaje cayera por sus hombros. Luego miró por encima de su hombro para ver a un Ignacio sumamente nervioso y torpe.

—¿Qué pasa, doctor? —preguntó con una risita.

—Nada que no pueda resolver —dijo respirando profundamente. Luego, le quitó suavemente el parche de la espalda, la piel de Alondra se erizó con su toque. Ignacio tomó una bolita de algodón empapada en alcohol y la colocó en la zona de prueba. La sensación de frío hizo que los pezones de Alondra se endurecieran, ella gimió muy bajito mientras él limpiaba el área.

Ignacio le acarició el brazo mientras examinaba su piel, pero entonces Alondra tomó su mano y la empujó suavemente hacia adelante, colocándola sobre su pecho desnudo. Ignacio no pudo evitar la lujuria que recorrió todo su cuerpo, la apretó a través de su guante de látex mientras acercaba la silla a la camilla. Entonces ella se dio la vuelta y se sentó a horcajadas sobre él.

La vista de su hermoso pecho le hizo la boca agua. Ignacio la besó con fuerza, desatando su pasión por completo por primera vez. Ella abrazó su lujuria, gimiendo en su boca mientras él se quitaba los guantes de látex y los tiraba. En el segundo en que puso sus manos en su espalda, gruñó de placer, no tenía nada con que comparar la calidez de su delicado cuerpo.

La besó como nunca antes había besado a nadie, con tanta hambre de sentirla y saborearla. Besó su cuello y se abrió camino por su pecho, dejando suaves mordiscos en el camino que creaba con sus labios. Ella empujó su cabeza contra su piel, luego bajó su bata blanca por sus hombros y comenzó a abrir desesperadamente su camisa.

Él tomó su seno en su boca, succionando su pezón endurecido suavemente, le dio golpecitos con la lengua en la punta del pezón y lo mordió suavemente. Alondra gimió, cada caricia, cada beso, cada mordisco se sumaba a la supernova a punto de explotar dentro de ella. Ella abrió su camisa y lo besó, luego hundió su rostro en su fuerte pecho. Un rastro de pelos que decoraban sus abdominales llevó su mano a la parte superior de su cintura.

—Ignacio, yo… nunca he estado con un hombre antes —dijo de repente, tímidamente.

Ignacio dejó de besar su pecho para mirarla directamente a los ojos.

—¿Nunca? ¿Jamás has hecho cosas antes?

Ella se sonrojó, nunca había hablado de sexo con nadie, ni siquiera con Ana.

—Bueno… más o menos.

—¿Qué quieres decir? —dijo con sus manos todavía en su espalda, acariciándola lentamente de arriba a abajo por su columna.

—He visto porno y me he tocado antes, pero solo mi clítoris —explicó—. Solo he tenido un par de orgasmos en toda mi vida y ni siquiera estoy segura de si así es como se supone que debe sentirse.

La idea de que ella fuera virgen lo hacía sentir excitado y asustado al mismo tiempo, nunca había estado con una mujer virgen antes, pero sabía cómo ser lo suficientemente delicado para hacerla sentir cómoda. Luego temió que a Alondra no le gustara y la perdiera para siempre.

—¿Cómo es posible? Una mujer tan hermosa como tú —dijo admirando su dulce inocencia.

—Nunca sucedió, no me sentía lista para hacerlo, creo que estaba esperando a la persona correcta —dijo ella mirándolo a los ojos—, Ignacio, eres todo lo que siempre soñé.

Ignacio sentía lo mismo por ella, no pudo evitar la sonrisa en su rostro.

—Alondra —dijo mientras ella se inclinaba de nuevo para besarlo profundamente.

—Quiero que seas el primero —dijo con pasión—, quiero probarte.

Su pedido hizo que su miembro palpitara dentro de sus pantalones, ansioso por algo de relajación. Solo pensar en ser el primer hombre en hacerle el amor lo ponía nervioso, pero también complacido de saber que sería su maestro en el asunto del amor. Alondra se puso de pie mientras Ignacio se desabrochaba el cinturón y se bajaba la bragueta. La observó mientras Alondra bajaba lentamente la falda por sus cremosas caderas. Cuando estaba a punto de quitarse el panti, Ignacio la detuvo.

—Déjatelos puestos —gruñó—. Quiero tener el honor.

Alondra le sonrió mientras se ponía de rodillas. Él se inclinó hacia delante para besarla profundamente, luego ella tomó las riendas del momento, hundiendo la mano dentro de sus pantalones y sacando hábilmente su miembro, que ya estaba dura como una roca.

En el segundo en que lo tocó, Ignacio sintió el calor de sus dedos en él, gruñó mientras ella admiraba el tamaño de su masculinidad. Su grueso miembro palpitaba ante sus ojos mientras envolvía sus dedos alrededor de él.

—Nunca antes había tocado a un hombre —Alondra sonrió.

—Ve con cuidado, mueve tu mano hacia arriba y hacia abajo lentamente, sin demasiada presión en tu agarre —explicó, lleno de lujuria, solo por verla sosteniendo su miembro. Alondra lo acarició de arriba a abajo, haciendo que Ignacio cerrara los ojos y gimiera de placer. Luego, antes de que abriera los ojos, Alondra lamió su longitud, desde su base hasta la cabeza, tomándolo por sorpresa.

—Oh, mierda — Ignacio gimió mientras ella probaba su líquido pre-seminal—. ¿Dónde aprendiste ese movimiento? —preguntó.

—Porno —dijo ella sonriendo, luego lamió su cabeza como una piruleta otra vez—. Tienes un sabor tan rico —siseó.

—Ponlo en la boca —dijo, el deseo cruzó su rostro. Alondra hizo lo que le pidió, lo tomó dentro de su boca, moviéndose lentamente hacia arriba y hacia abajo sobre su cabeza. —Oh, mierda —gimió, acariciando su cabello rizado—. Trata de… no tocarlo con tus dientes —le indico entre gemidos.

Escuchó a Alondra reírse con su miembro todavía en su boca, las vibraciones se sentían increíbles al rededor de él. Luego se retiró y lo miró fijamente—. ¿Lo estoy haciendo bien, doctor? —preguntó.

—Definitivamente —respondió Ignacio inclinando la cabeza hacia atrás. Ella chupó, lamió y probó su miembro palpitante, llevando a Ignacio al borde de su clímax. Su boca se sentía tan bien que tuvo que luchar contra el orgasmo que estaba justo allí, listo para explotar.

—No puedo esperar más —dijo levantándose y tomando a Alondra en sus brazos. La recostó en la camilla y le levantó las rodillas, exponiendo su virginidad. Se sentó de nuevo en la silla y se acercó a sus brillantes pliegues. Mientras sostenía su miembro dentro de su puño, olió su sexo como la última vez que la tuvo cerca, su boca se hizo agua de nuevo. Pasó la lengua por

sus labios hasta su clítoris una y otra vez, haciendo que Alondra temblara en la cama.

—Ignacio —gimió en voz alta, agarrando el cabello de su amante y moviéndose junto con su boca. Sus caderas se elevaron contra su lengua, haciéndole hundir su húmedo músculo dentro de su entrada humedecida. La sensación era demasiado fuerte para ella, pero no quería que se detuviera. Ignacio se sintió en éxtasis con su sabor.

—Justo como lo recuerdo —dijo. Siguió lamiendo su clítoris y moviendo su lengua alrededor, esparciendo su humedad por todos sus labios rosados.

—¡Oh, sí! —Alondra gimió en voz alta mientras Ignacio succionaba suavemente su clítoris dentro de su boca. Luego pasó la punta de su dedo por su hendidura, mirándola fijamente. Alondra se mordió el labio inferior mientras miraba el torso desnudo del doctor.

—Me encanta lo mojada que estás ahora mismo —dijo él, provocándola, pasando la punta de su dedo alrededor de su apretada entrada. Luego empujó suavemente un dedo dentro de ella, Alondra sintió dolor, pero nada que no pudiera soportar. Entonces movió su dedo dentro y pronto el dolor se convirtió en un tipo diferente de placer que nunca antes había experimentado.

De repente, su cuerpo se puso caliente y Alondra estaba empezando a perder la cabeza. Ignacio se agachó de nuevo, colocando la lengua sobre su clítoris y moviéndola al rededor, movió el dedo hacia dentro y hacia fuera, presionándolo contra sus paredes, luego lo masajeó y el interior de Alondra comenzó a humedecerse aún más.

—Oh, sí, no pares —rogó, pero Ignacio sacó el dedo y dejó de lamer su clítoris. No quería que se corriera todavía—. Te deseo, Ignacio —gimió Alondra, apresurándolo a entrar en ella—. Te deseo ahora.

Ignacio se deshizo de sus pantalones y se subió sobre la camilla con ella, alcanzando su rostro y besándola con fuerza. Verlo desnudo la hizo jadear de sorpresa, no era un David o un Adonis, era Ares, el dios griego de la guerra. Ignacio tenía el torso como el de un guerrero, piernas fuertes con suaves vellos alrededor de ellas y una gran hombría colgando de su pelvis.

Saber que era todo suyo estaba más allá de su imaginación. Sintió que su clítoris le hacía cosquillas cuando él llegó a su rostro para besarla con fuerza. La tentó con su miembro deslizándose sobre su clítoris, haciéndola gemir de lujuria.

—Ignacio, eres tan jodidamente sexy —susurró con placer.

Ignacio sonrió, un poco avergonzado.

—No tan sexy como tú —dijo, tomando su pecho en su boca. Luego alineó su miembro contra el sexo húmedo de Alondra y lentamente comenzó a empujarse dentro de su virginidad. La boca de Alondra se abrió en una silenciosa “O” e Ignacio apretó su mandíbula. Ambos se miraron fijamente, con los ojos bien abiertos, estáticos, con la sensación de sus sexos finalmente unidos.

—Ignacio —dijo ella, conteniendo la respiración.

# Capítulo 12

La sensación placentera que ambos sintieron desde esa primera penetración estaba más allá de las palabras. Alondra sintió dolor cuando Ignacio entro en ella, pero encontró placer más allá del dolor. Estar así, conectados en sus partes más íntimas los hacía sentir como uno solo. Los sentimientos fluían a su alrededor mientras Ignacio entraba y salía lentamente de Alondra, llevándola al límite.

Alondra envolvió sus brazos y piernas alrededor de él mientras él se movía, por primera vez en mucho tiempo se sentía como una mujer, se sentía libre y, sobre todo, se sentía viva. Ignacio la miró a los ojos y una hermosa sonrisa apareció en sus labios, esa complicidad e intimidad no tenía precio, él le devolvió la sonrisa, sabiendo en el fondo que no solo le gustaba, era más que eso.

—¿Estás bien? —gimió Ignacio en su oído.

—Sí —siseó ella. Ignacio se movió más rápido, depositando besos en su cuello y acariciando toda su piel. Probó sus labios de nuevo y los mordió suavemente mientras su mano acariciaba sus pezones.

Ignacio estaba asombrado por la forma perfecta en que encajaban, se movió más rápido provocando que el cuerpo de Alondra se estremeciera de placer, se sentía nervioso solo de mirarla llena de deseo y gimiendo su nombre. De repente, ella tomó el control, haciendo que Ignacio descansara en la cama mientras ella se sentaba a horcajadas sobre él.

Él quería que ella explorara su sexualidad, ella tomó su miembro y la alineó contra su entrada, luego se deslizó lentamente en él. Ignacio se detuvo asombrado al verla, para él, ella era una diosa, dueña de su propia feminidad y placer, y estaba más que complacido de ser su sirviente. La ayudó a mover las caderas, y balanceándose sobre él, Ignacio la observó, acariciando sus piernas y sosteniéndola. Quería guiarla en cada paso, en cada movimiento, y saborear cada pizca de su placer.

—Ah, mierda —gimió Ignacio cerrando los ojos, todo en Alondra era extremadamente sensual. Entonces la sintió moverse más rápido sobre él, arriba y abajo por toda su longitud.

Ignacio abrió los ojos y vio a Alondra arqueando la espalda y a punto de explotar.

—Sí —gimió mientras lo cabalgaba más rápido, la vista de ella alcanzando su clímax era increíble, y esto empujó a Ignacio a un punto sin retorno.

—Todavía no —gruñó, agarrando sus nalgas y levantándola. Se bajó de la camilla y la colocó sobre su escritorio. Quería verla correrse de cerca, y cerca de su cuerpo. Era pequeña y ligera, Ignacio sentía que podía hacer cualquier cosa con ella. Alondra se aferró a sus hombros, apoyando su frente contra la de él. Sus gemidos eran increíblemente sexis para Ignacio, que no podía dejar de penetrarla sin descanso.

De repente, con sus piernas envueltas alrededor de él y apretando sus ojos, la sintió temblar y estremecerse a su alrededor, su apretado sexo palpitaba en su miembro y un gemido de placer escapó de su boca liberando la energía que se acumulaba dentro de su cuerpo.

Alondra sintió las olas de calor explotar y fluir desde su centro al resto de su cuerpo, su piel se volvió sensible mientras inclinaba la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos y respirando rápidamente. Ella se sintió flotando en el aire mientras abrazaba cada sensación, luego sintió su polla palpitar dentro de ella. Su gemido llegó a sus oídos, aumentando el placer de su orgasmo.

Ignacio la abrazó, con su miembro hundido profundamente en ella, sus manos, agarrándose de sus caderas mientras apretaba sus ojos.

—Oh, mierda —gimió, explotando dentro de ella y dejando que su cuerpo saltara al abismo del placer. La abrazó y la sostuvo contra su cuerpo, envolviéndola con sus brazos mientras liberaba su orgasmo. Sintió todo su cuerpo desnudo sobre ella, exprimiendo cada gota de orgasmo que tenía en su cuerpo. Se lo entregó todo a ella y ella también.

Se quedaron así, todavía conectados, abrazándose, dándose cuenta de que lo que sentían y acababan de hacer se quedaría profundamente grabado en sus almas. Ambos se miraron, los ojos marrones de ella brillaron al ver su par color miel, y sin decir una palabra, expresaron todo lo que necesitaban saber en un solo beso. Ignacio le acarició la espalda mientras ella apoyaba la cabeza en su hombro, envolviéndolo con sus piernas y brazos para nunca soltarlo. Nada podía compararse con ese momento, ambos sonrieron y lo sintieron de la misma manera.

Alondra deslizó su top negro por la cabeza, mientras Ignacio admiraba la delicada silueta de su cuerpo. Ella notó su mirada y esbozó una sonrisa. Alondra se acercó y lo ayudó a abotonarse la camisa. Él la agarró juguetonamente del trasero.

—Entonces, doctor, ¿cuál es el diagnóstico? —preguntó en tono de broma.

Ignacio le sonrió con picardía.

—Me temo que sufres de un culo muy jugoso, una concha deliciosa y un cuerpo adictivo —dijo, agarrando cada parte que mencionaba. —Creo que tendremos que tratar tus síntomas con besos —dijo, besándole el cuello—, mordiscos suaves —y luego bajó hasta su pecho,

mordiéndolo suavemente—, y constantes… —añadió, sonriéndole de manera provocadora, haciendo que ella se sonrojara.

—Me gusta cómo suena eso —respondió ella—. Quizás debería enfermarme más seguido.

Sus risas llenaron el corazón de Ignacio de amor; no quería que esa sensación que sentía a punto de estallar en su pecho desapareciera nunca.

—¿Y mi espalda? —preguntó Alondra.

Ignacio intentaba hacerse un nudo Windsor en su corbata mientras ella se subía la falda por las caderas.

—Bueno, sobre eso —dijo, caminando hacia el escritorio y abriendo su carpeta—. Parece que tienes una leve alergia al moho.

La corbata estaba a medio hacer, y Alondra se acercó para terminar el nudo por él.

—¿Eso significa que…?

—No puedes comer quesos añejos altos en moho como el roquefort o el queso azul, pero estarás bien con mozzarella y provolone; tampoco puedes comer algunos tipos de hongos y carnes procesadas. Con todo lo demás estarás bien —dijo Ignacio, observándola mientras ella lo miraba con una sonrisa traviesa.

—¿Pasa algo? —preguntó él con una sonrisa.

—Te ves tan sexy cuando me hablas así —dijo ella, tentándolo a tomarla nuevamente ahí mismo. Él acarició sus nalgas y se inclinó para besarla entre los senos. Luego, se levantó y la besó. Alondra envolvió sus brazos alrededor de él y lo abrazó fuertemente.

—Alondra, me encanta cómo me haces sentir —le dijo, sosteniéndola cerca.

—Quiero pasar cada día contigo —respondió ella. —Entonces, ¿cuándo debo regresar, doctor? —preguntó sonriendo.

—Hablando de eso, el doctor Rodríguez ya regresó, habíamos hablado de…

—Quiero quedarme contigo, Ignacio —dijo ella con una sonrisa, él le sonrió de vuelta.

—En ese caso, tengo que vigilar el desarrollo de esa alergia —dijo, sentándose nuevamente y escribiendo algo en su libreta—. Tendrás que tomar estos si sientes algún síntoma de alergia, ¿de acuerdo? No creo que sea necesario que regreses a mi oficina en un buen tiempo.

Alondra hizo una mueca, no le gustó lo que escuchó, y él lo notó.

—Sobre tus otros síntomas, me gustaría tratarlos más de cerca si no te importa.

Arrancó la hoja del bloc y se la entregó. Alondra la tomó y su rostro cambió, ahora sonreía.

—¿Cuándo debo volver, doctor? —preguntó juguetonamente, acariciando con la yema de su dedo el antebrazo de Ignacio. La leve sensación le hizo erizar la piel.

—¿Qué tal mañana, a la misma hora? —propuso, y ella asintió. —Oh, no puedo esperar para verte de nuevo.

—Yo tampoco —respondió Alondra, acercándose a él y hundiendo los dedos en su cabello, lo besó profundamente. Él sintió que su cuerpo estaba listo para otra ronda, pero sabía que tendría que esperar. Luego, Alondra se apartó y caminó hacia la puerta.

—Voy contigo —dijo Ignacio con una sonrisa—. Quiero pasar todo el tiempo posible contigo.

Le abrió la puerta, dejándola salir primero, y luego la siguió. Mientras caminaban por el pasillo, se sonreían como dos adolescentes enamorados. Pero de repente, Alondra alzó la vista hacia el escritorio de la secretaria y vio a una mujer familiar de pie frente a Valeria.

—Ignacio —dijo Alondra de repente, deteniéndose en seco—. ¿No es esa…?

—¿Qué? —preguntó él, levantando los ojos hacia donde ella señalaba. Su boca se abrió ligeramente y su corazón comenzó a latir con fuerza. Alondra lo miró y notó que estaba tan sorprendido como ella.

—¿Luisa? —dijo él, incrédulo.

# Capítulo 13

—Luisa no puede verte aquí —dijo Ignacio, dándose la vuelta y sujetando los hombros de Alondra, asustado de que Luisa los descubriera juntos.

—Ella no me conoce, Ignacio —respondió Alondra, confundida por su actitud.

—¡Nacho! —escuchó a lo lejos. Sus ojos se abrieron y su respiración se detuvo.

—Rápido, ve a mi oficina —dijo, apurándola a moverse—. ¡Ahora!

Alondra inmediatamente se dirigió de nuevo a la oficina, desapareciendo de la vista de Ignacio. Entonces, sintió una mano en su hombro, haciéndolo girar.

—¡Oye! Llevo llamándote un buen rato.

Luisa estaba frente a él, echándose hacia atrás su largo cabello rubio. Su piel bronceada brillaba, y sus ojos oscuros y profundos lo miraban fijamente. De repente, todos los recuerdos de su fallida relación nublaron la cálida sensación que Alondra había dejado en él.

—¿Por qué no me contestas? —preguntó. Llevaba un vestido blanco que se ceñía a cada curva de su cuerpo. Aún lucía tan joven como hace diez años.

Ignacio no encontraba las palabras de inmediato, pero al fin respondió:

—Trabajo.

Luisa inclinó la cabeza, claramente no le creía. Luego suspiró.

—En fin, pasaba por el complejo y decidí saludarte.

—Está bien, hola —dijo Ignacio entrecerrando los ojos—. Ya puedes irte.

Luisa abrió la boca, indignada.

—¿No me vas a invitar ni un café? Tengo algunas cosas de las que quiero hablar contigo.

—Entonces deberías ser tú quien pague el café —replicó Ignacio, echando un vistazo nervioso hacia la puerta de su oficina.

—De acuerdo, pero hablemos en tu oficina —dijo ella, aunque sonaba más como una orden —. Y dile a Valeria que nos traiga el café.

Luego, empezó a caminar hacia la oficina de Ignacio, con sus tacones resonando en el suelo con cada paso. Estaba en forma; se notaba en sus pantorrillas y brazos perfectamente tonificados.

Ignacio corrió hacia la puerta, deteniéndola antes de que entrara.

—¡No! —exclamó de repente—. ¿Por qué no hablamos en la cafetería?

Luisa lo miró con disgusto.

—¿Te parece que soy del tipo de personas que come en una cafetería cualquiera? —dijo, empujándolo a un lado y abriendo la puerta.

Los ojos de Ignacio se abrieron de par en par. Luisa entró, pero para su alivio, Alondra no estaba allí. Respiró hondo, relajándose un poco. Miró con atención toda la oficina mientras Luisa se sentaba frente al escritorio. Luego, caminó alrededor del escritorio y bajó la mirada al suelo. Su corazón volvió a acelerarse al ver a Alondra escondida bajo el escritorio.

—Bueno... —dijo Luisa, llamando la atención de Ignacio—. ¿Cómo has estado?

Ignacio la miró, estudiando su lenguaje corporal. Estaba claro que quería algo, pero no podía adivinar qué.

—¿Por qué te importa?

—Porque —respondió con un toque de dolor en la voz—, eres el padre de mi hija, me importas, Ignacio.

Luego cruzó sus piernas doradas, lo que hizo que su muslo musculoso se destacara. A Ignacio no le gustaba Luisa en lo absoluto, pero no podía evitar admirar sus rasgos. Alondra notó su mirada desde debajo del escritorio y le dio un pellizco en la pierna.

—¡Ay! —exclamó Ignacio, sorprendido, lo que confundió a Luisa.

—¿Estás bien? —preguntó ella, fingiendo preocupación.

—Sí, es solo que... comí algo y me duele un poco el estómago, pero estoy bien.

Miró a Alondra, que parecía molesta.

—¿De qué querías hablar? —preguntó rápidamente.

—Bueno... —Luisa se inclinó sobre el escritorio—. Ana me llamó hace unos días, y me contó sobre tu desaparición.

—Ya le expliqué a Ana lo que pasó —dijo Ignacio. Pero entonces Luisa se inclinó aún más cerca de él.

—Y ella también me lo contó —susurró con un tono seductor. Las cejas de Alondra se fruncieron al escuchar su tono—. No nos mintamos, Ignacio, te extraño, y sé que tú también me extrañas.

Ignacio se sintió incómodo con su actitud.

—¿Estás bromeando, verdad? —dijo incrédulo.

—Sabes que no bromeo —dijo ella, agarrando sensualmente la corbata de Ignacio con sus manos y acercándolo más a su rostro—. Te extraño, Ignacio.

Su corazón se aceleró, pero no por sorpresa o emoción, sino por irritación. Recuperó su corbata, soltándose de su agarre.

—Estamos divorciados, Luisa, y hay una buena razón para eso.

Luisa suspiró y se recostó en la silla.

—Sé que cometí un error, pero han pasado siete años desde aquello —dijo cruzando los brazos bajo su pecho, lo que hizo que su escote se resaltara más—. Ignacio, quiero recuperarte, quiero estar con Ana —continuó con una expresión triste que él no creyó—. Quiero a mi familia de vuelta.

Ignacio respiró hondo. Hubo un tiempo en que él deseaba lo mismo, una familia, su esposa, pero eso ya no encajaba con quien era ahora.

—Mira, Luisa, yo...

—No digas nada todavía —lo interrumpió ella, inclinándose hacia adelante y tomando sus manos, entrelazando sus dedos con los de él mientras lo miraba fijamente a los ojos—. Déjame demostrar que puedo ser una buena madre para Ana… y una buena esposa para ti.

Alondra se quedó boquiabierta al escuchar su propuesta, incrédula.

Ignacio reflexionó por un momento, mirando los ojos verdes que solía amar años atrás. De repente, Luisa se levantó y comenzó a rodear el escritorio. Ignacio se asustó y la detuvo antes de que pudiera ver a Alondra debajo del mueble.

—Está bien, prometo que lo pensaré —dijo, llevándola rápidamente hacia la puerta. Su respuesta hizo que Alondra soltara un jadeo de sorpresa, y de repente, una sensación de decepción inundó su corazón. La sola idea de que Ignacio pudiera volver con Luisa la perturbaba.

—Sé que todavía sientes algo por mí, lo puedo ver en tus ojos —dijo Luisa mientras Ignacio abría la puerta para sacarla de la oficina. Una vez afuera, Ignacio intentó calmarse.

—Intentaré venir a visitarte pronto —dijo Luisa con una sonrisa.

Ignacio la acompañó hasta el ascensor.

—Sí, claro, a Ana le encantará —respondió sin convicción. Cuando llegaron al ascensor, Luisa dejó un suave beso entre la mejilla y el labio de Ignacio.

—Te hablaré luego, cariño —dijo con una sonrisa coqueta, y cuando entró en el ascensor, le lanzó un beso en el aire.

Ignacio intentó ser educado, pero no pudo. Simplemente la miró mientras las puertas se cerraban. Se sentía extremadamente incómodo y no sabía cómo quitarse esa sensación. Cuando regresó a su oficina, abrió la puerta de nuevo y entró.

—¿Alondra? —la llamó, pero no obtuvo respuesta. Caminó alrededor del escritorio, pero ya no estaba. Alondra se había ido, sin decir una palabra. Entonces, miró hacia la camilla, reviviendo el fresco recuerdo de su piel suave en sus manos.

—Alondra… —suspiró—. ¿A dónde fuiste?



10:30 p.m. Alondra estaba acostada en su cama, mirando al techo. No podía dormir; una mezcla de emoción y tristeza la invadía. Pensaba en Ignacio, en lo delicioso que se sentía su piel sobre la suya, pero cada recuerdo de su reciente encuentro estaba nublado por la respuesta que él le dio a Luisa: *Lo pensaré*. La voz de Ignacio resonaba una y otra vez en su cabeza.

Se giró hacia un lado, mirando una foto que tenía de ella con Ana en la oscuridad. *¿Esto está bien?* pensó, mientras la tristeza fluía por su cuerpo y se desbordaba a través de sus ojos. Una lágrima fresca recorrió su sien y cayó sobre la almohada, dejando una pequeña mancha húmeda. Cuando salió de la oficina de Ignacio, vio a Luisa besándole la mejilla, y ambos parecían muy afectuosos. *¿O me equivoqué? Tal vez no vi nada y mi mente solo me está jugando malas pasadas...*

De repente, su mente se convirtió en un campo de batalla, una guerra entre sus sentimientos y sus dudas. Se sentía inquieta; no podía cerrar los ojos en absoluto. Alondra había entregado su virginidad a un hombre que estaba considerando volver con su exesposa. Se sentía estúpida y usada. Entonces, se sentó en la cama, encendió la lámpara de su mesita de noche y sacó su diario.

Empezó a escribir lo que sentía, sin contener nada.

Pero no podía detener las lágrimas que corrían por sus mejillas.

# Capítulo 14

Alondra pasó los días siguientes entre sus estudios e Ignacio. No había ni un solo momento en que no estuviera hablando con él o a su lado. A veces, el recuerdo de Luisa en su oficina aparecía en su mente, atormentándola por las noches con dudas infinitas, pero cada vez que veía a Ignacio, esos pensamientos tóxicos se desvanecían.

De repente, todo en el mundo cambió para ella: las canciones, los cuadernos, los términos médicos e incluso los mariscos adquirieron un nuevo significado. Ignacio siempre estaba presente en esos pensamientos. Sus visitas al complejo ya no se registraban, ya que Valeria se había convertido en una aliada de su romance furtivo. Un día, Valeria incluso le confesó a Alondra que le encantaba verla por allí, pues conocía a Ignacio desde hacía muchos años y era la primera vez que lo veía tan feliz.

Incluso Ana le había comentado a Alondra sobre el cambio en su padre, cómo a veces lo escuchaba cantar, algo que nunca había hecho antes, y cómo en ocasiones lo sorprendía bailando alrededor del refrigerador mientras se preparaba un sándwich. Ana le había dicho a Ignacio que quería lanzarse en paracaídas y, en lugar de oponerse, Ignacio decidió que quería hacerlo con ella. Ana estaba asombrada por el cambio en su padre, y Alondra se sentía encantada al pensar que tal vez ella era la razón detrás de todo eso.

Ese día, la biblioteca estaba particularmente silenciosa. Alondra estaba concentrada en su tarea, mientras Ana miraba por la ventana, pensativa.

—¿Crees que mi papá volverá con mi mamá? —preguntó de repente Ana, sin apartar la vista del exterior. Luego, giró sus ojos avellana hacia Alondra, quien levantó la mirada lentamente hacia su amiga—. ¿Tú crees que sea posible?

Alondra se sintió extraña. En una fracción de segundo, todo su ser entró en conflicto.

—Ehmm... —dijo, pensando por un momento. Luego, tomó la mano de Ana y la miró a los ojos, recordando los momentos que había pasado con Ignacio. Alondra se sintió como una traidora—. Todo es posible —respondió con una sonrisa incómoda.

—Sí, lo sé, pero... —Ana de repente pareció insegura—. Tienen una historia, y no es precisamente una buena.

Alondra permaneció en silencio, mirando a su amiga. Sintió cómo el ánimo de Ana cambiaba de inseguro a triste. Entonces, reflexionó sobre ello: Alondra no tenía idea de por qué Ignacio y Luisa ya no estaban juntos. No podía ignorar el hecho de que ellos compartían una historia y una hija de 20 años. Luego, se preguntó si ella, una estudiante de arte sin experiencia en la vida, sin empleo ni donde caerse muerta, podría competir con alguien como Luisa, una mujer adulta, increíblemente atractiva, que además había sido la esposa de Ignacio hacía siete años.

—¿Crees que mi papá está actuando así por ella? Sé que la vio hace unos días en su consultorio —dijo Ana, interrumpiendo los pensamientos de Alondra y añadiendo a su inseguridad creciente.

*¿Está Ignacio feliz por mí o por Luisa? ¿Le ha estado enviando mensajes a ella igual que a mí? ¿La ha visto desde entonces?* Un sinfín de preguntas inundaron la mente de Alondra mientras observaba los ojos avellana de Ana. *Donde hubo fuego, cenizas quedan*, pensó, recordando que ellos compartían una hija.

—Mamá dijo que tenía una sorpresa para mí. Me pregunto qué será —dijo Ana, con una sonrisa en los labios; su ánimo cambió de nuevo a uno más ligero—. Por cierto, ¿quieres almorzar en mi casa? Podemos pasar el rato antes de que vayas a tu cita médica.

—Claro, definitivamente —respondió Alondra con una sonrisa.

Ana no solía hablar mucho de su madre, pero últimamente siempre tenía algo que decir sobre ella. Eso despertó la curiosidad de Alondra: *después de todos estos años, ¿por qué Luisa estaba intentando volver?*



Alondra condujo hasta la entrada de la casa de Ana, deteniéndose frente a la pequeña fuente que tenían en el jardín. Ana cantaba a todo volumen junto a la radio. Cuando llegaron a la entrada, ambas notaron un reluciente Tesla rojo estacionado junto a la puerta principal.

—¿Tienes invitados hoy? —preguntó Alondra, algo curiosa.

—No que yo sepa —respondió Ana, tratando de pensar en quién de sus amigos podría tener un auto como ese—. Puedes estacionarte ahí —señaló Ana, indicando un lugar al otro lado de la fuente.

Alondra estacionó donde le dijo, ambas bajaron del auto y entraron a la casa. Ana abrió la puerta y Alondra la siguió.

—¡No puede ser! —exclamó Ana, sorprendida, mientras corría por la sala y se dirigía al patio. Alondra caminó hacia la sala, tratando de averiguar quién era la persona a la que Ana abrazaba con tanto entusiasmo.

Entonces, Ana se dio la vuelta y comenzó a regresar a la casa. Fue en ese momento cuando Alondra la vio: rubia, alta, bronceada y en forma. Era Luisa. Llevaba puesto un bikini negro que mostraba su cuerpo esculpido, un kimono sobre él, un gran sombrero y lentes de sol. Parecía una típica esposa millonaria.

Alondra estaba furiosa. ¿Qué diablos hace aquí?, pensó, intentando controlar su temperamento. En cuanto entraron, Luisa se quitó el sombrero y los lentes, arrojándolos sobre el sofá.

—Mamá, ella es mi mejor amiga, Alondra —dijo Ana con una enorme sonrisa, mirando primero a su madre y luego a Alondra.

—Hola —dijo Luisa, extendiendo la mano para estrechar la de Alondra. Sus dedos eran largos y huesudos, y su piel tenía un brillo dorado—. Soy Luisa.

Alondra logró esbozar una sonrisa falsa mientras le estrechaba la mano.

—Alondra —dijo—. Ana me ha hablado mucho de ti.

—Bueno, espero que hayan sido cosas buenas —respondió Luisa, esbozando una sonrisa a Ana.

—Muy buenas, te lo aseguro —contestó Alondra.

—Por favor, no me hables de usted, háblame de tú, me hace sentir como una vieja.

Luisa sonrió a Alondra, quien mantenía su sonrisa forzada, y luego miró a Ana.

—Alondra y yo vamos a almorzar, mamá. ¿Te gustaría acompañarnos? —preguntó Ana, emocionada. Luisa le sonrió ampliamente.

—Oh, cariño, claro que sí —respondió. Las dos se dirigieron a la cocina, y Alondra las siguió, claramente incómoda.

—Mmm, ¿por qué no tomamos el almuerzo en el patio, como en una fiesta de té? El sol está muy agradable afuera —sugirió Luisa.

—Gran idea, mamá —dijo Ana. Luisa se volvió hacia Alondra, notando su expresión de incomodidad.

—Oh, cariño, te hará bien, y a tu piel también —dijo Luisa—. Agarrarás un buen color, como yo.

Alondra soltó una risita nerviosa, sintiendo cómo la incomodidad se apoderaba de ella. Ana comenzó a servirle pasta a Alondra, con una rica salsa napolitana y vino rosado.

—Aquí tienes, Ali —dijo Ana, entregándole el plato. Luego se dirigió a su madre—: Por cierto, mamá, ¿ese Tesla de afuera es tuyo?

—Oh, sí, es mi nuevo auto —respondió Luisa con una sonrisa—. ¿Te gusta?

—Es súper elegante —contestó Ana con una sonrisa—. Se ve genial.

—Ay, cariño, ya sabes que me gustan las cosas buenas —dijo Luisa, mientras dirigía su mirada hacia Alondra, quien la observaba detenidamente—. ¿Vamos? —dijo señalando hacia el patio.

Salieron al patio y se sentaron en la mesa junto a la piscina.

—¿Cómo va la universidad? —preguntó Luisa mientras tomaba asiento.

—Bueno, más o menos —dijo Ana, tomando un sorbo de su vino—. Quien realmente lo está haciendo genial es Ali.

Alondra estaba concentrada en masticar su pasta, tratando de no involucrarse demasiado en la conversación, por miedo a decir algo fuera de lugar debido a su enojo. Forzó una pequeña sonrisa y siguió comiendo.

—Así que tú eres la chica inteligente de la que Ana me habla todo el tiempo —dijo Luisa, levantando su copa de vino.

—¿Recuerdas a Carlos Sánchez, el capitán del equipo de natación? —preguntó Ana mientras tomaba un bocado de pasta.

—Oh, sí, ese joven tan guapo de ojos verdes —respondió Luisa con una sonrisa. La verdad es que tenía un aura vibrante; en ese instante, Alondra comprendió por qué a Ignacio le había gustado en su momento, lo cual la irritó aún más.

—Bueno, Alondra está saliendo con él —dijo Ana entre risitas, lo que hizo que Alondra se atragantara con la pasta.

—Oh, cariño, ¿estás bien? —dijo Luisa, dándole unas palmadas en la espalda.

—Sí... sí, estoy bien —respondió Alondra, bebiendo un sorbo de vino.

—Me sorprende que estés saliendo con ese chico —dijo Luisa mientras se quitaba el kimono, exponiendo su escote al sol.

—¿Por qué te sorprende? —preguntó Alondra, notando un cierto tono desagradable en su voz.

—Bueno, ese chico es un partidazo y… digamos que tienes un atractivo diferente —explicó Luisa—. Es decir, mírate, piel pálida, cabello negro y rizado... La mayoría de las mujeres en el Valle está bronceada, y tú pareces no haber visto el sol en mucho tiempo.

Alondra entrecerró los ojos hacia ella.

—Ay, cariño, no me malinterpretes —continuó Luisa—, es solo que no pareces una chica

de Valle del Sol. ¿De dónde eres? —dijo, examinando a Alondra de pies a cabeza.

—De Las Colinas —respondió Alondra apretando los dientes.

—Vaya —dijo Luisa sorprendida—. No entiendo cómo la gente sobrevive en el campo —comentó mientras bebía de su copa—. Hiciste una excelente elección al venir aquí, a la civilización.

—Mamá… —interrumpió Ana, mirando a su madre con un leve reproche, sabiendo que los comentarios estaban de más.

Alondra miró a Ana, completamente indignada.

—Por cierto —interrumpió Ana—, dijiste que tenías una sorpresa para mí, ¿qué es?

—Oh, cariño, quería esperar hasta que estuviéramos todos juntos esta noche. Estoy planeando una cena especial para tu padre —dijo Luisa, luego se giró hacia Alondra—. Estás más que invitada si quieres venir.

Alondra forzó una sonrisa nuevamente mientras su boca seguía llena de pasta.

—La sorpresa, mamá, cuéntame, ¡quiero saber! —insistió Ana, con un puchero en los labios.

—Bueno, pero tienes que guardarlo en secreto, ¿sí?

—Lo haré, mamá, lo prometo —respondió Ana, sus ojos brillando de emoción.

—De acuerdo —dijo Luisa, haciendo una pausa dramática para aumentar la expectativa de ambas—. ¡Me voy a mudar de nuevo a la casa!

Alondra se atragantó con la comida, comenzó a toser fuertemente mientras Ana se levantaba para darle unas palmadas en la espalda.

—Tranquila, Ali —dijo Ana.

Una vez que Alondra se recuperó, Ana comenzó a celebrar y abrazar a su madre.

—Es una gran noticia —comentó Alondra mientras vaciaba su copa de vino de un solo trago.

—¿No es maravilloso, Ali? Mi familia volverá a estar junta bajo el mismo techo —celebró Ana. Alondra notó la emoción en su voz.

—Oh, mamá, eso me hace tan feliz.

*La única razón por la que Luisa regresaría sería porque Ignacio lo había aceptado*. La mente de Alondra se convirtió en una pesadilla viviente; vio su mundo desmoronarse mientras una sonrisa falsa aparecía en su rostro. Observaba cómo Luisa abrazaba a Ana y ambas sonreían.

Alondra sabía que tenía que averiguar si era cierto o no, necesitaba ver a Ignacio.

—Creo que debería irme —dijo de repente Alondra, levantándose de la mesa.

—¿Qué? ¿Por qué? —preguntó Ana, separándose de su madre.

—Mi cita con el médico, ¿recuerdas?

—Pero no es hasta las 5, apenas son las 2 de la tarde —Ana estaba confundida por el repentino cambio de actitud de Alondra.

—Bueno, ehmm, yo... —Alondra no encontraba ninguna excusa, su mente seguía procesando las noticias.

—Ah —dijo Ana, entrecerrando los ojos—. Definitivamente te estás acostando con ese doctor.

—¿Qué? —exclamó Alondra, sorprendida, porque en el fondo era verdad.

—Te estás acostando con el doctor Salas, el del nombre raro —dijo Ana con una sonrisa cómplice—. ¿Es por eso que vas tan seguido a esas citas?

—¡No! —respondió Alondra.

—¿Salas? Una vez conocí a un colega de Ignacio de apellido Salas, y era bastante sexy, ¿será el mismo? —preguntó Luisa, haciendo énfasis en la palabra "sexy". Alondra estaba indignada; esa mujer no tenía escrúpulos, y odiaba el hecho de que, aunque fuese una persona atractiva, también era manipuladora y una horrible persona.

—Es un misterio aún —dijo Ana mientras Alondra ponía los ojos en blanco—. Ve a tu cita médica, diviértete.

—Adiós, fue un placer conocerte, Luisa —dijo Alondra antes de salir.

—¡Ven más tarde para la cena! —gritó Luisa desde la distancia.

—¡Y no olvides usar protección! —escuchó que Ana le decía antes de que cerrara la puerta detrás de ella.

Alondra salió rápidamente de la casa y subió a su coche. Una vez dentro, con las puertas cerradas y completamente sola, gritó de rabia. Luego golpeó el volante varias veces.

—¡Mierda! —dijo cuando su mano empezó a dolerle—. ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! —gritó.

Encendió el motor y condujo hacia el complejo médico.

—Más te vale decirme que no es cierto, más te vale decir que ella no va a volver contigo, por favor —se decía a sí misma, aguantando las lágrimas que estaban a punto de desbordar de

sus ojos mientras manejaba tan rápido como podía. Al llegar al complejo, se apresuró hacia el ascensor, corrió por el pasillo y abrió la puerta del consultorio de Ignacio de golpe.

—¡Alondra! —exclamó Ignacio, levantándose de inmediato desde detrás del escritorio.

# Capítulo 15

Una anciana estaba sentada allí con él, y se giró para ver a la joven que acababa de llegar. Alondra se detuvo en el marco de la puerta, jadeando, y entonces se dio cuenta de que Ignacio estaba en medio de una consulta. Sintió una oleada de vergüenza, sus mejillas rápidamente se sonrojaron al darse cuenta de que había sido imprudente.

—Dios mío, lo siento mucho —dijo, sus ojos se movieron de Ignacio a la señora, y luego de vuelta a Ignacio. Comenzó a cerrar la puerta, pero Ignacio la detuvo. Rápidamente, se acercó antes de que la puerta se cerrara por completo.

—Alondra, espérame aquí —le dijo, acercándose a su rostro. Su aliento tuvo un efecto relajante sobre ella, haciéndole olvidar el motivo por el que había irrumpido de esa manera en su oficina, al menos por un instante—. Termino en un minuto.

Alondra asintió, mientras sentía, un impulso irresistible de besarlo. Entonces, esperó frente a la puerta, detallando cada letra impresa en ella y leyéndolas lentamente:

*Doctor Ignacio Martínez*
*Médico General*
*Alergólogo*

Alondra suspiró. Quizás todo esto era una mala idea, quizás debería darme por vencida con Ignacio. Su mente no dejaba de darle vueltas a las posibles respuestas sobre las noticias de Luisa. Se distrajo observando a las personas a su alrededor: Valeria parecía ocupada hablando con una anciana que no oía muy bien. La sala de espera estaba prácticamente vacía, salvo por un anciano que miraba por la ventana mientras sostenía un periódico.

Entonces, la puerta se abrió de nuevo, la anciana que estaba con Ignacio salió y caminó hacia el anciano. Alondra los observó; la forma en que la mujer tomó su brazo y le dio un beso en la mejilla la conmovió. Ese era el tipo de amor con el que ella soñaba tener.

—Ali —dijo Ignacio desde la puerta.

Alondra lo miró, y las cálidas sensaciones que tanto le gustaban regresaron, haciéndola

sentir viva de nuevo. Solo con mirar sus ojos color miel, se sentía reconfortada. Caminó hacia él y entró en su oficina. Ignacio la siguió y cerró la puerta , apoyándose en ella y mirando a la joven que tenía en frente.

Alondra lo miró directamente a los ojos, luego se acercó lentamente, levantó su mano y acarició su cintura, deslizando su mano hacia la parte superior de su trasero antes de cerrar con llave la puerta.

—¿Estás bien? —preguntó él, tratando de entender qué estaba sucediendo.

Ella no dijo nada, se quitó la camiseta de los Rolling Stones que llevaba puesta, se quitó los zapatos y los pateó lejos, desabrochó sus jeans, deslizándolos por sus caderas y dejándolos caer al suelo, luego se los quitó. Ignacio tragó saliva y ella lo notó. Tomó sus manos y las colocó alrededor de ellas, luego se paró de puntillas y le dio un suave beso en los labios.

—Ignacio — le susurró al oído—, déjame sentir que tu amor es mío, que tú eres mío, así como yo soy toda tuya.

Ignacio sintió su cuerpo cálido contra el suyo, elevando la temperatura en su centro. Su piel, sus ojos, su voz y él aroma de su cabello negro y enrulado, ella era todo lo que siempre había deseado. Presionó suavemente sus manos sobre su espalda, sintiendo su piel sedosa contra sus palmas. Él jadeó y se detuvo asombrado por la delicadeza
de su cuerpo.

—Ali —dijo—, soy todo tuyo desde el primer día que te conocí
.
Su corazón latía con fuerza mientras una cálida sonrisa aparecía en su rostro. Él la miró fijamente, sabía que cada vez que miraba sus hermosos ojos marrones, se perdía en ellos. La acercó y se inclinó para besarla fuerte y apasionadamente. Alondra se derritió en sus labios, su cuerpo la sostuvo y abrazó cada poro que la hizo jadear de deseo. Ignacio besó su cuello mientras la levantaba, Alondra inmediatamente envolvió sus brazos y piernas alrededor de él mientras la llevaba a la camilla.

Lentamente, le quitó la camisa mientras él acariciaba sus muslos, llegando a sus nalgas y apretándolas. Su boca se clavó en su cuello, dejando besos a lo largo de su clavícula. Luego Alondra se deshizo de su bata blanca, e Ignacio movió sus hombros para dejar que la bata cayera de sus brazos. Olió cada centímetro de ella, el olor a jazmín combinado con su aroma natural lo hizo gemir de éxtasis.

—Soy todo tuyo, completamente tuyo —le dijo al oído mientras sus manos recorrían su espalda desnuda, acariciándola y tatuando su caricia en su piel. Luego Alondra le sonrió, lo besó de nuevo y hundió la lengua en su boca.

Sus lenguas lucharon mientras él le desabrochaba el sujetador, liberando sus pechos. Su mano se deslizó desde sus muslos hasta ellos, sosteniéndolos y apretándolos suavemente. La besó, luego se movió hacia abajo, provocándola con sus labios, recorriendo su cuerpo hasta sus pezones. Los dedos de Alondra se hundieron en su cabello negro, jugando con sus mechones y respirando profundamente.

—Ignacio —dijo con lujuria—, déjame hacerte mío.

Ignacio le quitó lentamente las bragas, deslizándolas por sus piernas. No podía esperar a estar dentro de ella, se sentía desesperado por sentirla sobre él, moviéndose lentamente sobre él. Se quitó los pantalones, liberando su palpitante sexo. Pero entonces Alondra se levantó de la cama y lo empujó a la silla. Cayó sobre ella mientras ella se ponía de rodillas.

Alondra lo miró, tomando su miembro con el puño y acariciándola arriba y abajo.

—Eres tan hermosa —dijo él acariciando su cabello mientras ella le sonreía. Luego, lentamente, envolvió sus labios alrededor de la cabeza, lamiéndola y humedeciéndola. Lentamente, se abrió camino alrededor de su pene, mientras sus manos acariciaban su pecho y sus testículos.

—Mmm sí —gruñó mientras agarraba su cabello. Sintió una increíble necesidad de tocarla, de sentirla por todo su cuerpo.

Ella chupó su cabeza, su grosor, sus testículos, y jugó con sus labios al rededor de él, provocándolo y empujándolo hacia su orgasmo. La respiración de Ignacio se volvió pesada y profunda, la energía agrupada en la punta de su pene lo hizo sudar, no quería correrse todavía, no sin tener a Alondra primero.

Intentó levantarla, pero ella no se movió, su boca todavía se movía alrededor de su pene.

—Oh, mierda Alondra, no creo que pueda aguantar más —gimió, apretando sus ojos y cubriéndolos con sus manos. Alondra siguió moviéndose, moviendo su cabeza hacia arriba y hacia abajo en toda su longitud, moviéndola a lo largo de sus manos. Más allá del punto sin retorno, el cuerpo de Ignacio comenzó a temblar

—Me voy a correr —gimió, tratando de salir de su boca, pero ella lo hizo quedarse quieto.

—Lo quiero en mi boca —jadeó, colocando su pene nuevamente entre sus labios. Ella se movió hacia su base y hacia su punta una vez, dos veces, mientras él liberaba su carga dentro de su dulce boca.

—Oh, mierda, Alondra —gimió mientras sus rodillas comenzaban a sentirse débiles. Su cuerpo temblaba mientras ella sorbía cada gota de él, saboreando su néctar salado.

Entonces ella lo miró a los ojos, haciendo rodar la lengua y dejando que su semen se deslizara por su garganta. Se limpió la comisura de la boca con la punta de su dedo. Verla complacida con el resultado, lo mantuvo excitado. La mano de Alondra se deslizó por su vientre, alcanzando su punto dulce y húmedo. Ignacio se sintió demasiado débil para moverse, trató de acercarla a él, pero ella se quedó quieta, pasando la punta de su dedo por su hendidura.

—Ignacio, quiero hacerte sentir genial, quiero hacerte el amor —dijo, su feminidad estaba empapada, Ignacio notó que la parte interna de sus muslos estaba humedecida. La vista de ese detalle hizo que su miembro palpitara, poniéndose dura como una roca otra vez.

Entonces Alondra se sentó a horcajadas sobre él, él sostuvo sus nalgas mientras ella se apoyaba agarrando el respaldo de la silla. Ella movió sus caderas contra su pene, provocándolo con su húmeda hendidura.

—Ignacio… —dijo con lujuria —quiero tenerte todo el tiempo.

Sus ojos se conectaron de nuevo, Alondra se perdió en su mirada color miel mientras se movía a lo largo su longitud. Luego, la punta de su pene se alineó con su entrada cuando ella se movió hacia adelante. Al mover sus caderas hacia atrás, su pene se hundió lentamente dentro de su apretado sexo, haciéndolos jadear de placer. Su boca se abrió en un gemido silencioso, mientras él se movía lentamente dentro de ella, agarrando sus nalgas.

Entonces Alondra se movió sobre él, balanceándose sobre su entrepierna, tomándolo tan profundo como pudo y sintiendo cómo él chocaba contra el fondo de su canal. Sus ojos se abrieron de par en par cuando lo sintió tan profundo, fue una sensación nueva para ella y la empujó varios pasos hacia su propio orgasmo. Ignacio sintió que su miembro empujaba contra las paredes de ella, lo que lo hizo empujar más adentro, la lujuria se apoderó de él.

Alondra gimió cuando sintió que sus caderas se elevaban como un pistón. Él agarró sus caderas y la movió de un lado a otro sobre su entrepierna, haciéndola gemir en voz alta de placer. La sensación fue extrema, Alondra sintió que su cuerpo se rendía a él, hundió sus uñas en sus hombros, sujetándolo mientras movía sus caderas sobre él.

El ligero dolor que sus uñas causaban, combinado con el movimiento resbaladizo y el placer que le provocaba, empujaron a Ignacio al borde de su clímax. La escuchó respirar intensamente en sus oídos, sus gemidos le hicieron saber que estaba más allá del placer. Alondra apretó sus ojos mientras gimió su nombre. Estar desnuda con él y sentirlo dentro de ella era una experiencia fuera de este mundo. Su cuerpo comenzó a derretirse en un volcán de placer a punto de explotar.

—¡Sí! —gimió en voz alta mientras él seguía empujando su pene profundamente y meciendo sus caderas contra él. Entonces ella no pudo soportarlo más, agarró sus manos, aliviando el agarre que él tenía sobre ella y comenzó a moverse hacia arriba y hacia abajo sobre él, llevándolo profundamente con cada sentada.

—Sí —gruñó Ignacio, sus ojos eran fuego en ese momento—, sigue moviéndote así. Alondra nunca dejó de moverse a pesar del ardor que sentía en sus muslos por el esfuerzo.

—Mmm, sí —gimió mientras ella aceleraba sus movimientos. Entonces, antes de que se diera cuenta, su cuerpo explotó en miles de millones de rayos de energía que recorrieron su piel. Alondra expresó la intensidad de su orgasmo con su nombre en sus gemidos.

Verla en la cima del placer empujó a Ignacio directamente a su propio clímax. La envolvió con sus brazos y hundió su rostro en su pecho, gruñendo y gimiendo su nombre mientras se liberaba. El cuerpo de Alondra tembló entre sus brazos y luego se relajó, cayendo sobre su hombro. Ignacio todavía la sostenía fuertemente, pero cuando su orgasmo se agotó, su agarre se suavizó. Se reclinó en la silla, exhausto y sosteniendo a Alondra en sus brazos, abrazándola. Tan pronto como se recuperaron, se besaron, dejándose envolver por el ardiente y creciente sentimiento que sentían el uno por el otro. Sus miradas se encontraron nuevamente en una larga

y significativa mirada. Entonces ella sonrió, sonrojándose y él se rio, acariciando su hombro.

—Estamos locos —dijo ella con una tierna sonrisa.

—Muy locos —respondió él, acariciando su cabeza mientras ella descansaba en su hombro. Todavía estaban conectados de la manera más íntima—. Pero me gusta estar loco contigo, si esto significa que voy directamente al infierno, que así sea, porque no te dejaré ir.

—Ignacio… —dijo Alondra mientras lo miraba a los cálidos ojos. Luego lo besó apasionadamente—. Yo tampoco te dejaré ir.

Se quedaron mirándose el uno al otro, explorándose suavemente con las yemas de los dedos.

—Parecías enojada cuando abriste la puerta —comentó Ignacio.

—Lo estaba —respondió, haciendo una larga pausa. Ignacio la miró, todavía descansaba en su hombro y acariciaba su pecho con la yema del dedo—. Ana me invitó a almorzar en tu casa, y… Luisa estaba allí.

—¿Qué? —preguntó sorprendido.

—Sí, ella estaba allí —Alondra de repente se puso triste. Entonces ella levantó la cabeza para mirarlo directamente a los ojos—. ¿Puedes ser honesto conmigo? —preguntó, con la voz un poco quebrada mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Sí, por supuesto, siempre… —respondió—, ¿qué sucede? —le preguntó suavemente, acariciando su cabello.

Alondra tragó saliva, sintió que su corazón estaba a punto de estallar mientras luchaba contra la necesidad de llorar.

—¿Vas a volver con Luisa? —preguntó. Ignacio frunció el ceño ante su pregunta—. Dijo que volvería a vivir en la casa.

Ignacio abrió mucho los ojos, se inclinó hacia atrás para mirar a Alondra mientras procesaba lo que acababa de decir. Luego negó con la cabeza, sintiéndose indignado y sorprendido al mismo tiempo.

—¿Qué diablos…? ¡¿Ella qué?!

# Capítulo 16

Ignacio urgió a Alondra a levantarse; sentía la necesidad de vestirse rápidamente y averiguar qué estaba ocurriendo en su casa.

—Increíble —dijo mientras Alondra lo miraba, algo nerviosa—. Ella puede ser un verdadero dolor de cabeza la mayor parte del tiempo.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Alondra cuando lo vio subirse los pantalones.

—Necesito enfrentarla y decirle que se largue de mi casa.

Sus mandíbulas estaban apretadas, y Alondra lo notó.

—¡No! —dijo ella, intentando detenerlo—. No puedes decirle nada aún, las únicas dos personas que saben esto somos Ana y yo. Si dices algo, empezarán a hacer preguntas, tienes que esperar antes de decirle algo.

Ignacio lo pensó por un momento.

—Supongo que tienes razón —dijo finalmente, sentándose junto a Alondra.

Permanecieron en silencio por un rato. Alondra se inclinó hacia adelante para recoger su ropa interior. Su humor se tornó triste, e Ignacio lo percibió.

—Ali —dijo él, llamando su atención—, no tenía idea de esto, ella no me ha dicho nada aún, ¿cómo iba a saberlo?

—Todavía no has respondido a mi pregunta.

Alondra se levantó para ponerse las bragas, y luego comenzó a colocarse el sostén.

—No —respondió Ignacio—. No vamos a volver, nunca.

—¿Estás seguro de eso? —le preguntó, evitando su mirada. Ignacio la observó, dándose

cuenta de que algo no estaba bien.

—¿Qué estás tratando de decir? —preguntó, colocándole las manos en los hombros.

—Bueno, es la madre de Ana y... ustedes estuvieron casados antes.

Alondra lo miró a los ojos. Le gustaba cómo la luz hacía que sus ojos se vieran más brillantes, pero en ese momento parecían más oscuros.

—Alondra, escúchame —le dijo Ignacio, mirándola fijamente a los ojos—. Tú eres la única que quiero, no hay nadie más, te lo prometo.

—Está bien —respondió ella en voz baja—. Lo siento.

—No tienes que disculparte —dijo él, dándole un suave beso en los labios—. Entiendo cómo te sientes y te prometo que nunca te lastimaré.

Alondra lo abrazó con fuerza. Él le dio un beso tierno en la frente antes de dejarla ir. Ella recogió su ropa y comenzó a vestirse.

—Luisa planeó una cena para ti, y me pidió que fuera, pero no sé si...

—Ven a cenar, Ali. Un minuto más contigo es un minuto más de paz, y voy a necesitarlo.

Ignacio se sentó, poniéndose los zapatos.

—¿No será incómodo?

—Estaremos bien —dijo él con una sonrisa.



Tan pronto como Ignacio condujo hacia la entrada de la casa, notó el Tesla rojo estacionado frente a la puerta.

—¡Auto nuevo! Me pregunto de dónde sacó el dinero —se dijo a sí mismo mientras se dirigía al garaje.

Entró a la casa; todo estaba apagado, no había ni una sola luz encendida.

—Maldita sea —gruñó cuando tropezó con una pared, buscando el interruptor de la luz. Cuando finalmente las encendió, notó un gran sombrero en el sofá. Sabía que no era de Ana.

—Así que es cierto —murmuró mientras caminaba hacia la cocina—. ¡Ana! —llamó, pero no hubo respuesta. Las luces también estaban apagadas, aunque el agradable aroma que venía de la cocina le resultaba familiar.

—¡Ana! —gritó nuevamente, pero no obtuvo respuesta.

Buscó el interruptor en la oscuridad y lo presionó para encender las luces.

—¡Sorpresa! —escuchó mientras sus ojos se ajustaban a la nueva iluminación.

—¿Qué es esto? —preguntó cuando vio a Ana frente a la mesa, y a Luisa junto a ella. Claramente, no estaba tan contento como ellas.

Luisa llevaba un vestido rojo ceñido a su cuerpo que le quedaba como un guante, con los labios pintados de rojo y el cabello rubio suelto. *Maldita sea*, pensó cuando se dio cuenta de lo atractiva que se veía su exesposa. Apretó la mandíbula cuando ella se acercó para darle un beso en la comisura de los labios.

Ignacio se sintió incómodo de inmediato. Luisa estaba siendo demasiado atrevida para la situación, y ya era la segunda vez que trataba de besarlo.

—No vuelvas a hacer eso —le dijo en voz baja, luego miró a Ana—. ¡Hola, cariño! Te extrañé —dijo mientras caminaba hacia ella.

—Yo también te extrañé —Ana lo abrazó de inmediato—. Ahora, cierra los ojos.

Ignacio obedeció y Ana cubrió sus ojos con la mano, guiándolo hacia la mesa y luego retiró su mano.

—¡Voila! Mira lo que hemos estado haciendo todo el día.

Ignacio abrió los ojos y su mandíbula cayó. La mesa estaba perfectamente puesta, con velas, servilletas y cubiertos finos, cada detalle era impecable, justo como Luisa solía hacerlo cuando estaban casados. Sabía perfectamente bien que Ana no era tan detallista como su madre.

—Wow —dijo dando un paso adelante—. Esto se ve increíble.

Se giró para mirarlas a ambas, pero Luisa estaba inclinada sobre el horno, sacando algo. Su trasero perfectamente redondeado formaba una figura de corazón dentro del ajustado vestido rojo. Ignacio apartó la mirada de inmediato, intentando borrar esa imagen de su mente.

Ana llevó un gran tazón lleno de ensalada y lo colocó sobre la mesa.

—¿Cuál es el motivo de todo esto? —preguntó Ignacio.

Ana miró a su madre, que sostenía una cazuela tapada con guantes térmicos. Cerró el horno con el pie y caminó hacia ellos, colocando la cazuela en la mesa y quitándose los guantes.

—Bueno —dijo Luisa, mirando a Ignacio directamente a los ojos. Sus ojos oscuros brillaban mientras sus labios rojos esbozaban una sonrisa. Lo rodeó con su brazo, acercándolo a su cuerpo. Ignacio comenzó a sentirse incómodo con la proximidad de su rostro—. Tú eres el motivo. Quería hacer algo especial para ti y para nuestra hija, así que... ¡ta-da!

—No tenías que molestarte —dijo Ignacio, pero entonces ella se inclinó hacia él, a centímetros de sus labios.

—Para mí es un placer —respondió ella.

—Mmm mmm —se escuchó alguien aclarándose la garganta detrás de ellos. Ambos se giraron para ver a Alondra, que estaba parada allí, con un vestido lleno de estrellas y el cabello recogido en un moño. Se veía adorable. Sus intensos ojos marrones estaban fijos en Luisa, luego en Ignacio, y de vuelta en Luisa.

—Lo siento, la puerta estaba abierta y...

—¡Ali! —gritó Ana emocionada, aplaudiendo y corriendo hacia su amiga para abrazarla.

—Ah… viniste —dijo Luisa con una sonrisa irónica.

—Traje vino, pensé que lo necesitaríamos —dijo Alondra, mostrando la botella.

Luisa caminó hacia ella, fijando su mirada en la botella, luego la tomó entre sus manos huesudas.

—Chardonnay —leyó lentamente.

Ignacio no podía apartar la vista de Alondra, y ella no dejaba de mirar a Luisa.

Luisa hizo un gesto de desagrado con la boca.

—No tenías que molestarte, tenemos un Cabernet Sauvignon, directo del viñedo.

Ignacio dio un paso adelante, tomando la botella de manos de Alondra.

—Gracias, Alondra, eres muy amable. Beberé tu vino con mucho gusto —dijo, luego miró a Luisa con una expresión de hierro, dejándole claro que estaba molesto.

Luego, Ana tomó la mano de Alondra.

—Vamos, siéntate —dijo, guiándola hacia la mesa y mostrándole dónde iba a sentarse. Alondra pensó que Ana se sentaría a su lado, pero en lugar de eso, Ana se sentó diagonalmente, dejando a Alondra junto al asiento de cabecera.

Ignacio comenzó a abrir la botella de vino mientras Luisa se sentaba frente a Alondra, estudiando su cabello negro, sus brillantes ojos marrones y su piel pálida. Alondra se sintió incómoda bajo su escrutinio, no sabía hacia dónde mirar.

—Gracias por la invitación —dijo Alondra.

—Claro, no hay problema —respondió Luisa, abriendo su Cabernet mientras Ignacio servía el Chardonnay.

Alondra le sonrió, e Ignacio le devolvió la sonrisa con un brillo en los ojos que no pasó desapercibido para Luisa.

—¿Viste a Carlos hoy? —preguntó Ana a Alondra.

—No, solo hablamos un poco en el pasillo y ya.

Alondra sirvió ensalada en su plato mientras Luisa destapaba la cazuela, revelando el plato principal de la noche. Ignacio tomó el único asiento disponible: entre Luisa y Alondra, justo en la cabecera.

Luisa sonrió al descubrir el delicioso aroma del pastel de carne, inundando el ambiente.

—Pastel de carne, tu favorito —dijo Luisa, cortando una rebanada y colocándola en el plato de Ignacio.

Él le sonrió, más por cortesía que por otra cosa.

—Nunca olvidé cuánto te gusta mi pastel de carne, y ya sabes lo que dicen: el camino al corazón de un hombre es a través de su estómago.

De repente, Luisa tomó el mentón de Ignacio y le dio un beso en la mitad de los labios.

Alondra apretó la mandíbula y desvió la mirada, intentando controlar el impulso de irse de inmediato. Ignacio se sintió extremadamente incómodo, y eso se notaba en la tensión de su expresión.

Ana aplaudió con entusiasmo.

—Oh… estoy tan feliz de que estemos juntos otra vez.

Alondra levantó la vista para mirar a Ana, que brillaba en su asiento de la emoción. Luego miró a Ignacio y a Luisa. Luisa tenía una mano sobre el hombro de Ignacio mientras ambos sonreían a Ana. Toda la escena hizo que Alondra sintiera que no pertenecía allí, que estaba metida en algo en lo que no debía. Su corazón se oscureció al darse cuenta de que nunca sería como Luisa.

Luisa era la mujer de su vida, y siempre estaría presente porque es la madre de Ana. Entonces, Alondra pensó que tal vez Ignacio aún sentía algo por ella, que todavía se enfadaba por todo lo relacionado con ella por los sentimientos que aún sentía y no se atrevía a admitir. Quizá no había superado su divorcio, ni siquiera después de siete años.

Entonces, Luisa notó la mirada de Alondra y le lanzó una sonrisa cómplice. Luego, procedió a servirle una porción de pastel de carne.

—Alondra, ¿cómo te fue hoy con el doctor? —preguntó de repente Ana.

Ignacio estaba tomando un sorbo de vino y se atragantó al escuchar la pregunta de su hija. La servilleta se le cayó al suelo mientras intentaba alcanzarla para cubrirse la boca. Al instante, Alondra le dio unas palmaditas en la espalda, mientras que Luisa, en su mente, comenzaba a atar cabos. La forma en la que Alondra tocaba a Ignacio era demasiado familiar. Su boca se abrió

lentamente al darse cuenta de que algo más estaba ocurriendo en esa reunión.

—Ehm... bien —respondió Alondra, mirando su plato. Ignacio le acarició ligeramente el muslo mientras recogía la servilleta del suelo, lejos de la vista de todos. Alondra se sonrojó al instante—. Me fue bien.

—Apuesto a que sí —dijo Luisa, inclinando la cabeza y apretando los labios, mirando directamente a Alondra mientras le servía una porción a Ana—. Dime algo, Alondra, ¿dónde queda el consultorio de ese doctor? —preguntó Luisa. Ignacio se enderezó cuando escuchó la pregunta. Sus ojos se abrieron de par en par y su corazón comenzó a latir rápido.

Alondra se puso extremadamente nerviosa y trató de disimularlo bebiendo de su copa de vino.

—Luisa, eso es algo privado, tal vez Alondra no quiera compartirlo —dijo Ignacio, agarrando la mano de Luisa y empujándola suavemente para que se sentara. Intentaba salvar a Alondra de la incómoda pregunta.

—No, me gustaría saberlo. Estoy empezando a sentir una picazón en la espalda, y tal vez debería ir a ver a su alergólogo también, a menos que tú me quieras atender —mintió, esbozando una sonrisa maliciosa a Ignacio y obligando a Alondra a dar una respuesta. Pero entonces, Alondra notó algo, tomó su copa y decidió tomar el control de la situación.

—Nunca dije que fuera un alergólogo —dijo, dando un sorbo a su copa.

—¿Oh, en serio? —respondió Luisa con una sonrisa que hizo fruncir el ceño a Alondra.

—¡Bueno, buen provecho! —dijo Ana de repente, aliviando la tensión en el ambiente.

Durante la cena, Luisa jugaba todas sus cartas: si Ignacio ponía su mano sobre la mesa, ella la acariciaba con las yemas de sus dedos; si él decía algo, ella lo provocaba, inclinándose hacia él; incluso le acariciaba las pantorrillas con los pies. Alondra se dio cuenta cuando accidentalmente dejó caer su servilleta y se agachó para recogerla: vio a Luisa acariciando las piernas de Ignacio con los pies desnudos y deslizando su mano por su muslo. Lo peor era que Ignacio no estaba haciendo nada para detenerla.

En un momento, mientras terminaban la ensalada y tomaban otra porción de pastel de carne, Luisa interrumpió el incómodo silencio que Ana intentaba romper constantemente.

—Tengo otra sorpresa —anunció Luisa, sonriendo ampliamente.

Todos la miraron.

—¡Mamá va a mudarse de nuevo a la casa! —gritó Ana emocionada, abrazando a su madre y aplaudiendo con entusiasmo.

Alondra miró a Luisa y luego a Ignacio, esperando que él dijera algo.

—Pero teníamos un acuerdo —dijo Ignacio de repente—. Tú te quedarías fuera de la casa con ese idiota, y yo me quedaría aquí con Ana.

—Ese idiota tiene un nombre, y es Jordan —replicó Luisa, sonriendo—. Además, puedo volver cuando quiera. Esta propiedad sigue a mi nombre, al menos hasta que Ana decida cambiar la propiedad a su nombre.

Ignacio se inclinó hacia adelante, con el rostro endurecido.

—Teníamos un acuerdo —repitió.

Entonces, Luisa se inclinó nuevamente, muy cerca de su rostro, sonriendo.

—Bueno, ya no estoy de acuerdo, y no estoy pidiendo tu permiso, solo te lo estoy informando.

Alondra clavó la vista en su plato casi vacío. Admiraba la capacidad de Ana para no sentir la tensión en el aire y estar tan emocionada y feliz como siempre. Ignacio bebió toda su copa de vino de un solo trago y luego se sirvió más.

A medida que avanzaba la noche, el corazón de Alondra se rompía lentamente. Su pequeño mundo se desmoronaba al darse cuenta de que Ignacio no hacía mucho para detener a Luisa. Se sentía indignada, traicionada no solo por él, sino también por sí misma. No podía entender en qué momento permitió que Ignacio entrara tan profundamente en su corazón, permitiéndole lastimarla de esa manera.

*¿Es esta la razón por la que me insistió en que viniera? ¿Para burlarse de mí? ¿Para mostrarme que solo soy una niña tonta con la que se acuesta de vez en cuando?* Después de que todos terminaron, Ignacio estaba un poco ebrio por todo el vino que había bebido solo para sobrevivir a la noche. Dejó de sentirse incómodo, cediendo ante las insinuaciones de Luisa, lo que hizo que Alondra sintiera ganas de vomitar. No se daba cuenta de lo mal que estaba yendo todo.

De repente, Ignacio se levantó, tomando la cazuela vacía en sus manos. Al intentar salir de la mesa, tropezó un poco.

—Cuidado, papá —dijo Ana, levantándose para ayudarlo a llevar los platos al fregadero—. Déjame ayudarte con esto.

Alondra y Luisa permanecieron sentadas en la mesa. Luisa no podía apartar sus ojos maliciosos de Alondra.

—¿No es lo máximo Ignacio? —le preguntó Luisa.

—Sí, lo es —respondió Alondra suspirando. Tomó la botella de vino casi vacía y sirvió las últimas gotas en su copa. Luisa tomó su costoso Cabernet y se sirvió otra ronda. Luego se inclinó hacia Alondra.

—No puedes engañarme —le susurró Luisa. Alondra la miró de inmediato, paralizada—. No juegues a ser inocente conmigo, Alondra. Sé lo que estás haciendo con mi hombre. Te vi corriendo a su oficina ese día.

—¿Qué? —preguntó Alondra, sorprendida.

—Sabía que ese cabello negro tuyo me era familiar —dijo Luisa, recostándose en su silla y bebiendo su costoso vino—. Y luego tu nombre, sabía que lo había leído en alguna parte —continuó con una sonrisa victoriosa—. Alondra Blanco, 22 años, alérgica al moho.

Alondra tragó saliva, y el sonido fue evidente. En el fregadero, Ana reía junto a su padre, jugando con el agua.

—Tu expediente estaba sobre el escritorio de Ignacio cuando estuve allí —explicó Luisa.

Entonces, se levantó y colocó ambas manos sobre la mesa, inclinándose sobre Alondra e imponiéndose.

—Eres una perra astuta. Primero fingiendo ser amiga de mi hija, y luego acostándote con mi esposo.

—Querrás decir 'exesposo' —respondió Alondra con una sonrisa sarcástica, aunque por dentro se sentía derrotada.

Luisa le devolvió la sonrisa, luego se enderezó y comenzó a pavonearse hacia Ignacio, que estaba secando un plato. Ana la miraba, sin saber qué estaba ocurriendo. Ignacio observaba las largas piernas de Luisa, que lo hipnotizaban por un momento. El alcohol en su sistema le impedía reaccionar. Se quedó congelado en su lugar cuando ella lo alcanzó, envolvió su brazo alrededor de su cintura y lo atrajo hacia ella. Le entregó el plato a Ana, que lo dejó en la encimera y retrocedió hacia la mesa.

Entonces, Luisa tomó el mentón de Ignacio y lo besó sensualmente.

Ignacio cerró los ojos, frunciendo el ceño mientras se sentía nuevamente incómodo. El corazón de Alondra comenzó a acelerarse, y Ana estaba confundida.

—Creo que debería irme —dijo Alondra cuando Luisa se alejó de la boca de Ignacio, dejando un rastro de lápiz labial rojo en sus labios.

—¡No! Aún no —dijo Ana—. Ven conmigo al patio.

Ana tomó la mano de Alondra, y ella se levantó. Lanzó una mirada a Luisa e Ignacio. Luisa le devolvía la mirada con una sonrisa, mientras Ignacio parecía confundido por todo lo que estaba sucediendo.

Alondra fingió ignorarlos y siguió a Ana hacia el patio. Se sentaron en la oscuridad, mirando hacia la casa.

—¿No crees que es genial que vuelvan a estar juntos? —preguntó Ana con entusiasmo.

—Sí —dijo Alondra, controlándose para no llorar—. Creo que es increíble.

Alondra pudo ver lo que estaba ocurriendo en la cocina. Ignacio se había sentado y hablaba con Luisa, pero no podía escuchar lo que decían.

—¿Cómo te fue con tu ensayo? —preguntó Alondra a Ana, tratando de distraerse de la escena.

—Bueno, ya sabes que la profesora González puede ser un verdadero dolor cuando califica a sus alumnos —respondió Ana, pero de repente Alondra dejó de escucharla. Luisa había tirado de la silla de Ignacio y se inclinaba sobre él, muy cerca de su rostro. Ignacio seguía sin hacer nada para detenerla.

—Ana, lo siento —dijo Alondra, colocándose una mano en la frente—. No me siento bien y creo que debería irme.

—Alondra, sabes que puedes quedarte. No quiero que conduzcas así —Ana parecía preocupada por su amiga y le tomó la mano para apoyarla.

—Está bien —respondió Alondra, levantándose—. Puedo regresar a mi residencia.

Alondra comenzó a caminar hacia la sala, pero entonces lo vio: Luisa se subió a horcajadas sobre Ignacio y comenzó a besarlo. Ignacio no se movió en absoluto.

Alondra corrió hacia el exterior, tratando de borrar la imagen de ellos besándose.

Subió rápidamente a su coche y, una vez que cerró las puertas, rompió en llanto. Mientras las lágrimas corrían por su rostro, encendió el motor y se marchó de allí. Alondra sentía que nunca más quería volver. Amaba a Ana, y aunque odiaba a Ignacio en ese momento, sabía que también lo amaba.

—Esto es lo correcto —se dijo a sí misma—. Después de todo, ella fue su esposa, y sé que algo ocurre entre ellos. Ahora lo sé.

Su mente se convirtió en un campo de batalla mientras conducía a la residencia. Las lágrimas brotaban de sus ojos marrones como cascadas; su corazón estaba roto de la peor manera posible. Al entrar a su dormitorio, Alondra se echó en la cama, tocando fondo, acostada allí, sola en la oscuridad de su propio dolor.

Rápidamente, tomó su teléfono, buscó entre sus contactos y, antes de presionar el nombre, vaciló.

—¿Debería? —dijo, pero la Alondra furiosa dentro de ella, la que se sentía usada, que se había convertido en una broma, gritó en su mente.

—Al diablo con Ignacio —se dijo—. Puedes tener algo mucho mejor.

Entonces, presionó el nombre y luego el botón de llamada. Empezó a sonar, y Alondra acercó el teléfono a su oído, limpiando sus lágrimas con furia. Luego, tomó una respiración profunda.

—¿Alondra? Pensé que nunca... —escuchó una voz masculina al otro lado de la línea.

—¿Puedo verte esta noche, y adelantamos nuestra cita? —preguntó de inmediato.

—Ehm —él se quedó en silencio por un momento—. Sí, claro, ¿por qué no?

—¡Genial! Te veré en el boulevard en una hora —dijo, sintiéndose más ligera, sabiendo que él sería una gran distracción. No más mentiras, no más esconderse, no más tonterías—. Gracias, Carlos.

# Capítulo 17

Ignacio le había mandado mensajes a Alondra por trigésima vez ese día, pero no había respuesta. Había pasado una semana desde la incómoda cena, y no la había visto desde entonces, ni siquiera había tenido noticias de ella. Quería explicarse, decirle que no tenía nada que ver con Luisa, que no podía echarla de la casa, pero que estaba manteniendo las cosas separadas, incluso considerando mudarse él mismo.

Había intentado contactarla, pero ella no contestaba sus llamadas. Allí, sentado en su oficina, rodeado de papeles, investigaciones y el historial clínico de sus pacientes, sentía que estaba perdiendo la cabeza. *¿Por qué no quiere hablar conmigo? ¿Por qué no me deja explicarle?*

Pasaba los días preguntándose qué estaba haciendo, si estaba bien, si le iba bien en la universidad, si era feliz a pesar de todo. Cada vez que parpadeaba, veía sus ojos, su piel, su cabello, todo le recordaba a ella: su aroma, su voz, su sonrisa. *Esto me está volviendo loco.*

Se levantó, salió de su oficina y buscó a Valeria. La encontró hablando con uno de sus pacientes. Valeria lo vio a lo lejos.

—Val, necesito que contactes a la señorita Blanco, por favor.

—Ignacio, me pediste eso hace cinco minutos y ella no responde mis llamadas —Valeria notó la preocupación en su rostro.

—Por favor, inténtalo de nuevo, ¡por favor! —dijo desesperado.

Valeria tomó el teléfono y marcó el número de Alondra, pero tras varios minutos, nada ocurrió. Cerró los ojos, decepcionada.

—¿Estás segura de que es el número correcto? —preguntó Ignacio, revisando su agenda.

—Sí, lo es —Valeria dejó el teléfono sobre el escritorio, pero Ignacio lo tomó.

—Lo intentaré yo mismo —marcó su número y nada pasó. Se enfureció y golpeó el teléfono

contra el escritorio. Todos lo miraron horrorizados. Valeria intentó calmarlo, pero él le gritó:

—¡No me toques!

Su respiración se volvió profunda y rápida. Sabía que había cometido un error.

—Lo siento —dijo avergonzado por su comportamiento. Valeria lo miró; no necesitaba conocer toda la historia para darse cuenta de que estaba herido.

—Ignacio, ¿por qué no te vas a casa y pasas tiempo con Ana? Intenta dormir un poco —dijo, llevándolo a otro lugar, lejos de las miradas curiosas y críticas—. Te hará bien, lo sé.

—Val, no responde mis llamadas ni mis mensajes, no sé nada de ella y no quiero preguntarle a Ana, porque Luisa está allí y...

—Ignacio, vas a estar bien, solo ve a casa, y si no puedes soportar a Luisa, lleva a Ana a tomar un helado, pero —dijo mirándolo fijamente— has estado sobrecargado de trabajo y no estás bien. Necesitas un descanso. Ve, yo me encargo de reagendar a los pacientes.

Ignacio suspiró, sabía que tenía razón. Cedió en su intento de quedarse y seguir trabajando. Volvió a su oficina, colgó la bata en la silla, recogió su maletín y se fue.

En el camino a casa, comenzó a dolerle la cabeza. No tenía apetito y le costaba concentrarse en sus tareas. El estrés de no saber nada de Alondra lo estaba devorando.

Tomó una pastilla para el dolor de cabeza justo cuando Ana entró a la casa, tan ruidosa y alegre como siempre. Estaba en su oficina cuando la escuchó correr hacia el sofá y dejarse caer en él. Supo entonces que estaba hablando por teléfono, y tenía su altavoz.

Ignacio salió lentamente, tratando de no hacer ruido, y se asomó por detrás de la pared. Ana estaba recostada en el sofá, enroscando un dedo en su cabello rubio y rizado, sonriendo ampliamente.

—¡Sí! ¡No puedo creer que saqué la mejor calificación en ese examen! —dijo, claramente feliz.

—¿Y tus padres? ¿Cómo están? —era la voz de Alondra.

—Oh, sí, mamá está genial, no puedo creer que compartimos la mesa todas las noches, es un sueño hecho realidad. Papá también está bien, pero últimamente no ha estado tan feliz como hace unos días.

Escuchar su voz hizo que su corazón echara a andar a mil por hora. Ignacio continuo espiando la conversación.

—Creo que saldré con mamá, pero aún no me ha confirmado nada, así que pasaré por tu casa después de tu cita —dijo Ana. Ignacio permaneció en silencio, pero la palabra “cita” retumbaba en su cabeza.

—Claro, no hay problema, creo que llegaré en media hora, ¿quizás? —respondió Alondra, y por el tono de su voz, Ignacio supo que no estaba triste en absoluto.

—Te avisaré cuando regrese, ¿de acuerdo? —respondió Ana, feliz—. ¿Y cómo te va con Carlos? Debe ir bien, ya llevan un tiempo saliendo, solo me pregunto cuándo lo harán oficial.

—Por favor, Ana, solo estamos saliendo y viendo si esto funcionará. Hasta ahora, Carlos es... atractivo —la forma en que lo dijo no sonaba sincera, pero Ignacio no prestó atención al tono, sino a las palabras. *¿Carlos? ¿Está saliendo con alguien más?*

Su mente ardía mientras sentía la adrenalina correr por sus venas como una bala perforando su corazón.

—Escucha, tengo que irme, Carlos me está esperando con la pizza —dijo Alondra. Cada palabra que escuchaba subía por su cabeza como lava. Luego escuchó que colgaban el teléfono.

De repente, el dolor de cabeza desapareció, y en su lugar, la ira y la indignación ocuparon su lugar. *¿Cómo pudo hacerlo? ¿Después de todo lo que habían pasado juntos? ¿Todo lo que compartieron? ¿Cómo pudo hacerme esto?* Ignacio tomó sus llaves del auto y salió de la casa furioso.

—¡Papá! No sabía que estabas en casa —dijo Ana desde el sofá, saludándolo con energía, pero Ignacio apenas la notó.

—Hola, Ana —respondió sin detenerse, y se dirigió a la puerta lo más rápido que pudo.

—¿Adónde vas? —preguntó Ana, preocupada por su actitud, pero Ignacio la ignoró por completo.

Ignacio se subió a su coche y cerró la puerta de golpe. Golpeó el volante con frustración.

—¡Mierda! —gritó, luego apoyó la cabeza en el volante, frotándose los ojos. *¿Debería ir a buscarla? ¿Obtener una explicación?* Se quedó pensando por un momento, mientras la adrenalina disminuía. *¡Por supuesto que sí! ¡Merezco una maldita explicación!* La ira volvió a llenar sus venas.

Encendió el motor y salió de la entrada tan rápido como pudo. Condujo hacia la residencia de la universidad donde ella se hospedaba. Sabía que probablemente no estaría allí, pero esperaría hasta que apareciera para confrontarla, le gustara o no.

Ignacio se sentía engañado, como si todo este tiempo no hubiera sido más que un juguete para ella. Llegó al estacionamiento y se estacionó lejos de la entrada, observando cada auto que entraba. Permaneció allí como un águila cazando a su presa.

Luego, un auto entró en el estacionamiento. Ignacio sintió su corazón acelerarse. Sin embargo, del auto salió una chica pelirroja, no era Alondra. Por un momento, se sintió ridículo por estar allí. Suspiró, y justo cuando estaba a punto de rendirse, otro coche entró. Un Mustang negro.

Ignacio se hundió en su asiento para que no lo vieran. Del auto salió un chico alto, de cabello negro y ojos verdes. Corrió hacia el asiento del pasajero para abrir la puerta. Y entonces la vio: cabello negro y enrulado, piel pálida e increíbles ojos marrones.

Alondra sonreía a ese chico, que debía ser Carlos. Ignacio apretó los puños al ver cómo le ofrecía la mano para ayudarla a bajar del coche. Ella llevaba el mismo vestido que había usado cuando fueron juntos al restaurante en su primera cita. Ese pequeño detalle lo enfureció aún más.

Alondra caminó hacia la puerta, seguida por Carlos, quien la observaba con admiración. Ignacio estaba a punto de explotar. Cuando Carlos se inclinó para besarla, Ignacio no pudo ver si fue en la mejilla o en los labios, pero la acción lo llenó de rabia.

Cuando el Mustang de Carlos se fue, Ignacio salió de su auto y comenzó a caminar hacia Alondra, quien buscaba las llaves para abrir la puerta de la residencia.

—¡Oye! —gritó Ignacio.

Alondra se volteó y lo vio acercarse furioso. Su corazón se detuvo por un momento al darse cuenta de quién era.

—¿Es esto lo que haces? ¿Usas a las personas y luego los abandonas sin dar explicaciones? —Ignacio estaba completamente enojado.

—¡Ignacio, no puedes estar aquí! ¡Tienes que irte! —dijo Alondra, nerviosa. Su rostro se había quedado sin color en el momento en que Ignacio se acercó a ella. Sus manos temblaban y estaba sumamente nerviosa.

—Respóndeme, ¿es eso lo que haces? ¿Juegas con los sentimientos de las personas? —le gritó, dejando claro cuán enojado estaba.

—¡Ignacio, por favor! —dijo Alondra, mirando a su alrededor, asustada.

—¡Maldita sea, respóndeme! —rugió Ignacio.

Alondra intentó empujarlo, pero Ignacio no se movía.

—¡Ignacio, por favor! Podemos hablar de esto en otro momento, pero tienes que irte ahora.

—No me voy a ir hasta que me digas qué demonios está pasando —su actitud estaba empezando a enfurecer a Alondra. De repente, la imagen de Luisa sobre él, besándolo, invadió su mente, dejando que la ira tomara el control.

—Está bien, ¡bien! ¿Eso es lo que quieres? ¡Te diré lo que hago! —dijo, adoptando el mismo tono desafiante que él.

Ignacio la miró directamente a los ojos, dejando claro cuán furioso estaba. Alondra hizo lo mismo, sus ojos marrones ardían, liberando todas sus frustraciones y dudas acumuladas. Dio un paso adelante, en un gesto desafiante, sin romper el tenso contacto visual. Estaba lista para lanzar

sus palabras como dagas, dispuesta a herirlo y hacer que se fuera.

—¡Sí! ¡Juego con los sentimientos de las personas porque mi vida es tan miserable que no tengo nada mejor que hacer! ¿Y sabes qué? ¡Lo aprendí del mejor maestro: Tú! —espetó llena de rabia.

Ignacio estaba perplejo. No parecía la chica que él conocía, y no entendía por qué lo culpaba.

—Oh, por favor, no intentes hacerte el desentendido, porque no te queda. Parece que tienes problemas de memoria, pero no te preocupes, te voy a ayudar a recordar.

Ignacio retrocedió, intimidado por sus palabras, y ella lo sabía bien.

—El mismo día en que te di algo valioso para mí, como mi virginidad, le dijiste a tu exesposa que pensarías en volver con ella, y se lo dijiste en mi presencia. ¿Qué carajos te pasa? Y luego, el mismo día que estoy contigo, después de decirte  cuánto te amo, me llevas a tu casa para ver cómo esa mujer te tenía en sus manos.

Ignacio se quedó helado, sin idea de que ella se sentía así. Pensaba que todo estaba bien entre ellos.

—Pero no fue suficiente para ti, porque segundos después, estoy con Ana en el patio y Luisa está sentada en tus malditas piernas, besándote. Y tú no la detuviste. Hiciste todo esto delante de mí... ¿Realmente pensaste que podías usarme y burlarte de mí?

Alondra dio otro paso hacia él, cada palabra la atravesaba, sus ojos comenzaron a llenarse de lágrimas mientras sentía cómo se le rompía el corazón. Ya no podía ocultar más sus sentimientos, no iba a cargar con ese peso.

—Y ahora vienes aquí, haciendo una escena ridícula, fingiendo estar celoso cuando nunca te importó en primer lugar. ¡Debería haberlo sabido! Solo fui un chiste para ti, una niña tonta y virgen para cojer cuando quisieras. Y ahora, ¿qué pasa, Ignacio? ¿Ya te cansaste de Luisa otra vez? Pues, ¿sabes qué? ¡Jódete!

Alondra levantó su delicada mano, elevando el dedo medio al nivel de su cara. Estaba lista para correr adentro y desaparecer cuando Ignacio no pudo soportarlo más. Con una mezcla de adrenalina y rabia, dio un paso adelante, la agarró de la mano y, de inmediato, la atrajo hacia él, sujetándola con fuerza contra su cuerpo. Luego, estampó sus labios contra los de ella, ahogando su jadeo de sorpresa.

Al principio, Alondra luchó para liberarse de su agarre, pero luego empezó a derretirse entre sus brazos. Su mandíbula tensa se relajó, permitiendo que su lengua se deslizara dentro, mientras sus brazos rodeaban su cuello y él la sujetaba por las caderas, empujándola contra su centro.

La pasión se desató entre ellos justo en la entrada de la residencia. Sus lenguas se entrelazaban, y no les importaba dónde estaban ni quién pudiera verlos. Nada era más importante que sentir que pertenecían el uno al otro.

Pero de repente, las dudas de Alondra volvieron, dándole espacio a esa voz interior que le decía que Ignacio solo estaba jugando con ella, que era solo una niña a la que estaba utilizando. Lo mordió y lo empujó lejos de sí. Estaba jadeando, y él podía ver en sus ojos que seguía enojada. Ignacio se tocó los labios varias veces para asegurarse de que no estaba sangrando, justo cuando iba a acercarse a ella otra vez, algo lo detuvo.

—¿Papá? —Ana estaba allí, en medio del estacionamiento, con horror reflejado en su rostro.

# Capítulo 18

Ignacio y Alondra se congelaron, el rubor en sus rostros apasionados desapareció de inmediato, ahora el pánico cruzaba por sus ojos al darse cuenta de que la chica de rizos rubios y ojos avellana llenos de lágrimas era, en efecto, Ana. Los miraba a ambos, tratando de entender lo que estaba sucediendo. Ignacio dio un paso hacia ella, pero Ana retrocedió en señal de rechazo.

—Ana... cariño, puedo explicarte todo —dijo él, aterrorizado.

Ana comenzó a jadear, sus ojos iban rápidamente de su cara a la de Alondra.

—¿Por qué... estabas...? —dijo con la voz temblorosa, luego sus ojos se posaron en Alondra, quien en ese momento estaba tan pálida como un fantasma—. ¿Cómo pudiste...? —Ana no terminó ninguna de sus frases. Sus manos temblaban, claramente intentaba darle sentido a todo lo que había visto.

Entonces, Ana se dio la vuelta y comenzó a correr hacia su coche. Alondra la siguió, intentando alcanzarla y hablarle, pero no lo logró. Ana salió del estacionamiento tan rápido como pudo. Alondra entonces corrió hacia su propio auto, saltó dentro y encendió el motor.

—¡Alondra, espera! —gritó Ignacio, pero ella no se detuvo y fue tras Ana.

Al llegar, estacionó en el lugar habitual, y vio el Tesla rojo al otro lado del camino, lo que incrementó su rabia hacia Ignacio. Se bajó del auto y, al subir las escaleras hacia la puerta principal, esta se abrió.

Luisa estaba allí, en el marco, luciendo su bikini negro y exhibiendo su cuerpo tonificado y radiante.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con un tono desafiante—. ¿Cómo te atreves a mostrarte?

—Necesito hablar con Ana —respondió Alondra, sosteniéndole la mirada con desafío—. Permiso.

Intentó pasar, pero Luisa bloqueó la entrada.

—No quiere hablar contigo —dijo Luisa, extendiendo los brazos para impedirle el paso—. De hecho, no quiere volver a verte jamás en su vida.

—Perfecto —respondió Alondra, forzando una sonrisa—. Me gustaría escuchar eso de ella, no de ti.

Intentó entrar una vez más para buscar a Ana, pero Luisa la empujó.

—¿Cómo te atreves? ¿No has causado ya suficiente daño? —dijo Luisa, apuntándola con sus dedos huesudos—. Lárgate de aquí.

Alondra estaba furiosa, más de lo que había estado unos segundos antes. Odiaba todo lo que Luisa representaba, así que retrocedió, apretando los dientes, y corrió hacia ella tan rápido como pudo, lista para derribarla. Luisa, asustada por la rapidez de Alondra, se apartó.

Alondra corrió hacia el interior de la casa, llamando a Ana, pero no obtuvo respuesta. Miró en el patio, pero tampoco estaba allí. Se giró, dispuesta a subir las escaleras.

—No puedo creer que me hayas mentido —dijo Ana, parada en lo alto de las escaleras—. De todos los hombres que podrías haber elegido, ¿tenías que fijarte en mi papá? ¡MI PAPÁ! —gritó, liberando su enojo.

—Ana, por favor —Alondra rompió en lágrimas, tratando de explicarse—. Déjame explicarlo todo.

—No quiero escucharlo —respondió Ana bajando las escaleras—. No quiero seguir oyendo tus mentiras y estúpidas excusas.

Cruzó los brazos bajo el pecho y se acercó a su madre, quien seguía de pie en la puerta. Pero entonces se detuvo, se giró y enfrentó a Alondra.

—Aquella noche, cuando estabamos en la fiesta en la piscina, ¿dónde estabas? —sus ojos comenzaron a llenarse de lágrimas, aunque su expresión mostraba angustia.

—Ana... —Alondra se sentía avergonzada, incapaz de encontrar las palabras adecuadas para admitir que estaba con Ignacio.

—Cuando dijiste que estabas saliendo con Carlos, ¿realmente estabas con él? —Ana se acercó más a ella—. ¡Respóndeme!

Alondra nunca había visto a Ana tan enfadada antes.

—No al principio —finalmente confesó. Ana dejó escapar un jadeo, riéndose irónicamente.

—No te bastaba, ¿verdad? Ser la belleza exótica de Las Colinas con todos a tus pies, con Carlos detrás de ti todo el tiempo —dijo Ana, con lágrimas corriendo por sus mejillas como cascadas, mientras apretaba la mandíbula.

—Yo nunca...

—¡Sabías que me gustaba! Me robaste a Carlos, y no fue suficiente, ¡ahora quieres quitarme a mi papá también! —Ana había construido una versión equivocada de la historia en su mente, y Alondra sintió que no había nada que pudiera hacer para calmarla y explicarle—. Debí haberlo sabido.

Luisa se adelantó hacia Ana, abrazándola como si fuera una niña.

—Te lo dije, cariño, no era de fiar —Luisa miró a Alondra con desdén.

—Vete —dijo Ana, limpiándose las lágrimas con los nudillos.

Alondra no se movió, estaba congelada en su lugar, intentando encontrar las palabras correctas.

—¡Vete! —gritó Ana, y Alondra salió inmediatamente. Sintió la puerta cerrarse violentamente tras de sí.

Sus labios temblaban. Por primera vez en su vida, se sentía completamente sola, usada y avergonzada. Había traicionado a su mejor amiga, mentido y ocultado la verdad desde el principio; se sentía utilizada por Ignacio y estúpida por haber alentado sus avances, especialmente por haber creído que él realmente estaba interesado en ella. Se arrepentía de haberle entregado algo tan valioso como su virginidad, su corazón y su alma.

Se sentó en la escalera de la entrada, sintiéndose derrotada. Su alma estaba rota, y no pudo contener más las lágrimas. Lloraba desconsoladamente, cubriendo su rostro con las manos, tratando de calmar su corazón destrozado.

*Esto nunca debió suceder*, pensó mientras lloraba.

Entonces escuchó un auto acercarse. Alzó la vista y vio a Ignacio estacionar junto a su vehículo. Bajó los ojos nuevamente, escondiéndolos entre sus manos, y segundos después sintió unos pasos acercarse. Una mano le acarició suavemente el hombro, pero ella la apartó.

—No me toques —dijo.

—Lo siento —trató de consolarla nuevamente, pero entonces Alondra se levantó de golpe.

—¡Te dije que no me tocaras! —sus emociones la abrumaban, incapaz de controlarlas.

Ignacio retrocedió, consciente de que si intentaba hablar, las cosas solo empeorarían.

—Te dije que tenías que irte. ¿Por qué no me escuchaste? —Alondra lloraba—. Claro, no te importa nadie, ni siquiera los sentimientos de Ana.

—Ella lo es todo para mí...

—¿De verdad? —replicó de inmediato. Ignacio sintió su corazón desgarrarse. Sabía que había descuidado la felicidad de Ana. Ahora, se sentía culpable por haberse involucrado con una mujer que, desde el principio, estaba prohibida y por arruinar la amistad de Ana con quien creía

era la mejor persona del mundo—. No me llames ni me busques nunca más. No quiero volver a verte.

Alondra bajó las escaleras y se dirigió hacia su coche, controlando sus emociones y manteniendo los últimos vestigios de dignidad que le quedaban. Ignacio la observó mientras salía del camino de entrada, mientras las palabras de ella resonaban en su mente. Lo que más lo atormentaba y hacía que su corazón se rompiera era el hecho de que este momento probablemente sería la última vez que la vería.

Se quedó allí, escuchando cómo el viento movía las hojas, destrozado, sin estar listo para enfrentar la tormenta que le esperaba dentro de la casa. Sentía que nunca había amado a nadie como amaba a Alondra, ni siquiera a Luisa cuando era joven. Por primera vez, sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas, y una de ellas rodó por su mejilla. Nunca había llorado antes, ni siquiera cuando pasó por su divorcio. Por primera vez en su vida, dejó que sus sentimientos fluyeran y se desbordaran en lágrimas.

Permaneció allí, deseando poder retroceder el tiempo hasta el momento en que todo se torció para hacerlo bien, pero sabía que no podía. Entonces recordó a Carlos besándola, tratando de averiguar si la había besado en los labios o en la mejilla, y solo imaginarlo lo enfureció. Alondra le había mentido, le ocultó la verdad y nunca le explicó por qué desapareció sin decir una palabra.

Luego, el sentimiento de culpa lo invadió, por haber permitido que Luisa se entrometiera y lo arruinara todo. Y ahora, Ana, la persona que más amaba, probablemente lo odiaría por el resto de su vida. No solo había fallado consigo mismo y con Alondra, sino que también había fallado a la única persona que lo amaba más que nadie en el mundo: Ana.

Ignacio debió haber estado allí, sentado en las escaleras de la entrada, durante horas. El sol ya se había ocultado y la brisa fría de la noche le calaba los huesos. No podía quedarse allí para siempre, aunque quisiera. Se levantó, se limpió la cara, respiró hondo y se preparó para enfrentar la tormenta dentro de su casa.

Abrió la puerta y vio a Luisa sentada en el sofá, consolando a Ana, quien aún lloraba. En cuanto Ignacio cerró la puerta, ambas notaron su presencia. Ana levantó la vista y él vio la furia en sus ojos.

—Cariño —dijo Ignacio, pero Ana se levantó y subió las escaleras ignorándolo.

Entonces Luisa se levantó del sofá y ajustó su kimono, todavía llevaba puesto su bikini negro. Caminó alrededor de Ignacio y colocó las manos sobre sus hombros.

—Seguramente necesitas un masaje después de este día tan duro —dijo, presionando su carne.

—Cállate, Luisa —respondió Ignacio, quitándose rápidamente las manos de encima y subiendo a su habitación, dejándola sola en lo que ella percibía como una victoria.

Luego, Luisa fue a la cocina y se sirvió una copa de vino. Miró hacia afuera, fijándose en la

ventana de Ignacio. Lo vio quitarse la camisa, con una sonrisa maliciosa en los labios y la copa cerca de su rostro.

Tomó un sorbo largo y luego se lamió los labios.

—Volverás a ser mío, Ignacio —dijo—, tarde o temprano.

# Capítulo 19

Habían pasado un par de días desde que Alondra había visto a Ana por última vez. En cada clase que compartían, Alondra se sentaba en su lugar habitual, pero Ana pasaba de largo e ignoraba su presencia. Lo mismo ocurría en los pasillos, a veces veía a Ana mirándola desde la distancia, pero cuando Alondra intentaba hacer contacto visual, Ana apartaba la mirada.

Alondra nunca se había sentido tan sola y miserable como en esos días posteriores al incidente. Todo lo que sucedió con Ana e Ignacio había calado tan profundamente en su corazón que a menudo soñaba con ellos. Alondra no iba bien en sus clases, y ya no tenía con quién estudiar. Extrañaba a Ana como un pez que necesita el agua para respirar.

Los días se convirtieron en una rutina vacía para Alondra: se despertaba, desayunaba, asistía a sus clases, almorzaba, y regresaba a su dormitorio para estudiar y dormir. La única persona que la forzaba a tener una vida social era Ana, y Alondra echaba mucho de menos esa parte de su vida.

Alondra extrañaba sus bromas tontas y su felicidad infantil. También extrañaba el entusiasmo de Ana cuando aplaudía emocionada al acertar la respuesta correcta en un examen o cuando saltaba de alegría ante cualquier cosa genial que les sucediera. Sí, Alondra extrañaba a su amiga, su mejor amiga, más que a cualquier otra cosa en el mundo, y cada vez que la veía en los pasillos o en el aula, su corazón se rompía un poco más al no poder saludarla.

Ana no quería hablar con ella en absoluto. Alondra intentó llamarla los primeros días después del incidente, pero Ana simplemente la ignoraba. Luego estaba Ignacio, cada noche, antes de dormir, sentía su presencia cerca, su voz susurrando en sus oídos y sus dedos recorriendo su piel.

Ignacio era lo más doloroso que había experimentado. Su necesidad de tocarlo, de sentirlo, la consumía, y muchas veces lloraba en su almohada, ahogando sus gritos de dolor. Él se había metido demasiado profundo en su piel, y no había forma de borrar sus besos, ni siquiera quería hacerlo.

Alondra extrañaba ir a verlo a su oficina, las largas tardes explorándose mutuamente, las

profundas conversaciones telefónicas, y los largos paseos bajo el cielo nocturno de Valle del Sol. Extrañaba las largas discusiones sobre películas y programas de televisión con él, y saber que, pese a todo, él siempre estaba ahí para ella.

Cada foto que tenía con Ana le recordaba a Ignacio. Cada vez que salía de su residencia, recordaba el beso que él le dio bajo las luces tenues de la entrada.

Una noche, mientras estaba en su dormitorio, comenzó a reírse sin motivo alguno, recordando la cara que Ignacio puso cuando el camarero pensó que ella era su hija y luego intentó coquetear con ella. En el fondo, Alondra sabía que sus sentimientos por Ignacio eran más profundos de lo que había imaginado antes. Sabía con certeza que siempre lo amaría, a pesar de todo. Entonces, sintió una punzada de culpa por no haberle dado la oportunidad de explicarle lo que había pasado con Luisa y lo que realmente estaba ocurriendo en su casa.

—Ignacio —dijo mientras cerraba los ojos y pensaba en él.

Su sonrisa matadora, sus dulces ojos color avellana que le recordaban a la miel, su cuerpo fuerte, ancho de hombros y pecho musculoso. Pronto su cuerpo se calentó, su mano se deslizó por su delgado cuerpo y subió por la elástica de su panti. Todo en Ignacio la excitaba, pensaba en sus labios acariciando su piel, Alondra pasó las yemas de sus dedos por cada lugar que Ignacio había besado antes.

Entonces su mano se deslizó dentro de su panti, buscando hábilmente su clítoris y frotándolo lentamente. El rostro de Ignacio estaba en su mente, casi podía sentir su cabello en sus dedos, quería agarrarlo con tanta fuerza. Mientras su mano sostenía sus senos, pellizcando sus pezones, su otra mano estaba rodeando su clítoris y aumentando el calor en su cuerpo.

Entonces un dedo se deslizó dentro en el segundo en que pensó en la dura masculinidad de Ignacio palpitando contra su entrada. Movió sus dedos dentro y fuera, empujando contra la pared superior de su canal, aumentando el placer con cada movimiento. Apretó sus ojos, tratando de recordar el aroma varonil de su pecho, su lugar favorito era entre sus brazos. Su mano se movió rápidamente dentro y fuera de ella, acercándola al borde de su clímax.

Sus ojos se abrieron de golpe, mientras la energía que se acumulaba alrededor de su núcleo explotó, enviando olas de placer alrededor de su cuerpo, haciendo que sus pies se tensaran y su espalda se arqueara.

—Ignacio —gimió mientras liberaba su orgasmo, sosteniendo todo su sexo con su mano. Sus dedos estaban cubiertos con una fina pasta cremosa, permanecieron dentro mientras se recuperaba de su orgasmo.

Entonces abrió el cajón de su mesita de noche para tomar algunas servilletas y limpiarse la mano, pero su diario cayó al suelo. Alondra lo miró mientras se limpiaba, recordando cada palabra que escribió en él, cada lágrima que derramó mientras vertía sus sentimientos en esas páginas. De repente, comenzó a preguntarse por qué nunca lo había compartido con Ana antes.

*Tal vez debería darle esto...*

—Otra cerveza, por favor —dijo Ignacio al camarero. Este lo miró un poco molesto, esa sería su quinta cerveza consecutiva, y ya se le notaba algo borracho. Lo conocían en Roger's, Ignacio era un cliente frecuente, igual que Tomás, pero esa era la primera vez que lo veían en ese estado.

Ignacio apoyó los brazos en la barra y luego descansó la cabeza sobre ellos. Minutos después, el mismo camarero regresó con otra cerveza.

—Señor, esta será la última que le sirvo —dijo, preocupado por su cliente.

—¡Oh, vamos! Sabes que siempre dejo buenas propinas, así que sigue trayendo cervezas, ¿ok? —respondió Ignacio, soltando un fuerte "hip" y bebiéndose medio vaso de un trago. Entonces, sintió una mano en su hombro, y apenas se giró para ver quién era.

—Amigo, si no te conociera, diría que eres un pobre diablo con una vida miserable —dijo Tomás, sentándose en la silla vacía junto a él. Había sido una buena casualidad que Tomás apareciera. —Para ser honesto —continuó levantando la mano y haciendo una señal al camarero para que le trajera lo mismo que tomaba Ignacio—, en realidad sí eres un pobre diablo, pero tu vida está lejos de ser miserable.

—¿Y qué demonios sabes tú? Encontraste a la mujer de tu vida y te vas a casar pronto —gruñó Ignacio, mientras lo observaba con una mirada crítica.

—Eso es cierto, pero dime algo, me conoces mejor que nadie —dijo Tomás, tomando su cerveza y asintiendo en agradecimiento al camarero—, ¿cuántas relaciones fallidas sabes que he tenido? —Bebió un trago y luego se limpió el bigote de espuma con la mano.

—¡Ja! Si no te conociera bien, diría que te has cojido a toda la ciudad —dijo Ignacio riendo y volviendo a apoyar la cabeza en los brazos, como un niño escuchando un cuento antes de dormir.

Tomás pensó un momento.

—Eso es un poco exagerado, pero sí, casi me tiré a todo Valle del Sol. ¿Y sabes cuántas veces intenté tener una relación decente y fracasé? ¡Un montón! Tantas que ni siquiera puedo contarlas, solo para llegar a la persona correcta, y ahora que la encontré, no la dejaré ir, sin importar qué, sufrí demasiado para encontrarla.

—¿Qué demonios me estás tratando de decir? —preguntó Ignacio, levantando la cabeza y agarrando su vaso; el líquido se balanceaba dentro, casi derramándose.

—Fracasaste con Luisa, en grande —dijo Tomás. Ignacio lo miró con una expresión de disgusto—. ¿Y qué? No funcionó, seguiste adelante y resulta que encontraste a Alondra, que además es la mejor amiga de tu hija, ¿y qué? ¡Al diablo con todo! ¿De verdad vas a dejarla ir por eso? Sufriste demasiado para encontrarla, amigo, yo estuve allí, te vi tocar fondo cuando paso lo

de Luisa, y te vi volar junto a Alondra.

Tomás tomó otro sorbo mientras Ignacio lo observaba, sabiendo que tenía razón.

—¿Pero cómo la recupero? Ella me odia ahora, cree que la engañé con Luisa, y que le mentí, y Ana ni siquiera me habla. ¡Estoy jodido, hermano! —Los ojos de Ignacio comenzaron a llenarse de lágrimas, que rápidamente se limpió con la manga. Tomás colocó una mano en su hombro y lo atrajo hacia él, era quizá la primera vez que lo consolaba con un abrazo.

—Ignacio, querido amigo, Ana siempre será tu hija, y si no puede ver lo feliz que eras con Alondra, lo verá con el tiempo, pero no dejes que Alondra se aleje —dijo Tomás, llamando al camarero para pedir la cuenta—. ¿Por qué no hablas con Ana y le explicas todo? Aún necesita escuchar lo que sientes.

—¿Por qué pides la cuenta? No he terminado de beber —Ignacio parecía un poco molesto, pero el alcohol en su sangre era demasiado como para pelear. El camarero le entrego a Tomás la cuenta, dando una mirada preocupada a Ignacio.

—Porque ya no tienes nada más que hacer aquí —Tomás tomó el sobre de cuero con la cuenta y dejó algo de dinero dentro—. En cuanto a Alondra, si no quiere escucharte, entonces demuéstrale cuánto la amas, pero no con flores ni nada de esa mierda. Muéstrale cuánto te importa con algo que sea significativo, algo que sea muy importante para ella.

Ignacio de repente miró a Tomás como si fuera un dios de la sabiduría. Tenía razón, tenía que demostrarle, tenía que hacerle saber a Alondra cuánto la amaba, *pero ¿cómo?*. Tomás lo ayudó a levantarse y lo sacó del bar, sosteniéndolo para que no cayera. Luego silbó fuerte y un taxi se detuvo. Tomás ayudó a Ignacio a subir y lo envió directo a casa.

Cuando llegó a casa, tropezó con las escaleras, pero logró entrar. Encendió las luces y vio muchas bolsas de compras de tiendas caras sobre el sofá. De repente, el alcohol pareció dejar sus venas: Chanel, Dolce & Gabbana, Dior, y otras marcas de lujo estaban sobre el sofá.

—Esto no puede ser de Ana, mi niña no gastaría tanto dinero así —pensó Ignacio.

Subió las escaleras, apoyándose contra la pared mientras se guiaba en la oscuridad hasta su habitación. Abrió la puerta y, tan pronto como la cerró, se quitó la ropa y se dejó caer en la cama. El pensamiento de Alondra apareció en su mente de inmediato, su dulce aroma lo envolvió.

—Si tan solo te tuviera aquí a mi lado en esta cama —pensó.

Buscó en su mesita de noche y encontró las bragas de Alondra dentro, las tomó en su mano y las acercó a su
nariz, el dulce olor de su coño resbaladizo todavía estaba allí.

Olfateó la prenda mientras imaginaba sus muslos y su hendidura rosada. Su miembro se puso duro dentro de su ropa interior y no perdió tiempo en agarrarla y sacarla.

—Oh Alondra —gimió mientras acariciaba su polla de arriba a abajo, tratando de simular su

boca alrededor de su pene, ella era todo lo que siempre había querido y todo lo que necesitaba. Poco después, su mano se movió rápidamente alrededor de su virilidad, apretando lo suficiente para imitar la estrechez de su húmedo canal. Olió su panti mientras imaginaba su piel, sus ojos fijos en él, su boca ligeramente abierta dejando varios gemidos escapar de sus labios, y sus senos rebotando lentamente por haberlo montado tan bien.

—Sí —gimió cuando sintió que estaba a punto de correrse. Un par de movimientos de su mano después, comenzó a expulsar su orgasmo.

—Alondra —gimió mientras apretaba los ojos y sostenía su palpitante pene con fuerza como lo haría el sexo de Alondra. Entonces supo que Tomás tenía razón, sería un imbécil si dejaba ir a Alondra.

*¿Cómo la recupero?*



Gran día en el pasillo. Mucha gente iba y venía, preparándose para las vacaciones de verano. Ana estaba junto a su casillero, girando el pomo para abrirlo, mientras que Alondra la miraba desde la distancia, dudando si debía acercarse a saludarla o no. Alondra sostenía su diario, envuelto en papel de regalo, con la intención de dárselo a Ana. *Pero, ¿y si Ana me ignora? ¿Y si ya no le importa y tira mi diario a la basura?* Pensando en todo eso, siguió observando a Ana, que guardaba sus libros en el casillero, cuando alguien llamó su atención.

—¡Hey, Ali! —escuchó decir a alguien.

Entre la multitud que caminaba por el abarrotado pasillo, apareció Carlos, con la chaqueta del equipo de natación y sosteniendo su cuaderno. Se detuvo frente a Alondra con una sonrisa, sus ojos verdes brillaban intensamente.

—¡Carlos! ¿Cómo estás? —le preguntó Alondra.

—¡Genial! ¿Y tú? —respondió él con una sonrisa.

—Sobreviviendo, supongo —bromeó Alondra—. ¿Tienes planes para las vacaciones?

—Bueno, no en realidad —contestó Carlos—. Tal vez vaya a surfear, pero eso es todo. ¿Y tú?

—Creo que es hora de visitar a mi mamá. Me vendrá bien volver a casa por un tiempo y respirar aire fresco —dijo Alondra.

—Oye, escucha —dijo él inclinándose para que nadie más pudiera oír lo que estaba a punto de decir—. Me preguntaba si podrías ayudarme a acercarme a Ana —le dijo, dejando a Alondra un poco sorprendida—. No me malinterpretes, la razón por la que te invité a salir fue para ser amigos y poder acercarme a ella. Me gusta mucho.

La boca de Alondra se abrió en un silencioso "O".

—¿Qué? —dijo sonriendo al darse cuenta de lo que Carlos acababa de confesar.

—Lo siento mucho si pensaste que me gustabas o algo —dijo él, poniéndose un poco avergonzado—. Quiero decir, me gustas, eres genial, pero como una ami...

—Está bien, Carlos —dijo Alondra riendo—. No estoy molesta en absoluto, de hecho, me hace muy feliz que me digas esto.

Alondra miró hacia Ana, quien los observaba con un poco de celos.

—¿Sabes qué? —dijo Alondra a Carlos—. Deberías invitarla a salir ahora mismo.

De repente, Carlos se puso un poco nervioso.

—¿Ahora, ahora? ¿En este mismo momento? —preguntó.

—Sí —dijo Alondra, girándolo y empujándolo suavemente en dirección a Ana—. Ahora mismo.

Carlos sonrió a Alondra por encima del hombro mientras comenzaba a caminar hacia Ana, pero Alondra lo detuvo.

—Oye, Carlos —dijo alcanzándolo—. ¿Puedes hacerme un favor?

Carlos asintió, y Alondra le mostró un libro envuelto en papel.

—¿Puedes darle esto a Ana? Dile que es de mi parte, y por favor, si se niega, ruega que lo lea.

—Te lo prometo —dijo él, mostrando una sonrisa antes de reanudar su camino.

Alondra lo observó mientras llegaba junto a Ana. Lo vio inclinarse para besarle la mejilla, lo que hizo que ella se sonrojara al instante. Entonces, Alondra supuso que él le hizo la propuesta, porque Ana sonreía de oreja a oreja.

Después, Carlos le entregó el diario de Alondra. Ana miró a Alondra entre la multitud, y esta le devolvió una tímida sonrisa. Ana desvió la mirada y se fue con Carlos, llevando el diario en sus manos. Alondra esperaba lo mejor; si ya no iban a hablar, al menos Ana podría leer lo que tenía que decirle.

Ignacio recordó lo que Tomás le había dicho durante los siguientes días. Era lo primero en lo que pensaba al despertar y lo último que rondaba su mente antes de dormir. Aquella noche, después de un largo día de trabajo, Ignacio había practicado un discurso entero sobre lo que le diría a Ana mientras conducía de regreso a casa, luego en el baño y durante la cena, pensó en las palabras que usaría con Ana, Luisa intentaba distraerlo con temas vacíos como el bronceado que tenía y diseñadores famosos.

—Oh, y conseguí un vestido precioso de Chanel que quiero usar en la graduación de nuestra hija —dijo ella con una enorme sonrisa, pero Ignacio estaba demasiado ocupado pensando en lo que le diría a Ana sobre Alondra. Luego se preguntó si Ana estaría en casa—. Y un tocado hermoso para el cabello de Tiffany's...

—¿Ana está en casa? —preguntó Ignacio, interrumpiendo a Luisa.

—Ehm, creo que sí —respondió ella, retomando su conversación sobre zapatos. Ignacio bloqueó automáticamente su voz mientras su mente repasaba todos los posibles escenarios de lo que ocurriría después de hablar con Ana.

Después de la cena, Ignacio subió las escaleras y se detuvo frente a la puerta de Ana, dudando si entrar de una vez o tocar primero. Decidió tocar.

—¿Quién es? —escuchó a Ana desde adentro después de golpear dos veces.

—Tu papá —respondió.

—Vete —dijo Ana de inmediato.

Ignacio se enfureció en un segundo. Giró el pomo de la puerta y la abrió de golpe.

—Escúchame, jovencita. Soy tu padre, te guste o no —dijo de inmediato, antes de darse cuenta de que Ana estaba acostada en su cama, con lágrimas en las mejillas y mirando lo que parecía ser un diario—. Cariño, ¿qué pasa? ¿Qué es eso? —le preguntó, cerrando la puerta detrás de él.

—Nada, solo un libro —respondió Ana con frialdad, aunque no le impidió a Ignacio sentarse a su lado en la cama.

—¿Por qué estás llorando? —preguntó él.

Después de varios minutos, en los que Ana parecía debatirse entre contarle lo que sentía o mandarlo al diablo, finalmente habló.

—¿Alguna vez has juzgado a alguien demasiado rápido? ¿Sin saber lo que esa persona sentía realmente?

Ignacio pensó de inmediato en Alondra, en lo que vio con Carlos y en las cosas que le dijo.

—Bueno... sí, lo he hecho, y me arrepiento de ello.

Miró a Ana, su niña, el amor que sentía por ella no podía compararse con nada, aun si ella ya no quisiera hablarle.

—Y después de saber lo que sentía, ¿aún lo juzgaría? —preguntó Ana, con una lágrima deslizándose lentamente por su mejilla rosada.

—Todos tienen sus razones para hacer lo que hacen, y honestamente, no soy nadie para

juzgarlos —dijo, mientras tomaba la mano de Ana, sintiendo que las barreras de su hija comenzaban a caer, permitiéndole hablar con ella—. El orgullo puede cegarnos ante la verdad que tenemos enfrente, pero ¿por qué preguntas?

—Creo que cometí un error... con Alondra —admitió Ana, haciendo que Ignacio tragara con dificultad.

—Sobre Alondra, yo quería... —continuó Ignacio, pero Ana lo interrumpió.

—Papá, creo que puedo cuáles eran tus razones, te sentías solo, y eso lo puedo perdonar, pero no sé si podré perdonar a Alondra. Me mintió y ahora me dio esto, y no sé qué pensar, si es verdad o no —dijo Ana, señalando el diario.

Después de unos segundos, Ignacio la miró.

—¿Qué te dice tu corazón?

—No lo sé —respondió ella, tomando el diario y mirándolo—. Estoy muy confundida.

—No te presiones, tómate tu tiempo —dijo Ignacio, inclinándose para besar la frente de Ana.

—Papá —dijo Ana, haciéndolo detenerse frente a la puerta—. ¿Qué querías decirme?

Ignacio se dio la vuelta y la miró.

—Nada, cariño, solo quería asegurarme de que estuvieras bien —respondió, ocultando el verdadero motivo de su visita.

—Por cierto —dijo Ana, sentándose en la cama—. ¿Has estado sacando dinero de mi cuenta para la universidad?

—¿Qué? —preguntó Ignacio, sorprendido—. No, cariño, sabes que esa cuenta es solo para ti y para tus estudios.

—Faltan casi cincuenta mil... Supongo que tendré que llamar al banco mañana —dijo Ana, dejando el diario en su mesita de noche.

—Lo que te digan, por favor avísame, no quiero que te falte nada.

Ignacio la observó, recordando todas las veces que le cepilló su cabello rizado cuando era niña.

—La extraño, ¿sabes? —dijo finalmente Ana.

Ignacio esbozó una pequeña sonrisa.

—Yo también.

Luego abrió la puerta y salió. Caminó por el pasillo, sintiéndose lleno de esperanza por lo que Ana le había dicho. Todavía había una oportunidad de arreglar todo con su hija, y no iba a desaprovecharla. Amaba demasiado a Ana, incluso si eso significaba sacrificar su propia felicidad.

Abrió la puerta de su dormitorio, sintiéndose aliviado, encendió la luz. En cuanto miró hacia su cama, se quedó helado. Sus ojos se abrieron de par en par y su mandíbula cayó lentamente al darse cuenta de lo que estaba pasando.

Luisa se echó el cabello rubio hacia atrás y se reclinó en la cama, mostrando mucho más que solo piel.

—¿Luisa? ¿Qué estás haciendo? —preguntó Ignacio, sorprendido.

# Capítulo 20

—Ha pasado mucho tiempo desde que nos divertimos —dijo mientras la bata que apenas cubría sus hombros caía por su brazo. Llevaba un bralette que tenía dos flores cubriendo sus pezones, y flores en sus bragas que solo cubrían la línea que formaban sus labios vaginales. El resto de la tela era transparente.

—Lo siento, no estoy preparado para esta mierda—. Ignacio abrió la puerta como una señal para que se fuera, presionó el puente de su nariz con su pulgar e índice, evitando mirarla. Luisa se puso de pie, pavoneándose mientras caminaba hacia él, sus senos rebotaban con cada paso. Cerró la puerta y le echó llave, luego trató de hacer que Ignacio la viera.

—Vamos cariño, sé que todavía te sientes atraído por mí, sé que todavía puedo prenderte como solía hacerlo.

Luisa se quitó la bata que apenas cubría su cuerpo y la dejó caer frente a Ignacio. Ella trató de atraer su rostro hacia ella, obligándolo a mirarla, pero no pudo. Ignacio tenía los ojos puestos en su bata, la tomó y miró la etiqueta.

—Christian Dior —dijo lentamente.

—Si te gusta la tela, espera a sentir mi piel —dijo a punto de meterle la lengua en la boca. Ignacio no quería empujarla ni lastimarla, sabía que ella podía hacer cualquier cosa para demandarlo y sacarle dinero. Ignacio se dio la vuelta, evitando su boca, mientras sostenía la bata en su mano. Luisa tomó su mano y lo sentó en la cama. Luego se subió sobre ella.

—¿Jugando a ser difícil? —preguntó en broma.

—Christian Dior —dijo de nuevo—. ¿Cuánto costó esto?

—Solo un par de dólares —respondió Luisa dejando besos en su cuello. Entonces Ignacio la agarró por los hombros y la apartó de sí.

—Sé honesta —no estaba jugando y ella lo sabía, si había algo que le daba miedo, era su tono serio.

—Doscientos —dijo, tratando de reanudar su seducción sobre él. Luego ella comenzó a frotar su suave bulto, intentando con todas sus fuerzas provocar una reacción en su cuerpo.

Entonces Ignacio la empujó hacia abajo en la cama, subiéndose sobre ella y sujetándole las muñecas con las manos. El movimiento ciertamente la excitó, quien colocó sus piernas alrededor de su cintura y empujó sus caderas hacia arriba, buscando su bulto.

—¡Oh! ¿Estamos jugando duro ahora? Me gusta.

—No estamos jugando una mierda, ¿cuánto costó la bata? —le preguntó de nuevo, sujetándola.

Luisa tragó saliva con fuerza.

—Casi mil.

Ignacio se puso de pie, dejándola acostada en la cama. Luisa lo observó caminar de un lado a otro, sabía que algo no estaba bien, sabía que había una razón para que Luisa estuviera de regreso, y ahora todo tenía sentido para él.

—¿De dónde sacaste el dinero?

Luisa pensó un momento.

—Bueno, tengo algunos ahorros.

—¿Ah, sí? ¿De nuestro divorcio? Porque hasta donde puedo recordar, eso fue hace siete años y Jordan, tu amante, era
el único que te proporcionaba comida y dinero —Ignacio se estaba enojando, pero hizo lo mejor que pudo para no gritarle a Luisa.

—Como te dije, Ignacio, tengo algunos ahorros —dijo Luisa, levantándose de la cama y dirigiéndose hacia la puerta. Ignacio la alcanzó rápidamente y le agarró el brazo, impidiéndole salir de la habitación.

—¿En serio? Porque me parece que no tienes nada —dijo Ignacio, claramente molesto, mientras la rabia le tornaba el rostro rojo—. Contemos, ¿te parece? —dijo arrastrándola hacia la ventana. Abrió las cortinas y la obligó a mirar—. Un Tesla nuevo, ropa de diseñador, sesiones de bronceado en costosos spas y cada comida que se te antoja en restaurantes elegantes. No creo que el dinero que me sacaste en nuestro divorcio haya sido suficiente para cubrir todas esas mierdas durante estos años.

Luisa apretó la mandíbula y tragó con dificultad; sabía que no había vuelta atrás.

—Entonces dime, Luisa —dijo Ignacio, manteniéndola cerca de él, intimidándola mientras la sostenía con fuerza—. ¿De dónde sacas todo este dinero? Porque, a menos que estés en la cama con algún multimillonario que pague tus cosas, apostaría a que estás robando.

—Yo… dije que tengo algunos… —intentó repetir la misma excusa, pero Ignacio sabía, más allá de sus ojos oscuros, que estaba atrapada en un callejón sin salida.

—Estás sacando dinero de la cuenta de la universidad de Ana —dijo Ignacio, y ella lo miró en estado de shock—. Recuerdo, Luisa, cuando abrimos esa cuenta de ahorros y estaba a nombre de ambos, tú tenías acceso a ella y yo también.

—¿Cómo te atreves a pensar que robaría el dinero de mi hija? —dijo Luisa, liberándose de su agarre y alejándose de él.

—¿Qué pasa, Luisa? ¿No quieres divertirte? Yo me estoy divirtiendo mucho —dijo Ignacio. Luisa intentó correr hacia la puerta, pero Ignacio la detuvo—. No te vas a ningún lado hasta que lo expliques todo —dijo empujándola sobre la cama y sujetándola.

—¡Déjame ir! O te demandaré —lo amenazó, pero Ignacio se rió.

—Tengo pruebas, querida, no creo que sea un buen movimiento —dijo. Luisa luchó con él durante un tiempo, pataleando e intentando liberar sus muñecas de su agarre, pero no pudo. Finalmente, se cansó y se rindió.

—¿Por qué estás aquí?

—Está bien, te diré la maldita verdad si eso es lo que quieres —Luisa estaba jadeando bajo Ignacio. Él aflojó su agarre, dejándola descansar un poco, pero aún manteniendo un ojo en ella, listo para saltar sobre ella si intentaba escapar de nuevo—. No te rías —dijo, preparándose para hablar; Ignacio asintió—. Jordan me dejó.

Ignacio trató de mantenerse serio, pero sonrió, luego se rió y, de repente, comenzó a reírse a carcajadas de Luisa.

—¡Dijiste que no te ibas a reír! —dijo ella, dándole un golpe en el hombro.

—Lo sé, lo sé, lo siento —dijo intentando recomponerse—. No lo siento —explotó de nuevo, riendo hasta que las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos—. No puedo creerlo, Jordan —dijo entre risas mientras Luisa cruzaba los brazos sobre su pecho, esperando a que él se controlara.

—¡Está bien, ya basta, esto es serio! —gritó Luisa e Ignacio hizo su mejor esfuerzo por controlarse—. Me dejó justo después de que me compré el Tesla —dijo, luciendo enfadada.

—Supongo que fue una buena cosa que ese entrenador de gimnasio nunca se casara contigo; desearía no haber cometido ese error —dijo sonriendo.

—Ay, cállate, Ignacio.

—Es increíble cómo cambian las cosas, ¿quién habría pensado que esa dulce chica del Valle que conocía se convertiría en una cazafortunas?

—Llámalo como quieras, pero solo estoy tratando de tener una vida decente y tener mi propia casa y esas cosas —explicó, pero cuanto más trataba de justificarse, más se hundía en su propio lío.

—Sí, claro, porque Dior y Chanel definitivamente te conseguirán una casa.

—De todos modos, no tenía adónde ir —dijo—. Dormí en mi Tesla varias noches antes de venir aquí y, vaya, fue tan agradable finalmente descansar, ir a nadar y conseguir algo bueno para comer.

—¿Por qué tomaste el dinero de Ana? —preguntó Ignacio de inmediato.

—Bueno, a una mujer le gustan las cosas buenas, y después de estar mimada con diamantes y ropa de marca, no quería volver a la porquería que solías darme —dijo sin reparar en sus palabras.

—Te di todo lo esencial para la vida, eres solo una perra superficial —dijo Ignacio, sin preocuparse por sus sentimientos.

Luisa abrió la boca, sintiéndose ofendida.

—Está bien, Ignacio, tú tampoco eres un santo, metiéndote con una niña que podría ser tu hija, mintiéndole a Ana y todo eso.

—Al menos no robo el dinero de mi hija para comprar mierdas, Luisa, y sí, me acosté con una chica joven que podría ser mi hija, ¿y qué? Todavía tengo un trabajo y puedo pagar mis propias cosas —dijo Ignacio, molesto por su arrebato de palabras. Se puso de pie, imponiéndose e intimidando a Luisa. Ella se mordió la lengua.

—¿Puedes intentar entenderme un poco? No tenía adónde ir y pensé que si intentaba recuperarte, podría tener algo de estabilidad de nuevo, ¡estaba desesperada, Ignacio! —sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Eso no justifica robar el dinero de Ana —dijo, cruzando los brazos.

—Lo devolveré, lo prometo —suplicó Luisa, pero Ignacio no estaba seguro de si debería confiar en ella, sabía muy bien de lo que era capaz.

—Si tan solo pudiera ver esa energía engañosa que tienes invertida en algo bueno, tal vez podría creerte. No quiero que estés aquí, Luisa —dijo sin dudar. Luisa tomó la bata y se cubrió —. Entiende esto, cariño, no vamos a volver a estar juntos, ni ahora, ni nunca, incluso si fueras la última mujer en la tierra.

—Eso lo sé ahora —dijo Luisa, sentándose en la cama y mirando sus dedos huesudos—. Lo siento, de verdad lo siento, te lastimé a ti, a Ana y a esa pequeña chica que te gustaba tanto... ¿Qué puedo hacer para reparar esto? —Por primera vez en mucho tiempo, Luisa sonó honesta; entonces Ignacio lo vio, un indicio de la antigua Luisa que le gustaba. Esa mujer de buen corazón todavía vivía dentro de ella, y eso le calentó el corazón.

—Comienza devolviendo todas esas cosas de diseñador y pidiendo un reembolso. Ese dinero pertenece a Ana y lo necesita para sus estudios —dijo Ignacio, caminando de un lado a otro frente a Luisa—. Vende el Tesla y consigue un auto más barato. No necesitas ese tipo de lujo para tener una vida decente, ese dinero es mejor gastado en un techo sobre tu cabeza y una cama donde puedas descansar cada noche y, por el amor de Dios —dijo de repente con tono molesto—, ¡conseguir un trabajo! Deja de ser una perra perezosa y ve a trabajar, gana tu propio dinero, asume tu vida y maneja tus finanzas, realmente necesitas dejar de ser una cazafortunas.

Luisa suspiró; tenía razón, estaba acostumbrada a ser ama de casa, gastando el dinero de otra persona en lugar de ganarlo ella misma. Luego preguntó, tímidamente:

—¿Puedo quedarme aquí un tiempo?

—Te doy un mes y eso es todo, y solo porque eres la madre de Ana, pero si fuera por mí, ahora mismo estarías en la calle. —Entonces Ignacio caminó hacia la puerta y la abrió como señal para que Luisa se fuera. Ella caminó lentamente y avergonzada hacia la puerta, luego se detuvo frente a Ignacio, mirándolo a los ojos.

Él notó que ella se sentía avergonzada por el brillo en sus ojos y la expresión triste en su rostro; sintió que finalmente estaba siendo honesta.

—Lo siento, de verdad lo siento, por todo lo que causé, y realmente espero que lo sepas.

Él la miró, sin decir una palabra, dejando que su rostro hablara por él. Luego la observó mirar hacia abajo, hacia sus pies, mientras salía de su habitación.

—Buenas noches —oyó que ella decía antes de cerrar la puerta, cerrándola de su vida para siempre.

Luego respiró hondo; por primera vez sintió que finalmente cerraba lo que parecía un capítulo interminable de su vida. Luisa siempre había sido un tema pesado en su vida, y ahora se sentía más ligero, finalmente se había deshecho del peso sobre sus hombros que había cargado durante los últimos siete años. Entonces comenzó a desabotonarse la camisa mientras una sonrisa aparecía en sus labios.

De repente, su propia voz interrumpió su felicidad. *¿Y qué vas a hacer para solucionar esto, Ignacio?* Pensó en Alondra, sabía que ella estaba en alguna parte del Valle, probablemente estudiando para algún examen o lo que fuera, y luego se preguntó si ella estaba pensando en Ana; después se cuestionó si ella pensaba en él como él lo hacía. Había algo en sus ojos marrones que no podía negar: el hecho de que los extrañaba tanto, extrañaba ver y sentir su aroma.

Luego se recostó en su cama, mirando la gran y brillante luna por la ventana, sintiéndose complacido de que la misma luna plateada estuviera vigilando a Alondra, de que la fría brisa del Valle acariciara sus mejillas así como acariciaba sus manos mientras caminaba. Se sintió satisfecho de que todavía podía encontrarla. Las vacaciones de verano ya estaban aquí, *¿realmente puedes encontrarla?*

—Ana —dijo Ignacio, dejando la puerta de la habitación de su hija bien abierta y apoyándose en el marco. Ana se quitó rápidamente el antifaz que tenía puesto y miró hacia la puerta, teniendo dificultades para adaptarse a la luz de su habitación. Su cabello estaba desordenado, tenía ojeras y parpadeó varias veces tratando de entender qué estaba sucediendo.

—¡Necesitamos hablar! —dijo Ignacio al entrar.

—¡Oh, Dios! ¡Vístete, por el amor de Dios! —exclamó Ana al darse cuenta de que su padre no llevaba más que ropa interior. Ignacio miró hacia abajo, dándose cuenta de que había olvidado por completo vestirse. Luego, tiró las sábanas de Ana, dejándola completamente expuesta al frío de la habitación con su pijama, y se envolvió en ellas.

—¡Papá! —gritó Ana, tratando de recuperar sus cálidas sábanas.

—Necesitamos hablar —dijo Ignacio, mientras Ana se rendía y se recostaba de nuevo en su cama.

—¿No podrías esperar hasta más tarde? —preguntó Ana, dándose la vuelta en la cama y volviéndose a colocar el antifaz. Su cabello rizado sobresalió por encima de su antifaz como una palmera.

—No, si dejo esto para más tarde, créeme, podría ser demasiado tarde. —La voz de Ignacio sonó como si se tratara de una cuestión de vida o muerte.

Ana levantó de nuevo el antifaz, mirándolo extrañada. —¿Pasó algo malo?

—Bueno, no... y sí —dijo él, moviendo la cabeza con energía—. Está bien, depende de cómo lo veas, ¿de acuerdo?

—¿De acuerdo...? —Ana no tenía idea de lo que estaba pasando.

—Entonces, ¿por dónde debo empezar...? Ah, sí —dijo Ignacio hablando consigo mismo. Por un segundo, Ana pensó que estaba perdiendo la cabeza hasta que comenzó a hablar—. Sobre Alondra...

—Papá, ¿no crees que es extremadamente temprano en la mañana para hablar de esto? —Ana aún estaba somnolienta y no estaba de humor.

—Sí, lo sé, pero como dije, podría ser demasiado tarde después —dijo. Entonces Ana lo miró, un poco tímida.

—Supongo que tenemos que hablar de esto de todos modos —dijo Ana, tomando su mano.

—Alondra es una gran chica, ¿sabes? —pensó en lo que había dicho—. Por supuesto que lo sabes, es tu mejor amiga, y haré hincapié en "es", porque a pesar de lo que pasó entre Alondra y

yo, sé con certeza cuánto te adora y cuánto la amas —Ignacio miró directamente a los ojos avellana de Ana—. Y sé cuánto la extrañas y cuánto necesitas a tu amiga.

Ana permaneció en silencio, escuchando cada palabra que Ignacio tenía que decir. —No has sido la misma últimamente, ya no eres tan feliz como solías ser. ¿Dónde fue a parar mi chica alegre y entusiasta? La extraño, realmente extraño a mi Ana, y sé que este problema es parte de ello —se detuvo por un segundo, observando a su hija que estaba a punto de llorar.

—La extraño increíblemente, no tienes idea, no tengo a nadie con quien hablar como hablo con ella, ¿sabes? —dijo Ana, rompiendo en lágrimas—. Y está bien, tengo algunos amigos, pero no son Alondra, no son mi extraña amiga pálida que siempre me hace reflexionar sobre cada cosa estúpida que hago.

—Lo sé —Ignacio la entendió por completo, Alondra tenía el mismo efecto en él, significaba todo para él, era la luz de sus ojos y el calor en su corazón—. Por eso vamos a salir, vamos a encontrarla, porque quiero que puedas recuperar a tu mejor amiga. Sé que hice esto un caos y quiero corregirlo, cariño.

—Sobre eso —dijo Ana de repente—, creo que reaccioné de manera exagerada ante todo esto...

—Lo siento, lamento mucho haberte ocultado eso, lamento haberte mentido y lamento no haber sido lo suficientemente valiente como para decírtelo. Lo siento por arruinar tu amistad con Alondra y lo siento por haberte herido —dijo, sintiéndose avergonzado—. Al hacer esto, te lastimé y me lastimé a mí mismo. A veces, tu padre puede ser estúpido.

—Papá... no eres estúpido —dijo ella, luego lo abrazó y le dio un beso en la frente—. Yo también lo siento, por haber reaccionado de manera exagerada y por no dejar que ninguno de ustedes explicara la situación. Lo siento por haber sido lo suficientemente orgullosa como para no hablar contigo o con ella, y lo siento por ser a veces tan infantil.

—No eres infantil, cariño, eres demasiado feliz y la gente no puede entender ese tipo de felicidad —dijo, limpiando las lágrimas de su hija con el pulgar—. Quiero arreglar esto, quiero solucionar tu amistad porque, en serio, extraño a mi Ana, la que es infinitamente feliz.

—¿Pero cómo? ¿Qué vamos a hacer? —preguntó Ana, sacándose el antifaz de la cabeza. Ignacio se levantó y comenzó a caminar de un lado a otro frente a Ana.

—Vamos a su residencia y veremos si está allí; si no está, iremos a la universidad a ver si todavía anda por ahí...

—Papá —interrumpió Ana—, hemos estado de vacaciones de verano desde hace tres días, no creo que esté allí.

—Entonces la buscaremos, bajo cada piedra, en cada playa, dentro de cada cafetería, pero tenemos que encontrarla.

—¡Mamá! —gritó Ana desde la puerta principal. Ignacio miró hacia atrás para verla bajar las escaleras. Luisa estaba detrás de su Tesla, colocando sus bolsos de diseñador en el maletero. Ana llegó a ella y le dio un beso en la mejilla mientras Luisa la abrazaba.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó.

—Oh, bueno —dijo Luisa, mirando hacia atrás a Ignacio, quien la miraba con intensidad—. Estoy devolviendo estas cosas —respondió.

—¿Pero por qué?

Luisa sonrió tímidamente. —Ehm, creo que deberíamos hablar sobre esto.

Ana miró a Ignacio y luego de nuevo a su madre.

—Escucha, cometí un error, ahora lo sé, pero quiero decir que siento mucho esto. Yo... yo... tomé algo de dinero de tu cuenta de universidad y quiero devolvértelo.

Ana se quedó en shock.

—¿Por qué no dijiste nada? Si necesitabas dinero, podría habértelo prestado.

Luisa se sintió avergonzada.

—No necesitaba el dinero, para ser honesta, yo... yo... esto es tan vergonzoso, solo quería comprar cosas de diseñador que en realidad no necesito. Lo siento, cariño, sé que necesito cambiar, necesito volver a encontrarme, he sido una persona muy mala.

Ana cruzó los brazos mientras Luisa miraba a Ignacio.

—Creo que debería contarle esto a ambos… puede que haya amenazado a Alondra cuando vino a cenar la última vez.

—¿Qué? —preguntó Ignacio de inmediato, saltando sobre ella con mirada furiosa. La mandíbula de Ana se cayó por completo.

—Me enteré de lo de ustedes y estaba furiosa de que una niña fuera mi competencia, y sé que arruiné todo, ¡lo siento, ¿de acuerdo?!

—Eres la razón por la que no quiso verme más, le hiciste creer que volveríamos a estar juntos —dijo Ignacio, sorprendido y enfadado.

—¿Cómo pudiste hacer eso? —le preguntó Ana, decepcionada. Esa mirada en sus ojos era algo que Ignacio nunca había visto antes. Ana no solía mostrar ese tipo de sentimientos, pero en ese momento supo que la verdad chocaba contra la imagen que su hija tenía de su madre.

—Como dije, cariño, soy una persona terrible, lo sé, y lo siento, realmente espero que algún día puedas perdonarme.

Luisa cerró el maletero de su coche. Ignacio y Ana se dirigieron hacia el coche de Ignacio.

—Vamos, vamos a buscarla —dijo Ignacio. Ana sonrió mientras se acomodaba en su asiento.

—Espero que podamos hablar más sobre esto esta noche. Espero regresar para la cena —dijo ella mientras observaba cómo se subían al coche de Ignacio. Ignacio estaba a punto de decir algo, pero Ana habló primero:

—No cuentes con eso, tenemos cosas importantes que hacer —respondió, y cerró la puerta con firmeza.

—¿A dónde vas? —preguntó Luisa, pero Ignacio solo sonrió y se encogió de hombros. Luego cerró su puerta y encendió el motor. Pronto, estaban en camino hacia la residencia de Alondra.

Una vez que llegaron, Ignacio estacionó cerca de la entrada y, tan pronto como detuvo el coche, Ana saltó fuera y llamó a la puerta de su apartamento. No hubo respuesta. Volvió a llamar, y no obtuvo respuesta.

No está aquí —dijo Ana.

—¡Maldita sea! —gritó él, y Ana le señaló con el dedo.

—¡Papá! ¡Cuidado con lo que dices! —dijo de inmediato. Luego ambos volvieron a entrar al coche.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora?

—¿La cafetería a la que solían ir juntas, dónde está? —preguntó Ignacio.

Ana le dio la dirección y pronto estaban de camino de nuevo. En ese momento, Ana recibió una llamada.

—¿Hola? —contestó. —Oh, Carlos, ¿cómo estás? —dijo sonrojándose. Ignacio no podía oír lo que él decía, pero prestó atención a las palabras de Ana.

—Sí, lo sé, me divertí mucho también, gracias por invitarme. —Después de unos segundos intentando escuchar algo, Ana volvió a hablar—. ¿Alondra? —dijo, e Ignacio la miró de inmediato, casi estrellándose contra una palmera.

—No, no he hablado con ella en un tiempo —dijo, mientras sus ojos se fijaban en Ignacio, quien recuperaba el control del auto.

—¿Las Colinas? —preguntó de repente, con los ojos muy abiertos y la mandíbula caída. —¿Para visitar a su mamá? Oh, ya veo, no tenía idea. Como dije, no he hablado con ella en un tiempo, no me extraña que no estuviera en casa. —Luego Ignacio escuchó que ella se reía—. Oh, Carlos, ¡detente, mi papá está conduciendo!

Ignacio pensó en ese momento que probablemente Carlos le estaba diciendo cosas subidas de tono a su hija y estuvo a punto de arrebatarle el teléfono y gritarle, pero luego se controló. Sabía que estaba en problemas desde lo de Alondra, y no tenía el derecho de hacer algo así.

—Está bien, gracias por decírmelo, Carlos. Nos vemos luego, ¿de acuerdo?

Luego colgó el teléfono y miró a su padre.

—Entonces, Alondra está en Las Colinas, visitando a su madre —luego se volvió hacia él —. No estarás pensando en que vamos a ir para allá, ¿verdad? —preguntó Ana, sorprendida.

—Oh, sí, lo estoy pensando —dijo él, sonando más decidido que nunca, lo que dejó a Ana boquiabierta—. Vamos a Las Colinas.

# Capítulo 21

—Es un día tan hermoso… ¿por qué no salimos a dar un paseo? —dijo su madre a Alondra.

—¿Por qué no nos quedamos adentro y vemos una película? —respondió Alondra a su madre. Entonces suspiró; Cecilia, o Ceci como la llamaban sus amigas, era una mujer terca que no se rendiría tan fácilmente. Alondra había venido a visitarla, pero lo único que había hecho desde entonces era quedarse dentro y sentirse miserable. Su madre estaba cansada de empujarla a hacer cosas.

—¡Vamos! Podemos trabajar en el jardín y tal vez ir al pueblo —insistió, pero Alondra simplemente se dejó caer en su silla.

—¡Está bien! ¡Y fue suficiente, señorita! ¡Levántate y sal de esta casa ahora mismo! ¡Viniste a visitarme y si digo que quiero arreglar el jardín, arreglaremos el maldito jardín!

Cecilia la agarró de los brazos y la levantó. Finalmente, Alondra cedió y obedeció.

—Está bien, está bien, te ayudaré a arreglar el jardín —dijo Alondra, tomando las semillas que su madre había comprado en el mercado el día anterior, mientras su madre le daba un par de guantes de jardinería. Luego tomó las herramientas y ambas salieron al modesto jardín que tenía frente a su casa. El sol brillaba intensamente, hacía un poco de frío, pero a Alondra le encantaba el aire fresco de la montaña. Su madre se puso un sombrero para protegerse del sol, pero Alondra decidió disfrutar de cada instante.

Pronto se agacharon y comenzaron a hacer hoyos para plantar las semillas de albahaca. Cecilia sabía que algo no estaba bien; nunca había visto a su hija tan triste, excepto el día en que su amado esposo falleció. Alondra se parecía mucho a su padre, con su cabello negro y rizado; y brillantes ojos marrones, su piel pálida, todo lo que Alondra era lo había heredado de su padre. Conocía esos ojos demasiado bien como para no darse cuenta de que algo le dolía en el corazón.

—Entonces... ¿cómo van las cosas en Valle del Sol? —preguntó.

—Van bien, supongo —respondió Alondra.

—¿Supongo? Has estado allí durante todo el año y ¿dices ‘supongo’? —su madre se levantó de repente, acercándose a Alondra.

—Mamá, realmente no quiero hablar de eso —dijo después de un breve silencio.

—¿Quién te lastimó? —preguntó Cecilia de inmediato.

—Nadie, mamá.

—Entonces iré contigo al Valle para buscar a quien sea que te haya hecho daño y le daré un puñetazo en la cara —dijo Cecilia riendo, imaginándose la situación—. No me importaría hacerlo por mi niña.

De repente, Alondra sonrió, iluminando el corazón de su madre.

—No vas a golpear a nadie, es mejor dejar las cosas como están.

—¿Se trata de Ana? ¿Esa chica de la que me hablaste? —le preguntó Cecilia.

—Es mucho más complicado que eso.

—Bueno, tengo tiempo —dijo Cecilia, sentándose en el porche mientras observaba a Alondra trasplantando una planta de una maceta al hoyo que había cavado en el jardín.

—No es culpa de Ana, es mía —Alondra levantó la mirada hacia su madre, avergonzada—. Hice algo malo y la lastimé, y no solo a ella... lastimé a otra persona también... a alguien que amo, probablemente mucho más de lo que puedo imaginar.

Cecilia se sintió emocionada al saber que su hija amaba a alguien, pero se entristeció al descubrir que no era tan feliz como hubiera deseado.

—Alondra, ¿por qué no dijiste nada? —dijo Cecilia, levantándose para abrazarla.

De repente, Alondra comenzó a llorar en los brazos de su madre.

—Mamá, lo siento, este debería ser un momento feliz, sé que ambas deberíamos disfrutar cada segundo de esta visita, pero... simplemente... me siento tan destrozada.

Cecilia le dio palmaditas en la espalda, consolándola; hacía años que no la veía llorar, pero sabía cómo cuidarla. Luego sostuvo el rostro de Alondra entre sus manos.

—Alondra, mi niña, no hay nada en el mundo que pueda derribarte, a menos que permitas que te derribe. Cada problema, cada pequeño inconveniente y obstáculo que tenemos en nuestro camino nos dará dos opciones: podemos detenernos y quedarnos quietas al lado del camino, mirando a todos los demás lograr cosas en sus vidas, o aprendemos de nuestros errores, tomamos impulso y comenzamos a correr por ese camino que tenemos delante.

—Pero mamá, Ana era prácticamente mi única amiga e... Ignacio... estoy tan confundida. —Alondra hundió nuevamente su rostro en el hombro de su madre, llorando.

—Querida, tómate tu tiempo, eventualmente encontrarás las respuestas, o ellas te encontrarán a ti. De cualquier manera, no olvides seguir adelante. Eres fuerte, Alondra, más fuerte de lo que piensas, y estoy segura de que encontrarás una manera de hacer las cosas mejor y más ligeras. —Su madre la abrazó con fuerza—. ¿Sabías que te amo? —le preguntó.

Alondra dio un paso atrás, secándose las lágrimas y sonriéndole a su madre.

—Oh, mamá, yo también te amo, hasta la luna y de regreso.

De repente, su momento madre-hija fue interrumpido por el sonido de un auto acercándose a la casa. Alondra se dio la vuelta para verlo.

—Raro, no estoy esperando a nadie, tal vez estén perdidos —dijo Cecilia, dando un paso adelante para ver mejor el auto. Alondra se congeló cuando reconoció el auto.

—Podría ser Cristina, tal vez vino a devolver esa canasta que le presté —dijo Cecilia, quitándose el sombrero.

—No es Cristina —dijo Alondra, dejando caer las herramientas de jardinería mientras su corazón aceleraba repentinamente; sentía cada latido golpeando fuertemente en su garganta.

Cecilia la miró con curiosidad, luego el auto se detuvo frente a ellas y la puerta del conductor se abrió. Un hombre alto con ojos color miel salió, parpadeando varias veces; su cabello desordenado caía sobre su frente.

—¿Ignacio? —dijo Alondra para sí misma al reconocer al hombre que la miraba.

Luego la puerta del pasajero se abrió y una joven alta salió del auto; sus rizos rubios se movían con la brisa mientras se acercaba a Alondra. Sus ojos avellana estaban fijos en sus ojos marrones.

—¡Lo sabía! ¡Sabía que te encontraríamos! —dijo, aplaudiendo y saltando mientras miraba a su padre.

Ignacio cerró la puerta, aún congelado en su lugar, tratando de convencerse de que la chica que estaba en medio del jardín era Alondra, y que era real. Ana luego miró a Cecilia.

—Oh, lo siento, sé que esto es inesperado, pero... soy Ana, y ese es mi padre.

—¡Oh sí! He oído mucho sobre ti —dijo Cecilia, acercándose y abrazándola—. Deben estar cansados, ¿por qué no entran? Les prepararé algo de comer.

—¡Genial! ¡Dios mío, muchas gracias! —dijo Ana, aplaudiendo nuevamente y haciendo señas a Ignacio, pero él estaba hipnotizado por los hermosos ojos de Alondra. Alondra sentía que su corazón estaba a punto de explotar con cada latido.

—Vamos, Alondra —dijo Cecilia, colocando una mano en el hombro de Alondra, sacándola de su hechizo—. Dile a tu padre que entre —le dijo a Ana.

Alondra y Cecilia entraron a la casa, seguidas por Ana e Ignacio. En el momento en que entraron, Alondra se levantó de la mesa, con los ojos muy abiertos, fijos en Ignacio. Él le sonrió tímidamente, sintió sus rodillas derritiéndose y convirtiéndose en mantequilla.

—¡Oh, hola! —dijo Cecilia, acercándose a Ignacio y extendiendo la mano—. Soy la madre de Alondra, ¡bienvenido!

Ignacio asintió, tomó su mano y la estrechó.

—Soy el doctor Martínez, el padre de Ana.

Cecilia le sonrió y le ofreció una taza de té y galletas.

—No entiendo, ¿cómo me encontraron? No recuerdo haberte dado mi dirección ni decirte que venía. —Alondra le preguntó a Ana mientras se sentaban en la mesa.

Ignacio estaba a punto de decir algo, pero Ana habló primero.

—Bueno, recuerdo una vez que me mostraste fotos de tu casa y me dijiste que vivías aquí en Las Colinas, y... Carlos me dijo que estabas aquí visitando a tu mamá.

—Pero nunca te di mi dirección, ¿cómo supieron que esta era mi casa? —les preguntó de nuevo mientras Cecilia escuchaba atentamente.

—No lo sabíamos —dijo Ignacio—. Viajamos dos días enteros para llegar aquí, y cuando llegamos, no teníamos idea de dónde estabas, así que tocamos todas las puertas y buscamos en todas las tiendas por ti —sus ojos nunca dejaron de mirar a Alondra.

Alondra estaba impresionada; el sonido de la voz de Ignacio acariciaba cada rincón de sus oídos, haciéndola sentir aún más nerviosa de lo que ya estaba.

—Pero... ¿por qué?

Ana miró a su padre.

—Quizás deberíamos hablar —le dijo a Alondra con una sonrisa cálida.

Cecilia se acercó a ellos.

—Alondra, ¿por qué no le muestras a esta encantadora joven los girasoles que tenemos en el jardín trasero? —dijo con una sonrisa—. Yo me quedaré aquí con el Sr. Martínez, escuchando sobre su gran aventura en el camino.

Ignacio sonrió a Cecilia y luego volvió a mirar a Alondra, y entonces Ana se levantó y le ofreció su mano a Alondra. Ella la tomó, sintiéndose un poco confundida y aún sorprendida de que estuvieran en su casa. Ambas caminaron afuera, y antes de salir, Alondra miró hacia atrás a Ignacio, que nunca dejó de mirarla.

—¿Dónde están esos girasoles de los que habló tu madre? —preguntó Ana sonriendo.

—No tenemos ninguno, en realidad, somos muy malas en la jardinería; este es como nuestro décimo intento de hacer que este jardín funcione —dijo Alondra, señalando las herramientas de jardinería y los agujeros en el suelo.

Ana comenzó a reír, contagiando a Alondra con su buen humor. Ambas rieron a carcajadas durante varios minutos, compensando el tiempo perdido. Pronto, lágrimas de alegría aparecieron en los ojos de Alondra, y Ana se dejó llevar por la emoción. Abrazó a su amiga de cabello negro, y sus risas pronto se convirtieron en llanto. Alguien podría haber dicho que eran bipolares, pero Alondra sabía muy bien lo que estaba sucediendo. Estaban liberando todo su dolor, su frustración y compensando el tiempo que no habían compartido juntas.

Esa no fue su primera vez reaccionando así; el semestre anterior ambas habían sufrido algo similar después de los exámenes finales. Pero esta vez era diferente, tenía un significado más profundo que el simple estrés de los exámenes. Entonces Ana sostuvo el rostro de Alondra y le secó las lágrimas; Alondra hizo lo mismo y ambas sonrieron.

—Lo siento —dijeron al mismo tiempo, riendo por su sincronización absurda. Luego Alondra la miró, sus hermosos rizos dorados y sus ojos avellana.

—Ana, lo siento mucho, nunca debí ocultarte nada.

—No, entiendo; soy yo quien lo siente por reaccionar de la manera en que lo hice. Nunca te di la oportunidad de explicarte, y me siento terrible por juzgar tus sentimientos. Si tan solo hubiera sabido cuan grande era esto todo esto...

—Te traicioné, entiendo por qué reaccionaste como lo hiciste; mentí —interrumpió Alondra.

—Por una buena razón. Estabas enamorada, la gente hace cualquier cosa por amor y lo entiendo; estaba ciega a estas cosas hasta que leí tu diario —terminó Ana.

De repente, Alondra se sonrojó, se sintió completamente avergonzada.

—¿Lo leíste? Pensé que ibas a ignorarlo.

—¿Cómo podría hacer eso? Es tu diario, Ali. El hecho de que me hayas dado algo tan importante y personal como eso solo me mostró cuánto te importaba, y me da tanta vergüenza haberte tratado así.

—Quiero que sepas que enamorarme de Ignacio es algo que nunca planeé; nunca se me pasó por la cabeza, jamás...

—No tuviste elección, él tampoco. Simplemente, te enamoraste, y eso es algo que realmente no puedes controlar. Cuando las chispas están ahí, no importa cuánto intentes evitarlo; sucederá —dijo Ana, colocando sus manos en los hombros de Alondra.

—Lo siento, fue tu papá.

—No te preocupes —dijo Ana abrazando a Alondra—. En realidad… y después de mucho reflexionar sobre esto… me alegra que haya sido él.

Alondra pareció sorprendida.

—Espera, ¿qué?

—Te conozco, y por supuesto, conozco a mi papá. Y ahora que lo veo, ustedes dos se ven lindos juntos. Tienes un corazón tierno y papá es como un oso de peluche, ¿sabes? —Ana sonrió —. Alondra, ¿puedes perdonarme por todo este lío? Te he extrañado tanto, y ahora sé que no puedo vivir sin ti, en serio.

Alondra sonrió, secándose las lágrimas que de repente humedecían sus mejillas.

—Tonta, yo soy la que debería estar diciendo eso. ¿Puedes perdonarme también?

—Por supuesto que sí —dijo Ana, luego lanzó sus brazos sobre los hombros de Alondra, abrazándola con fuerza. Después dio un paso atrás, mirando dentro de la casa a través de la ventana.

—¿Sabes? Fue él quien planeó todo esto.

Alondra se sonrojó de nuevo, traviesamente, y Ana se dio cuenta.

—Me despertó temprano en la mañana diciéndome que tú eres mi mejor amiga y que debíamos encontrarte para que tú y yo pudiéramos hablar y arreglar esto. Me alegra que lo hiciera, para ser honesta.

—Ana, no lo sé, Ignacio y tu madre...
—Estaba equivocada sobre mi madre —suspiró Ana—. No es lo que pensé que era, o lo que me hizo creer que era.

Ana cruzó los brazos.

—Mira, ¿por qué no le das la oportunidad de explicarlo todo? —dijo Ana, apretando los hombros de Alondra—. Él te ama, increíblemente, y puedo decir con certeza que te extraña. Quiero decir, ya no canta y ahora no quiere hacer paracaidismo conmigo, y sabes cuánto me gustaba ese nuevo papá que mostró cuando estaba contigo.

Hizo una pausa.

—Y me gustaba la Alondra que tenía una sonrisa tonta mirando la pantalla de su teléfono y a la que tenía que chasquear los dedos para que prestara atención a nuestros estudios.

Alondra sonrió, sonrojándose.

—Pero...

—No tienes que hablar con él si no quieres —Ana tomó su mano y la guio de regreso a la

casa—. Pero viajamos dos días enteros y creo que es justo que al menos escuches lo que él tiene que decir.

Una vez dentro de la casa, los ojos de Ignacio se conectaron con los de Alondra; podían sentir las chispas estallando a su alrededor en el instante en que sus miradas se encontraron. Ana sonrió al notar cómo se miraban.

—Sra. Cecilia, Alondra me dijo que querías plantar algunas cosas; tal vez pueda ayudarle.

—Oh, querida, pero debes estar cansada del viaje —respondió Cecilia.

—Oh, mamá, no conoces a Ana; es como una batería interminable —dijo Alondra sonriendo, derritiendo el corazón de Ignacio.

—Está bien, entonces acepto tu oferta —respondió Cecilia, luego se inclinó hacia Alondra —. Antes de que ella se escape, quizá ahora el jardín sí pueda funcionar.

Cecilia se rio a carcajadas mientras salía de la casa, seguida de Ana, quien le guiñó un ojo a su padre y a Alondra.

En el momento en que la puerta se cerró, dejando al resto del mundo afuera, la tensión volvió, aumentando entre ellos, haciéndolos sentir extremadamente nerviosos. Alondra se sintió intimidada por sus ojos avellana, e Ignacio sintió su corazón en la garganta. Sus manos se volvieron sudorosas mientras se peinaba el cabello castaño desordenado hacia atrás con los dedos.

La necesidad de sentirlo contra ella, abrazarlo y besarlo la invadía. Comenzó a jugar con sus dedos, pero luego él se levantó de la mesa, haciéndola sentir ansiosa por saber qué iba a hacer, pero luego rompió el silencio.

—Alondra —dijo mientras ella tragaba saliva—, te amo.

# Capítulo 22

—No me mientas —dijo Alondra, con los ojos nuevamente llenos de lágrimas—. No me vuelvas a mentir, ni siquiera te atrevas a creer que me puedes engañar como a una niña, porque estás equivocado.

—Pero es verdad —respondió Ignacio, dando un paso hacia ella, pero Alondra retrocedió, rechazando cualquier acercamiento—. Alondra, te amo, y puedo sentirlo dentro de mí.

Alondra se secó las lágrimas con enojo.

—¡Basta! ¿Cómo quieres que te crea si hace unos días tenías tus manos por todo el cuerpo de Luisa? —dijo, dando un paso adelante, luego se enfureció y comenzó a empujarlo con el dedo —. ¡Eres un mentiroso, me mentiste sobre Luisa y sigues mintiendo! —Los empujones se convirtieron en golpes que aterrizaban en el pecho de Ignacio.

De repente, comenzó a llorar desesperadamente mientras se secaba las lágrimas, aun con rabia. Ignacio intentó consolarla, pero ella volvió a retroceder, alejándose de él.

—¡Esto me enoja tanto! —exclamó.

—Alondra, nunca te mentí —trató de decir Ignacio, pero Alondra lo interrumpió.

—Ocultar la verdad es igual a mentir, Ignacio, ¿no crees que ya eres lo suficientemente mayor para andar jugando así? —dijo ella, intentando herirlo.

—No me vengas con lo de la edad, porque creo que fue bastante inmaduro que no me dejaras hablar, ¡y todavía no me dejas explicarte! —dijo él, frustrado.

Alondra se quedó callada. Ignacio se sentó de nuevo, buscando las palabras adecuadas para hablar.

—¿Vas a decir algo o qué? —Alondra cruzó los brazos bajo su pecho, e Ignacio se distrajo por un momento. Amaba cómo se veía, incluso cuando estaba enojada con él. Su cabello recogido en un moño, los ojos llorosos, las mejillas sonrojadas y su actitud de enfado, no había

nada en ese momento que no le gustara. Pero sabía que su corazón estaba roto sin razón, y debía arreglarlo.

—Alondra, por favor, siéntate conmigo —rogó. Alondra lo pensó por un momento, miró alrededor y decidió sentarse, pero no en la mesa con él, sino en una silla junto a la puerta. Parecía decepcionado—. Está bien, respeto tu decisión.

—¿Qué querías decirme? —preguntó ella, cruzando los brazos y las piernas, levantando una ceja. Ignacio pensó que se veía increíblemente sexy.

—Alondra, antes que nada, tenemos que entender que no decirle a Ana sobre nuestra relación fue un error de ambos, y espero que lo reconozcas —dijo Ignacio, y Alondra asintió—. Ocultar algo así desde el principio complicó todo. No fue lo correcto.

—Lo sé, ya hablé con ella de eso —Alondra colocó las manos en su regazo, jugueteando con los dedos. Ignacio supo entonces que estaba cediendo un poco su actitud dura.

—Bien, me alegra escucharlo —dijo él—. Creo que ahí fue donde todo empezó a ir mal. Ali, yo jamás haría algo para lastimarte.

—Pero lo hiciste —lo interrumpió.

—Sí, lo hice, y no tenía idea. Lo siento mucho, no supe cómo poner límites en la situación con Luisa. No sabes de lo que es capaz. Al principio dejé que se quedara por Ana, ya sabes lo mucho que quería tener a su madre de vuelta en casa, pero las cosas simplemente se salieron de control. Luego ella incluso admitió que te amenazó, y eso me enfureció muchísimo.

—Vaya, debió ser toda una sorpresa para ti —dijo ella sarcásticamente.

—Vamos, Alondra, sabes que vivo en mi oficina, cuidando a mis pacientes, y apenas tengo tiempo para enterarme de las cosas. Tú sabías mejor que yo que Luisa se estaba mudando, me enteré solo porque tú me lo dijiste.

—Bueno, no puedo culparte por eso, supongo —Alondra cruzó los brazos de nuevo—. Pero, ¿por qué estaba besándote y tocándote todo el tiempo?

—Esa noche en la cocina, lo primero que me dijo cuando estábamos en la mesa es que sabía lo que ocurría entre nosotros, y que le diría a Ana todo si no la dejaba mudarse. Me sentía completamente atado de manos, y desde esa noche no me dejaste explicarte lo que pasaba —explicó Ignacio—. Alondra, ya me divorcié de ella, fue una pesadilla en ese entonces y no quería que tú sufrieras lo que ella es capaz de hacer.

—¿Por eso accediste a acostarte con ella? —preguntó Alondra con incredulidad.

—¿Qué? —dijo Ignacio, sorprendido de que ella dijera eso—. ¡Nunca me acosté con ella, nunca!

—Te vi con ella en la cocina, estaba sentada en tus piernas y no parecías molesto en

absoluto, Ignacio —Alondra se levantó de golpe.

—Me sentía sin posibilidades de actuar, estaba incómodo.

—Sí, se te notaba en la cara —dijo Alondra avanzando hacia él—. ¡Deja de mentirme, Ignacio! No soy una niña, así que deja de fingir que puedes salirte con la tuya, porque no puedes.

Alondra estaba furiosa, e Ignacio lo sabía.

—Esta es la verdad, Alondra, es lo que intenté tantas veces poder decirte, pero está bien, sé que todo lo que diga sonará como una excusa pobre, y no importa cuántas veces trate de disculparme, siempre estarás enojada conmigo. Entonces, ¿qué? ¿Debería irme para siempre? ¿Es eso lo que quieres? Pues lo haré, desapareceré para siempre —dijo, pero luego la tomó del brazo y la atrajo hacia él—. Pero nunca niegues lo que hay entre nosotros —susurró cerca de su rostro. Alondra se sonrojó al instante, su cuerpo se encendió por completo—. No puedes negar lo que sientes por mí, y yo no voy a negar que te amo.

—Eres un mentiroso —respondió Alondra, con sus ojos marrones fijos en los suyos.

—¿Escuchaste lo que dije? ¡Te amo! —replicó Ignacio.

—¡Sí, te escuché! Pero Luisa… —continuó Alondra.

—Luisa se fue, estaba robando de la cuenta de a Ana, y ya se fue —dijo él, tratando de hacerla entender—. Te amo, Alondra, te amo.

—¿Se fue? —preguntó Alondra.

—Para siempre —respondió Ignacio, sonriendo—. Ahora, por favor, perdóname por lastimarte como lo hice.

—Carlos estaba interesado en Ana, me pidió que lo ayudara con ella —dijo Alondra de inmediato.

—Por eso también me disculpo, por la forma en que reaccioné. Lo siento mucho —Ignacio la atrajo más hacia él, envolviendo sus fuertes brazos a su alrededor—. Alondra, te amo demasiado y lamento haber sido tan tonto.

—Deja de decir eso —dijo Alondra, cediendo finalmente a su abrazo.

—¿Qué parte? ¿La parte en la que digo que soy tonto o la parte en la que digo que te amo?

—No, esa parte del amor quiero escucharla por el resto de mi vida —sonrió.

—Te amo, Alondra —dijo Ignacio, haciendo que ella sonriera y se sonrojara—. Te amo —le susurró al oído mientras la abrazaba.

—Te amo, Ignacio, te amo más de lo que puedo imaginar —respondió ella. Ignacio la miró a los ojos, sonriendo, sintiéndose joven de nuevo al escuchar esas palabras.

—Te amo, Ignacio —repitió ella.

Ignacio acarició su cabello oscuro mientras ella colocaba una mano en su mejilla, acariciándola con el pulgar.

—No tienes idea de cuánto te extrañé —dijo Ignacio, hipnotizado por sus hermosos ojos.

—No, no lo sé, pero ¿por qué no me lo demuestras? —respondió Alondra, provocándolo con una sonrisa traviesa.

Ignacio sonrió mientras avanzaba lentamente, inhalándola una vez más, llenando sus pulmones con su aroma y finalmente sintiéndose completo, luego le dio un suave beso en los labios mientras la abrazaba con fuerza. Sus labios acariciaron su suave par mientras ella lo besaba de vuelta, luego Alondra hundió su lengua dentro de su boca, buscando la suya, besándolo apasionadamente.

Entonces Ignacio la levantó y ella envolvió sus piernas alrededor de sus caderas, él la sostuvo mientras se besaban profundamente, recuperando el tiempo perdido. Alondra sintió que su corazón estaba a punto de explotar de felicidad, finalmente se sentía segura, supo entonces que su lugar estaba entre sus brazos, ella pertenecía allí y lo sentía de esa manera.

Ignacio ya no se sentía solo, cuanto más la abrazaba, más se sentía vivo y joven de nuevo, no la abandonaría de nuevo, nunca. Se besaron durante mucho tiempo, finalmente sintiendo que tenían todo el tiempo del mundo para ellos mismos.

—Te amo Ignacio —dijo Alondra de nuevo e Ignacio le sonrió, apoyó su frente contra la de él.

—Te amo Alondra —dijo con una sonrisa, colocando sus labios de nuevo sobre los de ella.

En la intimidad de la cocina, Alondra besó a Ignacio por un largo rato, saboreando el dulce sabor que había extrañado por mucho tiempo. Ignacio tenía sus manos sobre sus nalgas, sosteniéndola mientras ella acariciaba su cabello y le hacía saber cuánto lo extrañaba.

Se dio la vuelta y la llevó hacia la mesa, colocándola suavemente sobre ella, listo para sentirla una vez más. Sus manos se arrastraron por su espalda hasta su nuca, la acarició mientras la besaba profundamente. Pronto, su beso se volvió apasionado, más profundo e intenso.

Se enredaron en una especie de beso de ida y vuelta, donde él la atraía hacia él, y ella lo atraía hacia ella. Sus cuerpos ardían por volverse uno solo. La mano de Ignacio agarró sus caderas y la atrajo hacia su duro bulto, haciendo que la mesa temblara.

Tan pronto como Alondra comenzó a frotarse contra él, la puerta se abrió de par en par, golpeándose contra la pared. Ignacio inmediatamente se alejó de Alondra, saltando a un lado, y Alondra inmediatamente saltó de la mesa como un gato asustado, arreglándose la ropa. Los colores desaparecieron de sus rostros cuando se dieron cuenta de que la madre de Alondra, Cecilia, estaba parada allí mismo debajo del marco de la puerta. Una Ana asustada estaba justo detrás de ella. Por un momento todos permanecieron en silencio, mirándose unos a otros y

tratando de averiguar quién rompería el incómodo silencio.

—¿Qué carajo está pasando? —Cecilia finalmente interrumpió el silencio, la ira comenzaba a cruzar su rostro.

—Mamá, por favor, déjame explicarte —Alondra le dijo inmediatamente, el pánico se apoderaba de su cuerpo.

Ignacio permaneció congelado en su lugar. Sus manos temblaban mientras el frío pánico se apoderaba de él también.

—No hay nada que decir, Alondra —dijo Cecilia con la mandíbula apretada.

Nada…

El eco de esa palabra resonaba tanto en Alondra como en Ignacio. Cecilia los miró con los ojos llenos de una furia contenida, que temían explotara contra ellos.

Alondra tragó saliva, incapaz de moverse, mientras Ignacio solo podía observar cómo todo colapsaba frente a él.

—Mamá… —Alondra intentó hablar, pero las palabras se le quebraron en la garganta, al mismo tiempo que las lágrimas inundaban sus ojos.

—Ya no soy tu madre.






Alondra e Ignacio parecen tener al mundo en su contra. Alondra se ha enamorado de Ignacio, el padre de su mejor amiga: un hombre mayor, un médico encantador, y todo lo que siempre había soñado. Aunque su conexión es profunda e intensa, su relación empieza a desmoronarse bajo el peso de la polémica cuando la madre de Alondra descubre su secreto, y una figura del pasado de Alondra regresa, decidido a recuperarla, convirtiendo su romance en el centro de todas las tensiones.

Lo que comienza como un amor prohibido rápidamente se transforma en una batalla por proteger su relación de los juicios sociales y de sus propias inseguridades. Entre las expectativas

que cada uno tiene y el choque de realidades, Alondra e Ignacio deben averiguar si su amor es lo suficientemente fuerte como para resistir las presiones de la diferencia de edad, los conflictos familiares y una sociedad empeñada en separarlos.

Fecha de lanzamiento: 15 de Diciembre, 2024

Sobre la Autora

# Andrea Villasmil



Ileana Andrea Villasmil es licenciada en música, traductora, y una apasionada de los videojuegos de origen venezolano, pero con México en su corazón. Vive con su esposo y su perrita en Ciudad de México.

Desde siempre le han gustado las buenas historias, se ha desarrollado desde 2016 como ghostwriter para clientes de todo el mundo. Nunca había tenido la oportunidad de lanzar una novela propia que finalmente llevara su nombre, hasta que finalmente tomo valor y decidió lanzar su trilogía: Si Pudiera Estar Contigo.

Instagram * X * Amazon Author Page

Otros proyectos de la autora

JoystickLatino.com * YouTube * Twitch

# Agradecimiento

A mis lectores,

No hay palabras suficientes para agradecerles por haberle dado una oportunidad a esta historia de amor.

“Si pudiera estar contigo…” fue escrita con el deseo de llevarlos a través una historia que despertara su corazón. Gracias por permitirme entrar en sus vidas a través de este romance, por dedicar su tiempo y por dejar que mis personajes formen parte de su mundo.

Si esta historia les ha tocado el corazón, les invito a compartir sus pensamientos y reflexiones dejando una reseña de este libro. Sus opiniones no solo me ayudan a mejorar, sino que también permiten que más personas descubran esta historia. Para un autor, no hay mayor regalo que saber cómo su trabajo ha sido recibido, y leer sus palabras será un privilegio inmenso.

Gracias de nuevo, y espero que este sea solo el comienzo de muchas más historias que podamos compartir, y que estoy segura de que así será.

Con todo mi cariño y gratitud,
Andrea Villasmil